

BAJO LA SOMBRA DE LA *SHEKINA*



ROY GANE

Bajo la sombra de la Shekinah

Roy Gane

Introducción

Mi hija, que está en la adolescencia, y sus amigas, manifiesta gran interés en el carácter de Dios, especialmente tal como se revela en el Antiguo Testamento. Cuando se sientan a conversar acerca de su relación personal con Dios, con frecuencia sus preguntas giran alrededor de la forma en que actuaba. ¿Por qué era tan duro con los israelitas y con otros pueblos de la antigüedad? ¿Era justo al ordenar a los israelitas que exterminaran naciones enteras, incluyendo mujeres y niños inocentes? ¿Podemos confiar en un Dios así y sentirnos cómodos con él?

La forma en que los jóvenes serios responden a esas preguntas tiene un enorme impacto sobre su decisión de creer que existe un Dios amante y permitirle que sea parte de sus vidas, o no hacerlo. Para ellos, las opciones no se plantean entre una u otra denominación cristiana, sino entre el cristianismo y el agnosticismo o el ateísmo práctico.

El presente volumen analiza un libro del Antiguo Testamento que desempeña una parte central en el debate sobre el carácter de Dios: Números. El libro de Números es sumamente importante para nuestra experiencia actual, mientras viajamos hacia la vida que nunca terminará en la tierra prometida: la tierra nueva, el paraíso restaurado (Apocalipsis 21; 22). Los seres humanos tenemos la tendencia a descuidarlo o ignorarlo, quizá, en parte, porque su nombre es poco atractivo para todos, salvo para los matemáticos y los contables. “Números” se refiere a las listas de los censos que mencionan los capítulos 1-4 y 26, los cuales muestran cómo todos los integrantes de la primera generación de israelitas que salieron de Egipto, excepto Josué y Caleb, murieron en el desierto a causa de su rebelión contra Dios.

El nombre hebreo del libro se deriva de su primer versículo: “En el desierto”. Este título se refiere al escenario en que transcurrieron las décadas en que Dios condujo a los israelitas de lugar en lugar por las regiones desérticas ubica-

das entre el monte Sinaí y la tierra de Canaán, la tierra que Dios les había prometido. Aunque debería haber sido el libro que registrara la conquista de Canaán, registra, más bien, la historia de la demora. Los israelitas podrían haber entrado en la tierra de Canaán cuarenta años antes, pero la generación adulta no confió en Dios ni fue leal a él, ni siquiera después de las maravillas que el Señor había obrado en favor del pueblo.

La tierra prometida era un regalo de Dios para los israelitas. Dios les había dado el título de propiedad de aquella tierra (Éxodo 6:4; 32:13). Es cierto que ellos debían esforzarse en cooperar con él a fin de poseerla, pero ya era propiedad suya (Números 13:30). Sin embargo, su falta de fe y lealtad les impidió recibir el don de Dios. Por ello, la nación tuvo que esperar en el desierto hasta que la siguiente generación estuviera lista y la generación adulta hubiese muerto.

El libro de Números es uno de los más dramáticos y trágicos libros de la Biblia. La emocionante expectación de un viaje rápido a la “tierra que fluye leche y miel” se disipa en quejas acerca de la comida y en el paralizante temor de los gigantes cananeos y las ciudades amuralladas. Una comunidad muy bien organizada de repente estalla en una peligrosa revuelta contra el liderazgo de Dios a través de sus siervos, Moisés y Aarón. Los dirigentes de un motín y sus familias son tragados vivos por la tierra, y los levitas que trataban de usurpar las funciones sacerdotales quedaron calcinados por el fuego divino. Las plagas de Dios contra los rebeldes se vuelven progresivamente más severas, hasta que mueren veinticuatro mil en la peor plaga porque fueron seducidos a caer en la inmoralidad y la adoración idolátrica al dios pagano Baal de Peor. Incluso Moisés desobedeció a Dios golpeando la roca en vez de hablarle para obtener agua, por lo cual Dios no le permitió entrar en la tierra prometida.

En medio de todas las innecesarias peleas y luchas, la *shekina* de Dios (“morada”, “residencia”) estaba presente en la nube de gloria que cubría el santuario y hacía guardia para proteger a su errático pueblo y le proporcionaba constantemente el alimento milagroso del cielo (el maná) de manera cotidiana. Dios los organizó para que pudieran tener éxito, los disciplinó, contestó misericordiosamente sus oraciones intercesoras a favor de ellos cuando se rebelaron, les proporcionó los medios para recibir expiación y sanidad, los protegió contra las maldiciones, y les dio la victoria sobre sus enemigos quienes, si no, los habrían destruido.

Mientras los israelitas viajaban bajo la sombra de la *shekina*, ¿cómo era posible que alguien cuestionara la presencia de Dios entre ellos? Sin embargo,

los israelitas lo hicieron reiteradamente. Eran unos alumnos con una capacidad de aprendizaje increíblemente lenta. Les llevó muchos años obtener el aprobado en los sencillos rudimentos de la fe. Mientras no aprendieran esas lecciones fundamentales, Dios no podía llevarlos a la tierra prometida, atravesando el río Jordán. Allí la nación debía vivir de acuerdo con los principios divinos a fin de poder revelar su carácter a todos los pueblos de la tierra. Debían estar dispuestos a ser testigos fieles de Dios para poder recibir sus bendiciones. Si los hubiera bendecido cuando se rebelaron contra él, les habría enviado un mensaje equivocado, reforzando así la deslealtad.

La peregrinación de los cristianos es similar a la de los israelitas, como reconoció el apóstol Pablo: “No quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, y todos pasaron el mar; que todos, en unión con Moisés, fueron bautizados en la nube y en el mar, todos comieron el mismo alimento espiritual y todos bebieron la misma bebida espiritual, porque bebían de la roca espiritual que los seguía. Esa roca era Cristo. Pero de la mayoría de ellos no se agradó Dios, por lo cual quedaron tendidos en el desierto. Estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron. Ni seáis idólatras, como algunos de ellos [...]. Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos lo tentaron, y perecieron por las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por mano del destructor. Todas estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, que vivimos en estos tiempos finales” (1 Corintios 10:1-11).

El libro de Números nos enseña cómo vivir y caminar con Dios, incluso bajo las circunstancias más difíciles. Dios es bueno, y digno de nuestra confianza, y quiere darnos grandes bendiciones con su asombroso poder. Nunca nos dejará perecer si lo seguimos de todo corazón y reconocemos nuestra total dependencia de él. Pero nos tiene por responsables de la forma como lo representamos delante del mundo, al cual él quiere salvar. Si lo representamos mal, no podrá atraerlo. Él es paciente con los habitantes de nuestro planeta y les da mucho tiempo para que se arrepientan (*cf.* Génesis 15:13-16), pero se ha propuesto purificar al mundo de toda especie de mal y opresión para poder convertirlo en un lugar seguro, regido por el amor abnegado (Apocalipsis 19: 22).

Del mismo modo que el antiguo Israel, nosotros también tenemos crisis de fe, luchas por el liderazgo, y engaños que nos inducen a comprometer nuestra relación con nuestro Salvador. Nuestro objetivo es grande y nuestras esperanzas elevadas, pero nosotros también nos dejamos distraer con mucha fa-

cilidad. Como los israelitas, nosotros también hemos demorado nuestra entrada a nuestra patria eterna. Nuestro progreso no siempre ha sido hacia adelante. Para mirar hacia Dios necesitamos una visión nueva de la imagen de conjunto de sus planes, para seguir avanzando. Él suple todas nuestras necesidades cotidianas, y nos guía paso a paso hacia una tierra mejor. Pero él no nos obliga a avanzar, ni a ir más rápido de lo que estamos dispuestos a avanzar. Antes bien, nos fortalece diciéndonos que el hogar que nos ha prometido es una buena tierra y que con su ayuda somos capaces de conquistarla (Números 13:30; 14:7-9).

El libro que el lector tiene en sus manos es un repaso de Números para el lector contemporáneo, y tiene el propósito de iluminar algunos aspectos clave del carácter de Dios y su forma de dirigir a su pueblo errante. No es un comentario completo. Si el lector quiere un comentario completo, lo invito a leer, de este mismo autor, *Leviticus, Numbers* (NIV Application Commentary. Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 2004), el cual presenta muchos otros detalles y más aplicaciones para la vida. Presenta también extensa bibliografía de otras obras. Para una introducción al significado del santuario israelita y sus servicios, véase *Altar Call* (Berrien Springs, Michigan: Dia-dem, 1999), de este mismo autor.

Para este libro se ha utilizado fundamentalmente la versión Reina-Valera revisada en 1995 para las citas bíblicas; cuando se citan otras versiones, se indican en el texto en cuestión. La elección de esta versión en particular no implica un respaldo incondicional de una versión en español, porque todas las versiones, en todas las lenguas, no son más que una especie de comentario resultante de una interpretación erudita.

Deseo expresar mi gratitud a Rebeca Noble, mi ayudante en el trabajo de investigación, por reunir muchas de las ilustraciones incluidas en este libro.

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Bajo la sombra de la Shekinah
Roy Gane

Capítulo Uno

**Una nación bajo la dirección
de Dios
(Números 1-4)**

La religión organizada

Después de liberar a los israelitas, Dios los mantuvo en el desierto del Sinaí durante casi un año antes de dirigirlos hacia Canaán (*cf.* Éxodo 19:1; Números 10:11, 12). La región que rodeaba al monte Sinaí estaba lejos de cualquier amenaza militar y de las tentaciones de las sociedades paganas. Allí el Señor organizó a su pueblo como una nación funcional, con un espectacular sistema de adoración, para que sus integrantes pudieran colaborar con él y entre sí para llevar a cabo su misión (Éxodo 29-Números 10).

Dios dio a los israelitas un tipo de «religión organizada». Son muchas las personas que han rechazado la religión organizada:

- «Este mundo sería el mejor de los mundos posibles si no hubiera religión» —John Adams, segundo presidente de los Estados Unidos de América.
- «La religión es el opio del pueblo» —Karl Marx.
- «¿Religiones? Argumentos interminables sobre contradicciones triviales en libros escritos por salvajes ignorantes para explicar los truenos en las tinieblas» —Autor desconocido.
- «Una sociedad sin religión es como un demente psicópata sin una pistola del calibre 45 cargada» —Autor desconocido.
- «La religión organizada es un simulacro y una muleta para débiles mentales que necesitan fortalecerse en grupos. Dice a la gente que vaya a

meter las narices en los asuntos de otras personas» —Jesse Ventura, gobernador de Minnesota, 1999.

- «La religión no es muy eficiente únicamente en lo que respecta a la inversión de tiempo. Yo podría hacer muchas cosas más el domingo por la mañana» —Bill Gates.

Por desgracia, quienes hacen esas declaraciones pueden hallar apoyo en miles de años de historia religiosa. Para muchos, aunque deseen servir a Dios, la organización destruye la verdadera espiritualidad y la devoción hacia él. Como evidencia pueden citar numerosos grupos religiosos cuyo interés se centra más en el poder y en la justificación propia que en la piedad y el servicio. Tales personas obtienen una mayor bendición para ellos mismos o con los miembros de su familia o con amigos íntimos cuando adoran a Dios en su hogar o en el campo, en la naturaleza creada por Dios, que la que obtienen cuando asisten a reuniones rígidas, superficiales, o aburridas, o cuando soportan la exclusión y la crítica de camarillas tóxicas.

Comprendo las inquietudes de quienes rechazan la religión organizada. Mi esposa Connie y yo estudiarnos durante dos años en Jerusalén, centro y lugar de nacimiento de las tres grandes religiones monoteístas: el judaísmo, el cristianismo y el islamismo. Tenemos amigos en los tres grupos y encontramos muchos aspectos positivos en sus creencias y prácticas. Sin embargo, aunque amamos a la ciudad de Jerusalén, fuimos testigos de un enorme antagonismo religioso, de arrogancia y egoísmo entre las tres confesiones. En vez de amarse unos a otros, las tradiciones religiosas fomentan los prejuicios profundamente arraigados que infectan a las personas desde la niñez. Parecen empaparse de una sensación beligerante de «nosotros» contra «ellos» desde el seno materno.

Nuestra experiencia más perturbadora en Jerusalén fue «la ceremonia del fuego sagrado» el fin de semana de la semana santa, en la Iglesia del Santo Sepulcro. Quince mil «cristianos» abarrotan la antigua iglesia, que es el sitio tradicional de la crucifixión, la sepultura y la resurrección de Cristo.

El día era sábado, entre el viernes santo y el domingo de resurrección. Un «sumo sacerdote» cristiano estaba por entrar a la tumba de Cristo, donde se supone que el Espíritu Santo enciende su vela y luego él comparte el «fuego sagrado» con los miles de adoradores que sostienen las suyas.

Connie, un amigo, y yo, fuimos a la iglesia temprano y encontramos un lugar en un balcón que dominaba la entrada. Estuvimos confinados allí durante seis horas. Durante las primeras dos horas, mientras las puertas exteriores de la iglesia estaban abiertas, observamos a la gente entrar al recinto. Pertenecían a

dos grupos diferentes de «cristianos», cada uno de los cuales resentía la presencia del otro. De hecho, alguien nos dijo que era tal animosidad que existía entre las diferentes denominaciones cristianas orientales que comparten la Iglesia del Santo Sepulcro, que el custodio de las llaves del lugar sagrado es un musulmán. Esa medida evita que los «cristianos» traten de arrebatarse las llaves mutuamente en forma violenta.

La policía israelita ha colocado barreras en el centro de la entrada de la iglesia para separar a los adoradores que pertenecen a los dos grupos. Cada facción tenía una línea de jóvenes fornidos a lo largo de las paredes opuestas de la entrada para proteger sus derechos territoriales. Más o menos cada quince minutos se producía una trifulca entre aquellos jóvenes, y más o menos cada media hora se libraba una verdadera batalla. ¡Para que luego se hable de «cristianismo en acción»!

Una anciana menudita entró por el lugar equivocado. El imperioso sacerdote que tenía la jurisdicción sobre ese lado la echó de forma reiterada, pues, por algún motivo, ella se negaba a entrar por el otro lado. Finalmente, él la agarró y le dio un fuerte empujón. Ella cayó y quedó tirada sobre el suelo de piedra, gritando.

No quiero andarme por las ramas. Si cuanto supiera de religión fuera lo que experimenté en Jerusalén, la llamada «ciudad santa», es muy probable que fuera ateo o agnóstico. Gran parte del «cristianismo» organizado se ha alejado de los principios divinos del amor y ha pasado a alimentarse de los principios satánicos del egoísmo y el odio. Otras formas de religión se han vuelto gravemente paganas, o politeístas, o han glorificado el ocultismo.

Sin embargo, ¿significa todo esto que la organización, por sí misma, destruye necesariamente la religión? ¿Es la religión desorganizada o no organizada una mejor alternativa? ¿Deberíamos ser cristianos caóticos? ¿O el problema radica en la corrupción de la organización religiosa?

En la Biblia el pueblo de Dios disfrutó la comunión y el apoyo resultante de la pertenencia a un grupo. Los israelitas viajaron juntos. Jesús llamó a un grupo de discípulos, no a ermitaños aislados. Se relacionaban entre ellos y con él. Unidos somos más fuertes en nuestra vida espiritual y en nuestros vivir de lo que somos cuando estamos aislados. «Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca» (Hebreos 10:24, 25).

Los grupos de personas son más felices y más efectivos cuando hacen las cosas de forma ordenada que cuando las hacen desordenadamente. Cuando

los cristianos se reúnen para hallar aliento mutuo, aprovechan más si hablan por turnos que si lo hacen a la vez (1 Corintios 14:26-32). «Pues Dios no es Dios de confusión, sino de paz» (versículo 33). Dios concede mucho valor a la armonía y al orden, tal como se muestra en el orden de su cuartel general celestial (Apocalipsis 4, 5) y en su creación en el planeta Tierra (Génesis 1, 2).

Para cooperar con Dios, los miembros de un grupo deben estar dispuestos a trabajar armoniosamente unos con otros. Solo cuando los seguidores de Cristo estuvieron unidos pudieron recibir el poder del Espíritu Santo para llevar el evangelio a todo el mundo (Hechos 2).

La comisión de Cristo de ir y hacer discípulos a todas las naciones, bautizándolos y enseñándolos (Mateo 28: 19, 20) es demasiado grande para que la pueda llevar a cabo una sola persona. Para cumplirla nos necesitamos unos a otros con toda la riqueza de nuestra diversidad, exactamente igual que las partes del cuerpo humano se ayudan mutuamente para poder cumplir su tarea de preservar la vida. Así, la iglesia cristiana primitiva organizó a sus miembros según los dones espirituales o talentos con los que el Espíritu Santo había dotado a cada cual (1 Corintios 12; cf. Hechos 6:1-7).

Cuanto más grande sea la tarea y más numeroso sea el grupo que la lleva a cabo, más se requiere una organización efectiva. Los israelitas constituían un enorme grupo, y su tarea de conquistar la tierra de Canaán era monumental. Por lo tanto, necesitaban una organización efectiva que los mantuviera realizando sus esfuerzos de forma coordinada. Por ello, Dios indicó a Moisés que realizase un censo militar que contara a los hombres aptos para la lucha, con veinte años de edad como mínimo (Números 1). El propósito no era simplemente saber cuál era el número de los israelitas, sino organizar un ejército.

El censo militar no incluía a la tribu de los levitas (Números 1:47-54). Los dirigentes los contaron en un censo separado que contaba a los hombres que tenían entre los treinta y los cincuenta años de edad, la edad dorada de la madurez, para suplir las diversas necesidades del santuario (Núm. 4). Las instrucciones de Dios relacionadas con los deberes de los levitas fueron muy detalladas. Era una religión organizada en sentido global, y Dios mismo la instituyó.

La organización no es inherentemente mala. Es un instrumento neutral que uno puede utilizar con buenos o malos propósitos. La gente puede reunirse para ayudar a las víctimas de un huracán, un maremoto, o una sequía. O puede explotar a otras personas. Los dirigentes y los objetivos de una organización, incluyendo una organización religiosa, determinan su carácter.

El tipo acertado de organización

La naturaleza de una organización debería adaptarse a su propósito. La organización de un club de fútbol puede ser relativamente sencilla, con límites flexibles para llegar a ser miembro, un cómodo sistema de seguridad y algunas reglas para asegurarse de que cada uno sea tratado justamente. Un ejército o una nación constituyen una cuestión totalmente diferente. La organización debe servir a los complejos intereses de muchas personas y abordar el peligro real que le plantean los enemigos, quienes son, por lo general, externos, aunque algunos podrían ser internos.

Los lectores modernos del libro de Números tienen la tendencia a creer que la disciplina impuesta a los israelitas en su peregrinación por el desierto era demasiado severa. Pero la nación entera llegó a ser un ejército en marcha. Necesitaban disciplina militar para alcanzar sus objetivos con tanta seguridad como fuera posible. Cualquiera que se negara a cooperar podía poner en peligro la seguridad de todo el grupo.

¿Suenan familiares? La gente que viaja en avión en estos días debe observar estrictas reglas para la seguridad de cada cual. «No deje su equipaje desatendido». «No acepte paquetes de ningún desconocido». «Limite los líquidos en su equipaje de mano». Esas precauciones son prácticas, no legalistas.

El sistema de organización de Dios era más de lo que se necesitaba incluso para un ejército nacional, era nada menos que el ADN de un nuevo orden mundial. El éxito y la prosperidad del pueblo escogido de Dios, gobernado por leyes sabias y justas en armonía con su amante carácter, tenía el propósito de atraer a otros pueblos (Deuteronomio 4:5-8; cf. 1 Reyes 10:1-13).

El sistema de organización divinamente ordenado, diseñado para apoyar el progreso hacia resultados radicales, se valió de las estructuras sociales existentes hasta donde fue posible. Si bien el Señor quería transformar a la gente en armonía con su carácter, no se involucró en una revolución social. Del mismo modo, cuando llevamos el evangelio a gente de otras culturas, podemos trabajar con sus sociedades y con su estilo de hacer las cosas mientras no entren en conflicto con los principios divinos. Evangelizar no significa occidentalizar ni colonizar. El apóstol Pablo reconoció el valor de esa adaptabilidad. «Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos» (1 Corintios 9:22).

La sociedad israelita era tribal, no democrática. Sus dirigentes eran jefes o caudillos de grandes grupos de familias, no cargos electos. Por ello, las di-

visiones del ejército, el campamento y el orden de marcha se establecían por tribus, subunidades tribales mayores y familias dentro de ellas (Núm. 1, 2). Del mismo modo, el campamento y las responsabilidades de los miembros de la tribu de Leví estaban en armonía con sus relaciones como sacerdotes pertenecientes a la familia de Aarón, o como descendientes de Gersón, Coat y Merari (Números 3, 4).

Toda la gran familia de Israel debía vivir, trabajar, viajar y luchar en la guerra unida, en estrecha cooperación. Siendo que los miembros estaban relacionados, se comprendían entre sí y tenían poderosos intereses creados para cooperar en pro del bienestar, la seguridad y el éxito de cada cual. En nuestras sociedades occidentales, individualistas y caracterizadas por una elevada movilidad, hemos perdido en gran medida el fuerte sentido de pertenencia, apoyo e identidad que la parentela puede proporcionar.

Israel estaba unificado por una forma representativa de gobierno. Los dirigentes de unidades sociales menores eran responsables ante los líderes de las unidades mayores, quienes estaban bajo la dirección de Moisés, el portavoz de Dios, el Rey divino (*cf.* Núm. 23: 21). Moisés no había sido elegido, y tampoco Dios lo había sido. Los representantes no actuaban como un parlamento o como un congreso que promulgara o decretara leyes. Más bien, tenían la responsabilidad de ver que la nación llevara a cabo las instrucciones del Señor. Él se encargaba de todo. Por ello, el gobierno israelita era una teocracia gobernada por Dios.

El gobierno de Dios

Cuando visitamos la capital de un país, no es difícil, por lo general, saber quién está al frente. Los poderes gobernantes tienen sus sedes, generalmente, en el centro de la ciudad, en un imponente capitolio, en el palacio legislativo, o en el palacio ejecutivo. Abu Simbel, localidad situada en el sur de Egipto, tiene una antigua pintura de un campamento de guerra egipcio, con la enorme tienda del faraón Ramsés II (que gobernó de 1279 a 1212 a.C.) en el centro. En la representación, no queda ninguna duda de quién tenía la autoridad suprema.

La tienda del faraón estaba estructurada como el santuario israelita, con un cuarto interior cuadrado y un cuarto exterior el doble de grande. En la pintura, el sello oval que contenía el nombre del Faraón está en el centro del «lugar santísimo». Es precisamente el equivalente del lugar santísimo en el santuario israelita, donde el Señor estaba entronizado en medio de los querubines sobre el arca del pacto (Éxodo 25:22; 1 Samuel 4:4; 2 Reyes 19:15).

Egipto pretendía ser una teocracia, y los faraones eran re-yes-dioses. Pero el gran Ramsés II no era más que un ser humano, como puede constatar cualquiera que observe su arrugada momia en el Museo de El Cairo. Solo Israel contaba con el verdadero Dios-rey.

¿Se ha preguntado el lector alguna vez lo que sería tener a Dios como el Jefe de Estado de su país? No un presidente, un primer ministro, un monarca o un dictador vitalicio, que no son más que débiles seres humanos, sino al Señor mismo. Él tendría la sabiduría y el poder para resolver todos los problemas y sería totalmente justo (Salmo 96). Dios gobernaría por medio del amor, equilibrando la justicia con la misericordia (Salmo 85:10; 89:14). Ningún interés especial podría inducirlo a venderse, y no toleraría la corrupción en su gobierno. Y jamás tomaría vacaciones, y ni siquiera dormiría, sino que protegería constantemente a su pueblo (Salmo 121:4). ¿Quién no votaría por un líder así?

Dios era el Jefe de Estado en el antiguo Israel, y comunicaba su voluntad a Moisés, su representante. «Cuando entraba Moisés en el tabernáculo de reunión para hablar con Dios, oía la voz que le hablaba de encima del propiciatorio que estaba sobre el Arca del testimonio, de entre los dos querubines. Así hablaba con él» (Números 7:89). El contenido de esa comunicación eran las instrucciones para los israelitas (Éxodo 25:22; Levítico 1:1, 2).

Moisés era algo así como el primer ministro de Dios, en el sentido de que era responsable de que se realizara la voluntad de Dios y de encargarse de todos los detalles. Pero él no era el encargado de la formulación de las políticas como jefe de Estado. Esa era la función de Dios. El gobierno de Israel era una teocracia dirigida por Dios.

En otras épocas, incluyendo nuestros tiempos, muchos grupos que pertenecen a las religiones monoteístas (por ejemplo, los talibanes) han pretendido establecer gobiernos civiles dirigidos por la deidad. Pero esas no son verdaderas teocracias, porque no tienen la presencia de Dios morando entre ellos y dirigiéndolos. Han tenido la tendencia a arrogarse la posesión de la autoridad divina para obligar a otros a observar sus tradiciones humanas. Con frecuencia los resultados han sido opresivos, y a veces peores que eso.

La verdadera iglesia cristiana de Dios sobre la tierra carece tanto de gobierno civil como de la presencia del Señor entronizado en el lugar santísimo del santuario terrenal o templo. Solo tenemos una comunidad de fe. Pero la cabeza de esta comunidad es el Cristo divino (Juan 14:26; 16:12-15).

Por ello, la verdadera iglesia tiene que ser una teocracia. Por lo tanto, como en el antiguo Israel, los representantes del Señor son los responsables de que todo

se haga de acuerdo con su voluntad. Deben aplicar los principios divinos, no alterarlos o reemplazarlos de acuerdo con el razonamiento humano. Hacer tal cosa sería usurpar arrogante y neciamente el lugar de Dios, lo cual sería una blasfemia. Por supuesto, deben resolver y administrar muchos detalles, pero, al hacerlo, nunca deberían pasar por alto o comprometer el conjunto de principios que Dios ha revelado a través de los profetas que hablaron en su nombre.

Cuando la verdadera iglesia administra la disciplina a sus miembros, lo hace en armonía con la voluntad de Dios, tal como está revelada a través de la Biblia y la conducción del Espíritu Santo. Jesús dijo: «Les aseguro que todo lo que aten en la tierra quedará atado en el cielo; y todo lo que desaten en la tierra quedará desatado en el cielo» (Mateo 18:18, *Nueva Biblia Española*). La versión *NASB* (traducida del inglés), dice: «En verdad os digo, que cualquier cosa que atéis en la tierra, habrá sido atada en el cielo; y cualquier cosa que desatéis en la tierra, habrá sido desatada en el cielo». Esta versión, a diferencia de las demás, expresa correctamente el tiempo verbal griego, el cual indica que el cuerpo organizado de creyentes toma decisiones en armonía con lo que Dios ya ha decidido. No significa que la iglesia tiene la autoridad y que el cielo hace la voluntad de ella. Debemos someternos humildemente a la voz que habla entre los querubines celestiales.

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Bajo la sombra de la Shekinah
Roy Gane

Capítulo Dos

Un pueblo santo
(Números 5, 6)

Ayuda divina para recuperar la confianza

Un pueblo santo se compone de familias. Las familias están unidas por el vínculo matrimonial. Los matrimonios están unidos por la confianza. Cuando se debilita la confianza en el matrimonio, el lienzo de la sociedad comienza a deshilarse. En la actualidad vemos que esto está ocurriendo a una escala sin precedentes en las sociedades occidentales.

Dios unió en matrimonio a Adán y Eva para que fueran «una sola carne» (Génesis 2), pero mantener esa identidad en un mundo caído como el nuestro puede ser un desafío. Tan pronto como Adán y Eva pecaron, se dañó la confianza entre ellos. Cuando Dios los confrontó con lo que habían hecho, Adán culpó a Eva (Génesis 3:12). Culparse mutuamente en el matrimonio ha dañado la confianza desde entonces.

Es sumamente grave que un miembro de la pareja matrimonial acuse al otro de ser infiel por haber cometido adulterio. Si esa acusación es verdad, se justifica la disolución del matrimonio (Mateo 5:32). Aunque la acusación sea infundada, la sospecha destruye las bases sobre las cuales descansa la relación. Cuando se trata de asuntos íntimos, o privados, puede ser difícil para uno de los cónyuges saber lo que ocurre, y a la otra persona puede costarle explicarlo.

A Dios le interesa todo lo que se relaciona con los matrimonios de sus hijos. Números 5:11-31 muestra hasta dónde puede llegar Dios, en sus esfuerzos por ayudar a los matrimonios israelitas a superar las sospechas de infidelidad

matrimonial, algo que podía destruir sus hogares, aunque ninguno de los cónyuges hubiera hecho nada malo. Sin embargo, varios aspectos del pasaje parecen extraños e, incluso, ofensivos al lector moderno. Es muy perturbador el hecho de que el Señor estableciera un procedimiento para encauzar la sospecha que un hombre pudiera tener de su esposa; sin embargo, no hay instrucciones homologas para los casos en que una esposa sospechara del adulterio de su esposo. Esto parece injusto, particularmente porque la descripción del ritual al que se sometía a la esposa sospechosa de adulterio parece amenazante y humillante. El ritual es peculiar, especialmente la parte en la cual la esposa debía beber el agua mezclada con el polvo del suelo del santuario (versículos 17, 24).

Para entender lo que Dios está tratando de hacer, debemos recordar primero que en la sociedad israelita los asuntos legales eran básicamente prerrogativa de los hombres. Esto no quiere decir que las mujeres no fueran importantes. Tampoco significa que debamos excluir a las mujeres cristianas de la esfera legal en nuestros días. El Señor estaba sencillamente entendiéndose con un grupo de personas exactamente como eran. Los hombres controlaban los tribunales que juzgaban las acusaciones de adulterio. Así que habría sido muy fácil que un tribunal completamente masculino hubiese podido ser parcial, inclinándose a dar la razón al esposo. Por ello, una esposa sobre la que recayera, habiendo sido fiel a su esposo, la sospecha de haber cometido adulterio podía correr el peligro de ser condenada injustamente a la pena de muerte.

Las mujeres inocentes, acusadas injustamente de adulterio, necesitaban una protección especial; así, los tribunales totalmente masculinos no podrían lincharlas. Los hombres acusados de adulterio no necesitaban tal protección, y por eso no hay ritual para un hombre sospechoso de adulterio. Es verdad que el sistema judicial israelita requería por lo menos dos testigos antes de imponer la pena capital (Deuteronomio 17:6; 19:15) y el amante de una mujer adúltera era ejecutado con ella (véanse Levítico 20:10; Deuteronomio 22:22). Aquellas leyes protegían tanto a las mujeres como a los hombres de acusaciones no comprobadas. Sin embargo, un esposo podría estar convencido en su mente de la conducta inapropiada de su esposa, aunque no pudiera probarlo o identificar al otro hombre. El esposo podría sentirse tentado a urdir un testimonio contra su esposa; en tal situación, aunque permaneciera con ella, el matrimonio no sería feliz. Para proteger a las mujeres bajo sospecha y los matrimonios de las mismas, Dios arrebató este tipo de casos de las manos de los tribunales humanos, pues los juzgaba él mismo. Este es el único tipo de caso que el Señor mismo decidía en el marco

del santuario. Estableció una «audiencia del tribunal supremo» solo para mujeres.

Dios no necesitaba un ritual elaborado para condenar o absolver mujeres bajo sospecha de adulterio. Conocía las verdaderas circunstancias y fácilmente podría haber comunicado su veredicto de una forma más simple; por ejemplo, a través del sacerdote con el oráculo del Urim y el Tumim (Éxodo 28:30; Números 27:21). Sin embargo, una ceremonia solemne en el santuario impresionaría a un hombre que albergase sospechas, de modo que llegase a la convicción de que la justicia se había cumplido totalmente y que el veredicto del Señor era justo. Si Dios condenaba a su esposa, sus sospechas se confirmarían, y ella sería castigada. Sin embargo, si el Señor vindicaba su inocencia, él podría tranquilizarse y aceptarla como fiel esposa sin vacilación. Así, su matrimonio podría salvarse.

Para disipar la sospecha, el esposo traía a su esposa al sacerdote en el santuario del Señor, con una ofrenda de cereal. Su ofrenda no debería llevar ni aceite ni incienso (Números 5:15), a diferencia de una ofrenda de cereal normal (Levítico 2:1) que se ofrecía en una ocasión más feliz. El sacerdote hacía que la mujer se pusiera de pie delante del Señor, como su juez. Ella descubría su cabeza como señal de humildad delante del Señor, y el sacerdote colocaba la ofrenda en sus manos (Números 5:16, 18). Luego el sacerdote le indicaba que jurara que no había sido infiel a su esposo y que una maldición cayera sobre ella si no decía la verdad (versículos 19-22). El sacerdote escribía la maldición en un libro y borraba las palabras con agua santa (vers. 23), en la cual había mezclado polvo del suelo del santuario (versículo 17). ¡Era un brebaje muy potente! A continuación el sacerdote ofrecía la ofrenda de cereal delante de Jehová y, finalmente, hacía que la mujer bebiera el agua (versículos 24-26).

Cuando el líquido entraba en el cuerpo de la mujer bajo sospecha de adulterio, la presencia o ausencia de castigo de parte de Dios revelaba el veredicto divino. Si ella resultaba culpable, sus órganos reproductores se dañaban y quedaba incapacitada para concebir y dar a luz. Si resultaba inocente, nada le acontecía, y conservaba su fertilidad (versículos 27, 28).

El procedimiento era algo parecido a una prueba de fuego. Se basaba en el principio de que la pureza y la santidad son compatibles, pero la impureza y la santidad son antagónicas. Compárese Levítico 7:20, 21, donde dice que cualquiera que comiere un sacrificio santo mientras estaba en estado de impureza física ritual sufriría la penalidad divina de ser «cortado», lo cual quería decir que tal persona perdería la vida futura (al perder la línea de des-

endientes, etc.). En Números 5 la sustancia probatoria era el agua santa. El polvo del suelo del santuario realzaba su santidad, y su función probatoria se ponía de relieve al poner la maldición condicional sobre ella. Una mujer que era moralmente pura no tendría ningún problema poniéndose en contacto con la sustancia santa. Pero la mujer culpable sufriría por la mala reacción «química» entre su impureza moral y la santidad de Dios.

No hay ninguna duda de que el ritual de la esposa sospechosa de adulterio servía como elemento disuasorio del adulterio. Aunque no hubiera ningún testigo humano, Dios lo ve todo y tiene por responsables a las personas. Una mujer que evadía el castigo en un tribunal humano podía, sin embargo, sufrir una profunda incomodidad física, la tristeza por la esterilidad (un castigo muy serio para una mujer hebrea), y el estigma permanente de una resplandeciente letra «A» de color escarlata, que quería decir «adúltera» (Números 5:27). La declaración de culpabilidad de una mujer en esta forma conducía, con toda seguridad, al arresto de la parte masculina en el pecado.

Por otra parte, una mujer exonerada por Dios podía continuar su vida con su reputación inmaculada y su matrimonio plenamente restaurado. Esta sería una notable bendición para ella y para su esposo. Con frecuencia, en la vida humana la sospecha se arrastra durante toda la vida e, incluso, durante muchas generaciones. A veces aunque sea totalmente infundada, tiende a crear una realidad por sí misma, destruyendo todo lo que toca. Pero Dios quería que las familias de su pueblo quedaran libres de sospecha para que fueran fuertes, unidas por un amor basado en la confianza. Para los israelitas que eran fieles a Dios era bueno saber que él los conocía íntimamente. Nada le queda oculto. Así que la única postura sensata es decir con David: «Examíname, Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos. Ve si hay en mí camino de perversidad y guíame en el camino eterno» (Salmo 139:23, 24). Para aquellos que confían en el Señor esto es una señal de tranquilidad, no una amenaza. Aun cuando David cometió adulterio en circunstancias trágicas (2 Samuel 11), Dios pudo llevarlo al arrepentimiento y a un nivel más alto de pureza moral (Salmo 51). Hannah Senesh anhelaba tener un amigo que todo lo supiera. Esta mujer era miembro de la resistencia húngara de la juventud judía. Fue capturada por los nazis y sometida a un interrogatorio con tortura y, finalmente, ejecutada por un pelotón de fusilamiento. Hannah escribió el siguiente poema en 1942 (traducida del hebreo moderno por el autor).

«Soledad»

«Si yo pudiera encontrar a alguien que lo comprendiera todo...

Sin palabras, sin búsqueda,

Confesión o mentira,

Sin preguntar por qué.

Yo extendería delante de él, como una tela blanca,

El corazón y el alma.

La suciedad y el oro.

Siendo perspicaz, comprendería.

Y después de que le hubiera abierto el corazón,

Cuando todo se hubiera vaciado y abandonado,

No sentiría ni angustia ni dolor,

Pero sabría cuan rica había llegado a ser». ¹

Otra mujer tenía un amigo así. Ella había sido pecadora, no meramente sospechosa de pecado. Cuando supo que el Señor estaba comiendo en casa de un fariseo, fue a verlo. No fue su esposo quien la llevó allí. Lo que hizo fue llevarle una ofrenda al Señor: un perfume muy costoso. Lo derramó sobre los pies del Señor y luego los enjugó humildemente con sus propios cabellos.

Luego el fariseo la calificó mentalmente como la gran pecadora que había sido (Lucas 7:37-39). Jesús sabía todo lo que ella había hecho. Y también sabía todo lo que el fariseo había hecho. Incluso leyó sus acusadores pensamientos y les dio contestación, para asombro del fariseo, que no había dicho nada en voz alta. El Señor no dijo que la mujer era inocente, como si vindicara a una mujer inocente sospechosa de adulterio, al estilo de Números 5. Ella, ciertamente, había sido culpable. Más bien, le dijo: «Tus pecados te son perdonados [...]. Tu fe te ha salvado, ve en paz» (versículos 48-50).

Santidad especial para gente ordinaria

Únicamente varones israelitas, descendientes de Aarón, podían acercarse al Señor para servirle como sacerdotes consagrados en su santuario (Levítico 8). La mayoría de los israelitas jamás podría alcanzar ese nivel de santidad. Sin embargo, Dios dio la oportunidad, tanto a los hombres como a las mujeres, de disfrutar una clase especial de santidad por un período de tiempo tomando el voto de nazareo. Este voto mostraba una devoción excepcio-

¹ Traducción del hebreo de Ruth Finer Mintz, en *Hannah Senesh: Her Life and Diary* (Nueva York: Schocken Books, 1971), p. 253.

nal al Señor mediante un estilo de vida de abstinencia y por el ofrecimiento de varios sacrificios (Núm. 6). De esta forma el Señor afirmaba que ellos pertenecían a «un reino de sacerdotes» y «a una nación santa» (Éxodo 19:6).

Muchos cristianos consideran a sus ministros profesionales como personas especialmente santas, aunque no los llamen «Reverendo» o «Su Santidad» ni los consideren sacerdotes. Ciertamente, la profesión ministerial es un elevado y santo llamamiento al liderazgo espiritual y a una vida ejemplar. Pero es importante recordar que todos los cristianos son «un real sacerdocio» y «una nación santa» (1 Pedro 2:9). «De acuerdo con Pedro, todos los cristianos pertenecen al sacerdocio. En el Nuevo Testamento, la iglesia no *tiene* un sacerdocio; *es* un sacerdocio».²

Así que todos los cristianos, hombres y mujeres, jóvenes o ancianos, son ministros en un sentido más amplio, aunque no sean ministros profesionales que reciban salario. Nuestro único sacerdote en el sentido especial de un mediador ante Dios es Cristo (véase especialmente en Hebreos 7-10). De modo que todos los cristianos deben ser santos: «Sino, así como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir, porque escrito está: "Sed santos, porque yo soy santo"» (1 Pedro 1:15, 16; citando Levítico 11:44). Aunque ya no es posible cumplir un voto de nazareo, porque el sistema sacrificial ya no existe, las instrucciones dadas a los nazareos muestran cómo valora Dios la devoción especial de los hombres y mujeres que no son ministros profesionales.

Durante el tiempo de su voto, el nazareo debía abstenerse de tres cosas:

1. Comidas y líquidos hechos con jugo de uva y otros frutos dulces similares susceptibles de fermentación (Números 6:3, 4).
2. Cortarse el cabello (versículo 5).
3. Acercarse a un cuerpo muerto, incluso en el entierro de familiares muy cercanos (versículos 6, 7).

El primero y el tercero eran como un eco de prohibiciones observadas por los sacerdotes. Sin embargo, a los sacerdotes se les prohibía beber vino y cualquier otro tipo de bebida de frutos dulces (en este caso fermentado) solo cuando entraran al santuario (Levítico 10:9) y solo el sumo sacerdote tenía prohibido participar en los funerales de sus familiares más cercanos (Levítico 21:11; cf. versículos 1-4 para los sacerdotes ordinarios o comunes). El estilo de vida de los nazareos, cuyo cabello era dedicado al Señor, era

² Russel Burrill, *Revolution in the Church* (Fallbrook, California: Han Research Center, 1979), p. 24.

muy semejante al del sumo sacerdote, cuya cabeza estaba especialmente consagrada (Levítico 8:12; 21:10).

El punto culminante del período votivo del nazareo llegaba al final, cuando la persona ofrecía varios sacrificios. Estos incluían una ofrenda de purificación, una ofrenda encendida, y una ofrenda de paz, junto con un canastillo de tortas sin levadura, acompañados con sus libaciones (Números 6:13-17, 19, 20). La combinación de ofrendas era bastante costosa (Hechos 21:24). Con ellas, el nazareo ofrecería todo lo demás que hubiera ofrecido, de acuerdo con lo que él o ella pudieran financiar.

Los sacrificios del nazareo eran similares en varios sentidos a los que Israel ofrecía para consagrar a los sacerdotes: una ofrenda de purificación, una ofrenda encendida, y una ofrenda de ordenación que se parecía mucho a la ofrenda de paz. Con la ofrenda de ordenación estaba un canastillo con panes sin levadura (Levítico 8). Sin embargo, si bien los rituales de consagración de los sacerdotes ocurrían al principio de su larga vida de servicio al Señor, los sacrificios de un nazareo se ofrecían al final de su período temporal de consagración.

Como parte de la ceremonia de conclusión, el nazareo debía trasquilarse la *cabeza*, que estaba dedicada al Señor, y quemar el cabello en el fuego con la ofrenda de paz (Núm. 6: 18). Como el cabello representaba la dedicación de toda la persona a Dios, ofrecerlo era lo más cerca que el sistema ritual de los israelitas llegaba al sacrificio humano. Señalaba hacia el sacrificio de un ser humano dedicado: Cristo, quien se ofreció a sí mismo para quitar los pecados: «porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados. Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste, mas me diste un cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: "He aquí, vengo, Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí"» (Hebreos 10:4-7, citando Salmo 40:6-8).

Para prometer la liberación de su pueblo, Cristo apareció a Manoa y a su esposa como el «Ángel del Señor» y les dio instrucciones para el estilo de vida de nazareo que iba a vivir Sansón. Se identificó a sí mismo como el Único cuyo nombre es «Maravilloso». Entonces ascendió al cielo en la llama de la ofrenda encendida, anunciando la ofrenda de sí mismo (Jueces 13:9-23).

Cristo era de Nazaret, pero no era nazareo (Mateo 11:19). No existe ninguna conexión lingüística entre las dos palabras, aunque tienen sonido semejante en español. Por lo tanto, es muy improbable que él tuviera el cabello

largo de un nazareo que los artistas con frecuencia representan. Sin embargo, Cristo, como un nazareo, ofreció su sacrificio al final de su periodo de vida consagrado sobre la tierra. Este sacrificio lo capacita para ser nuestro permanente Sumo Sacerdote en el cielo, quien vive «siempre para interceder» por nosotros (Hebreos 7:25). Así, su sacrificio sobre la cruz se situó entre su vida terrenal y su ministerio celestial.

Cuando los nazareos habían terminado de presentar sus ofrendas, estaban libres de beber vino de nuevo (Números 6:20). Pero Jesús se negó este privilegio, diciendo justo antes de su muerte: «Desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre» (Mateo 26:29). Hasta que él pueda disfrutarlo con nosotros, no lo disfrutará en absoluto.

La bendición sobre el pueblo de Dios

Los sacerdotes israelitas fueron una bendición para el pueblo de Dios como representantes de los israelitas. Oficiaban en los rituales, como los de la pureza o la impureza por sospecha de adulterio de la esposa (Números 5:11-31), o en el voto del nazareo (Números 6:1-21). Los sacerdotes, como mediadores del pueblo, también bendecían a la congregación al orar en su favor cuando invocaban a Dios. Así, Aarón bendijo al pueblo al final del servicio inaugural (Levítico 19:22; cf. versículo 23).

La bendición del pueblo era tan importante que, en Números 6:24-26, Dios mismo dio a sus sacerdotes las palabras para hacerlo, al igual que Jesús presentó a sus discípulos el Padrenuestro, como ejemplo de cómo orar (Mateo 6:9-13). La «bendición sacerdotal» de Números 6, que podríamos considerar como la «Oración del Señor del Antiguo Testamento», dice así:

«Jehová te bendiga y te guarde. Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro y ponga en ti paz» (Números 6:24-26).³

Esta breve y hermosa bendición está estructurada como una poesía. Dado que es expresada por un ser humano que pide a Dios que bendiga a su pueblo, la oración es una solicitud (cf. Salmo 115:15; 134:3). El hecho de que el representante del Señor la pronunciara, utilizando las palabras que él había dado, da la seguridad de que Dios está listo y quiere contestar. Él invita a solicitarle: «Pedid, y se os dará; buscad, y hallareis; llamad, y se os abrirá» (Mateo 7:7). El pueblo de Dios no debe ser tímido para pedirle sus beneficios, por-

³ Roy Gane, *Leviticus, Numbers*, NIV Application Commentary (Grand Rapids: Zondervan, 2004), p. 539.

que el Rey del universo mismo los insta a venir audazmente ante su trono de gracia (Hebreos 4:16). Dios ama a su pueblo y está ansioso de colmarlos de bendiciones, especialmente protección y bienestar. Ellos no necesitan ganarse su favor: solo necesitan aceptarlo.

La bendición sacerdotal pide que el rostro del Señor resplandezca sobre su pueblo y sea alzado hacia ellos. Ambas imágenes expresan la actitud positiva de misericordia y buena voluntad hacia ellos, de aquel de quien fluye toda bendición. Ellos no tienen que esforzarse para obtener sus beneficios, uno por uno. Solo necesitan centrar su atención en el único que lo da todo. Como dijo Jesús: «buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo 6:33).

Números 6: 27 dice que cuando los sacerdotes bendijeran a los israelitas, «pondrán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré». La seguridad de las bendiciones surge de la posesión del «nombre» de Dios. Aquellos que tienen su nombre le pertenecen como su pueblo santo. Les proporciona su identidad, y ellos están bajo su cuidado.

El nombre del Señor también representa su carácter y su reputación (Éxodo 9:16; Ezequiel 36:23). Así que llevar su nombre es tanto un privilegio como una responsabilidad. Todo lo que somos y hacemos está relacionado con su nombre. Al permitirle trabajar en nosotros y a través de nosotros, le permitimos glorificar su nombre en el mundo para que así otros sean atraídos hacia él. Por otra parte, si proclamamos su nombre, pero no cooperamos con la obra de su gracia en nuestras vidas, tomamos su nombre en vano (Éxodo 20:7).

El favor y la buena voluntad de Dios están disponibles para todos los habitantes del planeta Tierra a través del don de su Hijo. Cuando Jesús nació, los ángeles cantaron: «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!» (Lucas 2:14). Al ser levantado sobre la cruz para proporcionar la salvación a todo aquel que acepte su gracia, Cristo invita a todas las personas a acudir a él (Juan 12: 32). Es el sacerdote de todos, no solamente de los israelitas, y sus bendiciones están preparadas para todos. Cualquiera haya sido su nombre en el pasado, él tiene un nuevo nombre para usted, una nueva identidad y un nuevo carácter que significa que pertenece a Dios por la eternidad (Apocalipsis 3:12).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Bajo la sombra de la Shekinah
Roy Gane

Capítulo Tres

El servicio de Dios
(Números 7, 8)

Dones para servir a Dios

Un maravilloso sábado, durante el verano, mi familia fue a un parque, al lado de un pequeño lago, en el sur de Michigan. Estaban con nosotros los padres de mi esposa y algunos amigos de nuestra hija adolescente. Después de extender un mantel sobre una mesa del parque, servimos la comida. Había muchas cosas para comer. Sin embargo, para nuestra profunda desilusión, descubrimos que habíamos olvidado traer tenedores y cucharas. Cuando tratamos de comer los frijoles con papilas fritas, estas se quebraban antes de llegar a nuestra hambrienta boca. Alguien sugirió que comiéramos con palillos, que podíamos hacer cortando ramitas de los árboles cercanos, pero no estábamos acostumbrados a comer con ellos. Cada momento que pasaba nos sentíamos más frustrados. La muerte por inanición parecía inevitable, y estábamos en peligro de codiciar los relucientes tenedores de otros que comían en la mesa de al lado.

Finalmente, pedimos ayuda. Mi esposa se acercó a la mesa vecina, cuyos integrantes disfrutaban de su comida de forma civilizada, y con mucha pena les pidió que nos prestaran algunos tenedores extra que les hubieran sobrado. Les sobraban algunos y con mucha bondad nos los dieron. De hecho, fueron tan amables que no se rieron de nosotros. Nosotros procedimos a comer nuestra comida y pronto nos recuperamos de la vergüenza y del hambre.

Cuando uno realiza una actividad con un grupo de personas, se necesitan herramientas y equipo. Lo mismo ocurrió con los israelitas encargados de la

adoración en el santuario. ¿Qué debería ofrecerse sobre el altar a favor de Israel cada mañana y cada tarde (Éxodo 29:38-42)? ¿Cómo recogerían los sacerdotes la sangre de los animales sacrificados y qué contenedores utilizarían para las libaciones? ¿Quiénes cargarían el santuario portátil cuando hiciera falta transportarlo? Números 7 responde estas preguntas presentando una lista de ofrendas que los jefes representantes de las doce tribus de Israel dieron para el santuario del Señor, incluyendo el altar, cuando fue consagrado.

Levítico 8 describe primero la ceremonia de consagración. Pero Números 7 registra la lista de las ofrendas, probablemente porque estaban relacionadas con el equipo y las provisiones para el santuario y no con la realización del ritual. El equipo y las provisiones eran importantes para la realización de todas las actividades del santuario.

El primer grupo de ofrendas de los jefes de las tribus consistía de seis carretas cubiertas y dos bueyes para tirar de ellas. Las dos divisiones de levitas (descendientes de Gersón y de Merari) los necesitaban para transportar el santuario desarmado de lugar en lugar. Sin embargo, los levitas coatitas no recibieron carretas porque debían transportar los artículos o los muebles sobre sus hombros (Números 7:2-9; *cf.* Números 4).

Al transportar los objetos sagrados sobre los hombros se los protegería del inevitable maltrato que sufrirían en una carreta. Recuérdese que los antiguos vehículos carecían de ruedas de caucho y suspensiones suaves y que los caminos no estaban pavimentados. Fue una desgracia que la primera vez que David intentó transferir el arca del pacto a Jerusalén la pusieron sobre una carreta, en vez de llevarla debidamente mediante barras sobre los hombros de los sacerdotes (*cf.* Deuteronomio 31:9; Josué 3:3, 5, 6, 8, etc.). Cuando los bueyes que tiraban de las carretas la pusieron en peligro, Uza agarró el arca para mantenerla en su lugar, pero el Señor lo hirió de muerte (2 Samuel 6:3-7). Sus intenciones eran buenas, pero eran irrelevantes porque la profunda santidad del arca estaba completamente fuera de sus límites, del mismo modo que una línea eléctrica de alto voltaje o la radiación nuclear lo está para alguien que no está protegido apropiadamente.

El segundo grupo de ofrendas de los jefes de las tribus israelitas fue para la dedicación del altar. Los utensilios para las sagradas actividades relacionadas con el altar incluían fuentes y sartenes de plata y oro (incluyendo las que se utilizaban para las libaciones y para recoger la sangre), materiales para las ofrendas, incienso, y animales para los sacrificios públicos en beneficio de toda la nación (*cf.* Números 28, 29). Al parecer, para poder dar el

debido reconocimiento a las ofrendas de cada una de las tribus y prolongar la celebración, los jefes hicieron su contribución, uno cada día, durante un período de doce días (Números 7:10-88).

Las ofrendas de las doce tribus fueron impresionantes y costosas (vers. 84-88). Deben haber recibido muchas de estas cosas, así como de los materiales para la construcción del santuario (Éxodo 35), de los egipcios (Éxodo 12:35, 36), como compensación parcial por el trabajo forzado de los israelitas del que Egipto se había beneficiado (Éxodo 1:2; 5).

¿Por qué quería Dios que tales riquezas, ganadas con el sudor de los esclavos, brillaran suntuosamente sobre su santuario y sobre su altar? ¿No habría sido mucho mejor dar todas esas riquezas a los pobres? Jesús contestó ese tipo de preguntas cuando una mujer ungió su cabeza con un ungüento muy costoso. «Al ver esto, los discípulos se enojaron y dijeron: ¿Para qué este desperdicio?, pues esto podía haberse vendido a buen precio y haberse dado a los pobres. Al darse cuenta Jesús, les dijo: ¿Por qué molestáis a esta mujer? Lo que ha hecho conmigo es una buena obra, porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis, pues al derramar este perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho a fin de prepararme para la sepultura. De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que esta ha hecho, para memoria de ella» (Mateo 26: 8-13).

Darle directamente al Señor no reemplaza la obligación hacia los pobres (Levítico 25:35). Pero él merece especial honor, lo mejor de lo que su pueblo tenga disponible. Cualquier cosa que ofrezcan al Señor no es más que una muestra o señal de que le devolvemos una pequeña porción de todo lo que nos ha dado. Al honrarlo a él, dirigen la atención de otros hacia su grandeza.

La mujer honró a Jesús en tal forma que señaló hacia su sacrificio. Lo mismo hizo el santuario israelita y sus sacrificios sobre el altar.

Los israelitas concentraron los recursos para su adoración hacia un solo santuario, o templo, en el cual realizaban los sacrificios y otros ritos. En la actualidad tenemos muchos templos para la oración, la alabanza, la enseñanza y la predicación de la Palabra de Dios. Si bien nuestras iglesias también son centros de adoración, no son lo mismo que el antiguo santuario/templo. Por tanto, no deberíamos edificar templos excesivamente costosos. Pero Dios merece lo mejor que podamos razonablemente ofrecerle. Ahora que Cristo ya ha realizado su sacrificio, es todavía más digno de honor.

Permita que su luz brille en la dirección debida

La luz es una necesidad para muchas actividades humanas, no es meramente un lujo. Hace años un estudiante de una universidad me dijo que su padre y su madre eran trapevistas en un circo. Una de sus peligrosas exhibiciones acrobáticas era que la madre soltaba el trapecio y volaba por el aire hacia su esposo, que la agarraba por las manos. Todo esto se realizaba muy alto, en el aire, sin ninguna red de seguridad abajo.

Pero en una ocasión, según mi alumno, en el preciso momento en que la mujer había soltado el trapecio, las luces se apagaron de repente. La oscuridad era total, y ella no podía ver nada en absoluto. Volando por el aire, no vio a su esposo, pero dio con uno de los elevados postes que sostenían la gigantesca carpa del circo. Con el relampagueante reflejo de una acróbata profesional rodeó con sus brazos el poste y se deslizó hacia el piso que estaba muy abajo. En el instante en que ella tocaba el piso, las luces se encendieron de nuevo. La multitud le rindió una ovación de pie. ¡Creyendo que fe increíble proeza era un truco arreglado, le pidieron a gritos que la realizara de nuevo! Sin embargo, ella sabía que era muy afortunada de estar viva y nunca trató intencional-mente de realizar ese truco sin luz.

Cuando el ejército del faraón encajonó a los israelitas junto al mar Rojo, la luz del Señor ayudó a los israelitas. Sin embargo, las tinieblas que él les envió impidieron que los egipcios atacaran a su pueblo. «El ángel de Dios, que iba delante del campamento de Israel, se apartó y se puso detrás de ellos; asimismo la columna de nube que iba delante de ellos se apartó y se puso a sus espaldas, e iba entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel; para aquellos era una nube tenebrosa, pero a Israel lo alumbraba de noche; por eso, en toda aquella noche nunca se acercaron los unos a los otros» (Éxodo 14:19, 20).

No fue la única ocasión que la nube de gloria de Dios proporcionó luz y seguridad a su pueblo. Cada noche su nube adquiría la apariencia de fuego y descansaba sobre su santuario (Éxodo 13:21; Números 9:15, 16, 21). Ningún enemigo podía aproximarse encubierto por las tinieblas, y el brillo sobrenatural que se cernía sobre ellos intimidaría a cualquiera que intentara molestarlos. A diferencia de las modernas luces de seguridad, la luz de Dios era cien por cien fiable, porque su fuente de energía nunca se apagaba.

Otra luz brillaba en el lugar santo del santuario, pero la encendían seres humanos. Un sacerdote era responsable de limpiar las lámparas del candelero cada mañana y encenderla cada tarde para que ardiera toda la noche

(Éxodo 27:21; 30: 78). La luz de Dios siempre estaba encendida porque «no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel» (Salmo 121:4).

Tener luz no es suficiente. Se le debe permitir brillar en la dirección correcta para proporcionar una iluminación útil. Por eso, el Señor instruyó a Aarón: «Habla a Aarón y dile: Cuando enciendas las lámparas, las siete lámparas del candelabro alumbrarán hacia adelante» (Números 8:2; cf. Éxodo 25:37). Es decir, las lámparas debían dirigirse hacia el centro del lugar santo, para que iluminara el recinto completo.

Jesús también habló de permitir que la luz de nuestra vida vaya hacia donde debe hacer su labor: «Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de una vasija, sino sobre el candelero para que alumbre a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mateo 5:14-16).

Nuestra luz proviene de Dios y debiera ser reflejada hacia él. Lo que se busca es llamar la atención hacia el Señor, a quien se le debe dar toda la gloria, y no a nosotros. Cuando otros reconocen y aceptan a Dios como la fuente de su luz, no tropezarán ni andarán vagando en las tinieblas.

Obreros capacitados

Los sacerdotes israelitas provenían de la tribu de Leví, y otros hombres de la misma tribu debían asistirlos en el cuidado del santuario. Los otros levitas no eran consagrados como sacerdotes, pero debían ser purificados y puestos aparte del resto de los israelitas para que pudieran aproximarse con seguridad a las cosas santas en el cumplimiento de sus deberes (Números 8:5-22). Su purificación los libraba de la impureza física ritual, especialmente de la contaminación con cadáveres. Esa contaminación los había afectado varias veces en el pasado, como cuando participaban en funerales. Pero no habían tenido medios o razones para purificarse hasta ahora.

La impureza física ritual implica una forma de pensamiento muy extraña para nosotros en este tiempo. Cuando yo tenía nueve años de edad, mis compañeros varones de una escuela elemental de Lincoln, Nebraska, se negaban a tocar cualquier cosa que perteneciera, o hubiera sido tocada, por las niñas. Se suponía que las integrantes de la «especie» femenina[^] diseminaban una forma de contagio llamada «cooties», proveniente de una especie de insecto mítico, que era una amenaza para su masculinidad en desarrollo. Evitar los «cooties» y advertir a los demás ruidosamente del peligro era un

juego muy divertido. Por supuesto, la tontería de los «cooties» no sobrevivió a nuestra pubertad, cuando las letales hormonas mataron nuestro deseo de mantenernos alejados de los «cooties».

Solo al llegar a la edad adulta supe que la palabra «cooties» significa literalmente «piojos». No puedo imaginar ni por un momento que las adorables niñas de cuarto grado estuvieran infestadas con un solo piojo. Para los muchachos, los «cooties» eran una categoría conceptual que simbolizaba una cualidad transferible de la feminidad. Indudablemente, los especialistas en el desarrollo de la psicología humana podrían explicar este tipo de pensamiento que parece representar una etapa más bien insegura en la cual un niño necesita reafirmar su género. Pero para nuestros propósitos es suficiente señalar que la categoría de los «cooties» implicaba una fuente humana física (una niña) y cosas especialmente asociadas con ellas por propiedad o por el tacto. Los muchachos lo considerábamos como un tipo de «impureza» que necesitábamos evitar.

Los «cooties» proporcionan un sencillo ejemplo que puede ayudarnos a comprender el profundo concepto bíblico de la impureza física ritual humana. Esa impureza no era consecuencia de la suciedad ordinaria. Tampoco era una enfermedad, aunque ciertas enfermedades podían hacer impuras a las personas. Tampoco era pecado, en el sentido de violar un mandato divino. Más bien, la impureza israelita era una categoría conceptual asociada con el ciclo nacimiento-muerte, es decir, el ciclo de la mortalidad, que es el resultado del pecado (Génesis 3; Romanos 5:12; 6:23). Así que la impureza que enfatiza y recalca la mortalidad podía provenir de los cuerpos muertos (Números 19), de la muerte viviente de una enfermedad que causaba deterioro de la piel (Levítico 13, 14; Números 12), y de diversos flujos de los órganos reproductores masculinos y femeninos, que servían para generar nueva vida mortal (Levítico 15). Aunque el nacimiento daba origen a una nueva vida, era una vida mortal; por eso, los flujos sanguíneos posparto de la madre la hacían impura (Levítico 12).

A cualquier persona o cosa que estuviera «impura» no se le permitía ponerse en contacto con las cosas o lugares santos. Por tanto, más que separar lo «masculino» de lo «femenino», la impureza física ritual separaba lo «divino» de la «humanidad caída». El hecho de tener una impureza no quería decir que un israelita era menos digno que otras personas. De hecho, era bueno y obligatorio hacerse impuro para poder disfrutar de la intimidad del matrimonio y darle continuidad a la raza humana mediante la recepción de la bendición divina: «Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sometedla» (Génesis 1:28; 9:1). También era necesario llegar a ser impuro al sepultar a

los padres, en cumplimiento parcial del mandato: «Honra a tu padre y a tu madre» (Éxodo 20:12).

Podemos llamar a esto «impureza ritual» porque la santidad de la cual debía separarse era la santidad del santuario y su sistema ritual, en el cual residía la presencia divina en la tierra. Y esa división no era un asunto trivial. Al hacer un resumen de una serie de instrucciones concernientes a las impurezas rituales y la purificación de ellas, Dios advirtió: «Apartaréis de sus impurezas a los hijos de Israel, a fin de que no mueran a causa de sus impurezas, por haber contaminado mi tabernáculo, que está en medio de ellos» (Levítico 15:31). Como el campamento israelita era la sede del santuario, era santo. Por esa causa las personas seriamente impuras tenían que salir del campamento (Números 5:1-4).

El Dios de Israel insistía en distanciarse de la mortalidad. La muerte nunca fue parte del plan divino original. Esta perspectiva es contraria a la filosofía humana, que se remonta hasta los antiguos egipcios. En Egipto cada tumba era un templo, porque la muerte era un pasaje sagrado a la siguiente fase de la vida inmortal con los dioses. Pero lo que necesitamos es redención de la muerte, no reencarnación (¿o encarcelamiento de nuevo?) para entrar a otro estado vital.

El Dios santo de Israel es el Señor de la vida (Mateo 22:32). Él rechaza la idea de que la muerte es santa y, por lo tanto, asociada con él. En la Biblia un cadáver era impuro y, por lo tanto, excluido del contacto con las cosas o las personas santas (Levítico 21:10-12; Números 6:6-9; 19: 11-22). La muerte es mala; es el resultado del pecado (Génesis 3; Romanos 6:23). Dios quiere restaurar la vida eterna en nosotros (Juan 3:16), no meramente perpetuar un «alma inmortal" que es una noción ficticia inventada por su enemigo (Génesis 3:4).

Ahora el santuario y el templo israelitas ya no existen. El ministerio de Cristo se realiza en un mejor santuario que hay en el cielo (Hebreos 7-10). La presencia de Dios en la *shekina* ya no reside en una morada terrenal. Por lo tanto, ya no existe un lugar santo en la tierra, en el sentido en que el santuario y el campamento israelita que lo rodeaba eran santos. Por tanto, ya no tenemos por qué pelear para ganar o mantener el control de territorios sagrados, con el propósito de realizar ritos en un lugar designado para tener especial acceso a Dios. ¡Qué alivio! Y tampoco tenemos por qué observar las leyes bíblicas relacionadas con la impureza física ritual para separar tal impureza de una esfera de santidad terrenal.

Algunos cristianos bien intencionados están tratando de revivir las leyes de pureza como requerimientos obligatorios, incluyendo el trato diferente a las mujeres en ciertos períodos del mes; pero están equivocados, imponiendo cargas y confusión innecesarias. También son incoherentes al elegir y adoptar esas leyes sin reconocer adecuadamente que pertenecían a un sistema que los israelitas debían observar como un todo.

Nadie, sea judío o cristiano, puede guardar el sistema de impureza ritual y sus leyes de purificación en forma apropiada en la actualidad, porque este sistema requiere sacrificios de purificación y un santuario/templo en funciones (Levítico 12:6-8; 14:10-20, etc.), algo que ya no existe. Sin las cenizas de la vaca alazana (bermeja) para purificar a cualquiera que se hubiera contaminado con cuerpo muerto (Números 19), todos están, simplemente, impuros, como estaban los levitas antes de sus rituales de purificación (Números 8). Pero para nosotros esto no importa, como tampoco les importaba a los levitas antes del establecimiento del santuario.

Aunque no necesitamos guardar las leyes de pureza, pueden enseñarnos algo acerca de la naturaleza humana en relación con la naturaleza divina y la forma como Dios nos sana de la mortalidad, además de perdonar nuestros pecados (Salmo 103:3). Los sacrificios para purificar a los israelitas de la impureza física ritual señalaban hacia el sacrificio de Cristo, como lo hacían los sacrificios por los pecados. Nos enseñan que Cristo murió, no solo para perdonarnos nuestros actos pecaminosos, sino también para librarnos de nuestra condición mortal por causa del pecado. Jesús dijo a Nicodemo: «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:16). En consecuencia, cuando Cristo venga otra vez, cambiará la mortalidad de todos los que lo acepten para obtener la inmortalidad (1 Corintios 15:51-54).

La purificación de los levitas de la impureza física ritual incluía la aspersión del «agua de purificación» sobre ellos —la cual quitaba la contaminación por un cuerpo muerto (Números 19)—, raer completamente el cabello y el vello de todo el cuerpo, y el lavado de su ropa. Además debía ofrecerse por él una ofrenda de purificación y una ofrenda encendida (Números 8:6-8; 12, 21). El propósito de los dos sacrificios era «purificarlos» (versículo 21). Por ello, su purificación ocurría a través de los sacrificios de agua y sangre, prefigurando así el sacrificio de Cristo, quien vino «mediante agua y sangre» (1 Juan 5:6).

No es mera coincidencia que cuando Cristo murió y un soldado le abrió el costado con una lanza, «al instante salió sangre y agua» (Juan 19: 34). Y tampoco es accidental que el primer milagro de Jesús consistiera en convertir el agua de purificación en vino, el cual representa la sangre (Juan 2:6-11; *cf.* Mateo 26:27, 28). El agua y la sangre eran los dos agentes purificadores más importantes del sistema ritual israelita, y una alusión a la purificación suprema que es Cristo.

La purificación de los levitas los capacitaba para llevar a cabo sus deberes sagrados. Esos deberes sagrados los realizaban a favor de los demás israelitas, en lugar de los primogénitos, como sus representantes (Números 8:16-18). Para separar de este modo a los levitas, los israelitas debían poner sus manos sobre ellos (versículo 10), del mismo modo que uno que traía una ofrenda debía colocar sus manos sobre la cabeza del animal para el sacrificio (Levítico 1:4). Luego Aarón, el sumo sacerdote, realizaba un gesto simbólico (literalmente «elevation como una ofrenda elevada») para dedicar los levitas al Señor (versículos 11, 13, 21).

En un sentido, los levitas eran una ofrenda sacrificial presentada por el pueblo de Dios, quien los entregó a los sacerdotes (*cf.* Levítico 7:34) para asistírlos en la obra del santuario. De este modo, los levitas eran un tipo de «sacrificio viviente». Un sacrificio es algo o alguien dedicado al uso de las cosas santas de Dios. Aunque fue necesario que Cristo muriera como el sacrificio que se requería para salvarnos del pecado y de la muerte, los integrantes de su pueblo pueden ser «sacrificios» dedicados a Dios, morir. Pablo hizo el siguiente llamamiento a los cristianos: «Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que vuestro verdadero culto. No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Romanos 12:1, 2).

Del mismo modo que los antiguos levitas, nosotros también podemos ser sacrificios vivientes dedicados a Dios, para ayudar en la obra evangélica de nuestro Sumo Sacerdote, Cristo Jesús. No nos necesita para cuidar utensilios o para transportar objetos sagrados de lugar en lugar. Pero quiere que invitemos a otros a acudir a él al templo del cielo por la fe, invitación descrita en la Epístola a los Hebreos: «Así que, hermanos, mediante la sangre de Jesús, tenemos plena libertad para entrar en el lugar santísimo, por el camino nuevo y vivo que él nos ha abierto a través de la cortina, es decir, a través de su cuerpo; y tenemos además un gran sacerdote al frente de la familia de Dios. Acerquémonos, pues, a Dios con corazón sincero y con la

plena seguridad que da la fe, interiormente purificados de una conciencia culpable y exteriormente lavados con agua pura» (Hebreos 10:19-22, NVI).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Bajo la sombra de la Shekinah
Roy Gane

Capítulo Cuatro

La preparación para la mudanza (Números 9, 10)

El día de la independencia

Muchos países celebran su independencia de gobiernos extranjeros con días festivos. Las fechas varían, pero el tema es parecido: el gozo de la victoria que ha traído la oportunidad para la autodeterminación y la liberación de la explotación. La gente considera que esos días festivos son ocasiones felices para comer y beber con los amigos y la familia, asistir a desfiles, o escuchar discursos patrióticos. Cuando yo era niño, disfrutaba especialmente los fuegos artificiales del día de la independencia. Observar los fuegos artificiales era emocionante, pero aún más emocionante era encender nuestras propias luces, nuestros propios cohetes.

La Pascua es el «día de la independencia» para Israel, la conmemoración de su liberación de la opresión de Egipto y el nacimiento de la nación. Los pueblos de muchas naciones han creído que Dios los ayudó en su lucha por la liberación, pero la historia hebrea de la divina y milagrosa intervención a favor de su nación de esclavos es única. Así que el día de la independencia de Israel era un festival religioso para celebrar la liberación realizada por Dios.

Poco antes de que los israelitas partieran del desierto de Sinaí, celebraron su segunda Pascua. Era su primera celebración de la salida de Egipto. Un año antes, habían observado la Pascua en el momento exacto en que Dios estaba por completar la liberación final de su pueblo (Éxodo 12). Esa celebración del «día de la independencia» era un acto de fe de que Dios estaba a punto de darles la libertad.

Más adelante, en la Biblia, vemos de nuevo este modelo de celebración de fe, anticipando lo que Dios estaba a punto de hacer. Cuando los israelitas marcharon alrededor de Jericó siete veces, los sacerdotes tocaron las trompetas y el pueblo gritó. Entonces las paredes cayeron (Josué 6:20). Cuando yo era niño, imaginaba que el poderoso estruendo había agrietado las murallas de la ciudad. Pero después de ver las antiguas murallas en los lugares arqueológicos del Oriente Próximo, ya no creo que fue el sonido el que obró la proeza en Jericó. Fue Dios. Fue un milagro. Todo lo que los israelitas hicieron fue celebrar lo que Dios estaba a punto de hacer.

Es muy interesante notar que la misma palabra hebrea que se usa para referirse al «grito» de los israelitas (versículo 20) aparece en Números 23:21, donde dice que Balaam miró hacia el campamento israelita y observó que «su Dios, está con él, y ellos lo aclaman como rey». Es una proclamación del Señor como el divino Rey de los israelitas. En Jericó ellos gritaron para celebrar exactamente eso.

Siglos después, cuando una gran multitud de enemigos marchó contra el rey Josafat de Judá, este invitó a su pueblo al ayuno para buscar la ayuda de Dios (2 Crónicas 20:1-13). Entonces el Espíritu del Señor vino sobre Jahaziel, quien dio al pueblo un mensaje del Señor, que incluía la orden: «No temáis ni os amedrentéis delante de esta multitud tan grande, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios» (véanse los versículos 14-17). Josafat aceptó la promesa y adoró al Señor, y los levitas se pusieron de pie para alabar al Señor con voz alta y fuerte (versículos 18, 19). ¡La celebración ya había comenzado!

Al día siguiente Josafat alentó a su pueblo con estas palabras: «Creed en Jehová vuestro Dios, y estaréis seguros; creed a sus profetas, y seréis prosperados» (versículo 20). Es de crucial importancia creer en las promesas de Dios, entregadas por medio de sus profetas, para aceptar la salvación de Dios por medio de la fe basada en su Palabra como si ya se hubiese cumplido.

Para confirmar sus palabras de fe, Josafat hizo algo notable: «Y habido consejo con el pueblo, puso algunos que cantasen y alabasen a Jehová, vestidos de ornamentos sagrados, mientras salía la gente armada, y que dijesen: "glorificad a Jehová, porque su misericordia es para siempre"» (versículo 21). Contra esta clase de fe, los enemigos del pueblo de Dios no tuvieron oportunidad de vencerlos. El Señor los puso unos contra otros, y se destruyeron entre ellos mismos. El ejército de Judá no tuvo que pelear en absoluto (versículos 22-24).

En el Nuevo Testamento sigue dándose el mismo modelo de una fe anticipada. En la Última Cena, Jesús observó la Pascua con sus discípulos y la transformó en una celebración de la liberación del gobierno opresivo de Satanás, que es mucho más poderoso y peligroso de lo que había sido el dominio del faraón (Mateo 26:17-30). Su celebración de la independencia del perverso «príncipe de este mundo» (*cf.* Juan 12:31) descansaba sobre el sacrificio de Cristo (Mateo 26: 26-28), que estaba a punto de realizarse (Mateo 27).

La primera Pascua y la primera Cena del Señor se realizaron antes de la liberación que celebraban. Pero luego el pueblo de Dios las observaría regularmente para conmemorar los acontecimientos salvíficos después de que estos se hubiesen realizado. Si bien estas ceremonias recordaban experiencias pasadas en las que habían recibido la gracia de Dios por medio de la fe, también los invitaban a mirar hacia adelante por medio de la fe a la conclusión futura de la salvación. Siendo que el Señor había librado de Egipto a los israelitas, estos podían confiar que cumpliría su promesa de llevarlos con seguridad a su nuevo hogar en la tierra prometida. De igual manera, el hecho de que el Cristo crucificado hiciera añicos el derecho de Satanás al planeta Tierra (Juan 12:31) es apoyo poderoso de nuestra fe en su futuro retorno para reclamar lo que le pertenece y hacer nuevas todas las cosas (Apocalipsis 19-22).

Al ver lo que Dios ya ha hecho por nosotros, tenemos confianza en que cumplirá lo que ha prometido. Y esto se aplica incluso en el ámbito de la experiencia individual. Cuando nos sentimos abrumados por gravísimos problemas, fuerzas, o tentaciones que parecieran estar a punto de desunirnos es el tiempo de recordar los enemigos que Dios venció fácilmente en beneficio de su pueblo en el pasado. Podemos hacer nuestras sus promesas, como lo hicieron Josafat y su pueblo, y celebrar su inminente cumplimiento. Aunque Dios decidiera no intervenir en esta vida, como cuando decidió no rescatar a Juan el Bautista (Mateo 14:3-12), la liberación permanente vendrá pronto en la vida futura (Job 19:25-27).

Los israelitas estaban a punto de salir de la seguridad y de la relativa comodidad del campamento junto al monte Sinaí y emprender un viaje escabroso, en el que poderosos enemigos saldrían a su encuentro. Observar la Pascua para alabar a Dios por la forma como los había salvado del faraón fortalecería su fe en lo que el Señor estaba a punto de hacer por ellos. De esta manera se animarían a cooperar valerosamente con él. La alabanza fortalece la fe, y esta, a su vez, desarrolla el valor.

Los israelitas celebraron su segunda Pascua en la fecha señalada, el día catorce del primer mes, que era en la primavera (Números 9:1-5; cf. Éxodo 12). Fue en «el primer mes del segundo año de su salida de la tierra de Egipto» (Números 9:1). Note que esto fue un par de semanas antes de que el Señor mandara a Moisés a realizara el censo militar «el primer día del segundo mes, el año segundo de su salida de la tierra de Egipto» (Números 1:1). Aquí la organización de los registros en el libro de Números es temática más que un informe estrictamente cronológico de eventos en el orden en que ocurrieron. Al volver a narrar el ejercicio de fe de la Pascua en Números 9, poco antes de la salida del Sinaí (Números 10:11-13), el libro da a entender que existe un paralelo con la partida de Egipto un año antes. El pueblo continuaba su viaje de fe con Dios.

En la Pascua, antes de comenzar su penosa marcha hacia Canaán, algunos israelitas tuvieron un problema. Pero su queja no se debía a la falta de fe. Lo que ocurría era que habían deseado disfrutar la celebración de la Pascua y estaban frustrados porque, como estaban inmundos por haber estado en contacto con cadáveres, no habían podido participar (Números 9:6, 7).

Parte de la celebración de la Pascua consistía en el consumo de la carne del sacrificio sagrado en el hogar (Éxodo 12). Pero cualquiera que había estado cerca de un muerto quedaba ritualmente impuro durante una semana (Números 19:11). En consecuencia, no se les permitía comer comida santificada (cf. Levítico 7:20, 21) y tenían que permanecer fuera del campamento durante su período de impureza, lejos de sus hogares (Números 5:1-4). Esas leyes todavía no habían entrado en vigor el año anterior, en el tiempo de la primera Pascua, porque el santuario, que era el lugar donde se manifestaba la presencia de Dios, todavía no existía.

Ahora algunas personas se veían excluidas de la Pascua por circunstancias ajenas a su voluntad. Sus parientes habían muerto, y habían tenido que sepultarlos. La muerte no puede ser programada. Así que, además del dolor que sentían por sus seres amados muertos, se sentían excluidos de la comunidad. El Señor comprendió su contrariedad y reconoció su validez. Por ello, estableció una segunda fecha para la Pascua, un mes más tarde, el día catorce del segundo mes, para todos aquellos que habían estado contaminados por haber estado en contacto con un muerto. Y también hizo la misma provisión para todo aquel que había estado en un largo viaje, que le impidiera estar en casa para el festival en el primer mes (Números 9:9-12).

En Números 9 vemos el carácter de Dios en acción. Su solución fue práctica y mostró la necesaria flexibilidad para incluir a tantos como fuera posi-

ble en una ocasión de regocijo comunitario. También incluyó a los extranjeros que desearan celebrar la independencia nacional de Israel en la fiesta de la Pascua. Dios trató a aquellas personas como si fueran ciudadanos israelitas (vers. 14; cf. Éxodo 12:48, 49). En esta forma el Señor incluyó a los extranjeros que tenían fe y que se identificaban con su pueblo escogido, a través del cual él había prometido bendecir a todas las naciones (Génesis 12:3; 22:18).

Sería maravilloso si el pueblo de Dios aprendía de él cómo tratar a los demás. Entonces respetaríamos los sentimientos y limitaciones válidas de otras personas, mantendríamos las reglas y su propósito en la perspectiva equilibrada, ¡e incluiríamos a tantos como pudiéramos en nuestra adoración y en la celebración de la salvación!

Permanecer juntos

Cuando mis padres, mi hermano y yo nos mudamos de Nebraska a California, en 1974, tomamos la autopista número 80. Mi hermano, de 16 años, y descontento por la mudanza, prefirió viajar solo, conduciendo su antiguo pero clásico Cadillac color café. El resto de la familia viajó en un Plymouth que tenía el aspecto de una gran caja azul. El Cadillac tenía control de cruce. El Plymouth no.

Así que, además de la frustración que sentía por alejarse más y más de sus amigos, con cada kilómetro que avanzaba, mi hermano tuvo que lidiar con la irritación de tener que ir siguiendo a otro vehículo, que a veces aceleraba y a veces disminuía la velocidad.

Ya sea que vayamos conduciendo un vehículo, o trotando, o trabajando en un proyecto, es difícil ir al paso de otra persona. Unos van demasiado rápido, o muy lentamente; con mucha regularidad, o con demasiados imprevistos; se detienen con demasiada frecuencia, o no se detienen tanto como uno quisiera. Pero si nos apoyan, nos guían o nos protegen, vale la pena hacer amoldarse a su ritmo y permanecer con ellos.

Los israelitas necesitaban viajar con Dios. Era el Rey de la supervivencia. Así que, después de observar la primera Pascua, al salir los israelitas de Egipto, «Jehová iba delante de ellos, de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarlos, a fin de que anduvieran de día y de noche» (Éxodo 13:21). Cuando el ejército egipcio persiguió a los israelitas, la nube del Señor los separó de sus antiguos cautivos (Éxodo 14:19, 20). Durante la Segunda Guerra Mundial los barcos hacían cortinas de humo para evitar que los aviones enemigos los

vieran. Pero la «cortina de humo» del Señor era mejor, porque al mismo tiempo daba luz a su pueblo y oscuridad a sus enemigos.

Más tarde, la presencia del Señor se posó sobre el monte Sinaí en una nube que protegía a los israelitas de su gloria (Éxodo 19:16; 24:15, 16, 18). Sin embargo, después que ellos construyeron el santuario, la gloria del Señor lo llenó y su nube se colocó sobre él. La nube quedaba allí hasta que llegaba el momento de levantar el campamento y continuar el viaje (Éxodo 40:34-38).

Después de informar de la celebración de la segunda Pascua, el libro de Números nos habla nuevamente de la nube de gloria del Señor (Números 9:15-23). Este pasaje dice con énfasis que los israelitas seguían el movimiento de la nube, no importa cuan largo o corto fuera el tiempo que permaneciera sobre el santuario: «Al mandato de Jehová acampaban, y al mandato de Jehová partían. Así guardaban la ordenanza de Jehová, como Jehová lo había dicho por medio de Moisés» (Números 9:23).

Es cierto que Dios estableció el ritmo de la marcha, pero la realidad es que fue para beneficio de su pueblo. La marcha hacia Canaán podría haber sido mucho más rápida, pero ellos no estaban preparados. Debían potenciarse su fe en Dios y su cooperación con él antes de que estuvieran listos para enfrentarse a sus intimidantes enemigos. Si la dirección del Señor no les parecía lógica algunas veces, era para enseñarlos a confiar en él y seguirlo en todo momento. Él sabía lo que hacía.

Así que no era suficiente que los israelitas estuvieran donde el Señor había estado en el pasado, o donde era probable que estuviera en el futuro. Tenían que estar donde el Señor estuviera en ese momento.

Por desgracia, muchos grupos religiosos a través de los siglos han consagrado santuarios, o creencias, para conmemorar el lugar donde piensan que el Señor estuvo en algún tiempo. Trágicamente, no están dispuestos a que él los guíe a una nueva verdad, porque se aferran resueltamente a una ortodoxia momificada. No consideran a Dios como una persona, sino como una idea confinada a un nicho que ellos han creado. Adornan el nicho, lo besan, y periódicamente desfilan a su alrededor, pero es en realidad algo así como un ataúd; y el Dios vivo no está adentro.

Otros están impacientes con la conducción de Dios en el presente. Como él está tratando de mantener junto un rebaño muy diverso, es demasiado lento para ellos. Ellos son la minoría selecta, la que va al frente, la que abre el camino, la que cambia los paradigmas.

Pero solamente estaremos seguros si estamos con Dios donde él está ahora. Necesitamos movernos con él y detenemos con él. Sí, él puede ir mucho más rápido; pero él sabe qué es lo mejor para nosotros.

Señales de coordinación

Para coordinar un grupo de personas es muy útil tener señales. En el pequeño pueblo de Angwin, California, donde viví varios años, el excelente Departamento de Bomberos Voluntarios usaba una potente sirena como sistema de alarma para convocar a los que se necesitaban para atender diferentes clases de emergencias. Mientras más alarmas sonaban, más grande era la emergencia. Cinco alarmas eran para algo grande, como, por ejemplo, un incendio peligroso, que requería el rápido despliegue de todos los miembros. Cuando ocurría eso, muchos obreros salían precipitadamente de su trabajo, saltaban a sus vehículos, y hacían rechinar los neumáticos mientras avanzaban a toda velocidad por la carretera. Este enérgico cuerpo de bomberos, caracterizado por su excelente formación y dedicación, ha salvado muchas vidas y hogares.

Antes de que los israelitas partieran del Sinaí hacia Canaán, establecieron un sistema de señales para coordinar sus movimientos rápida y efectivamente. Si debían reunirse para recibir instrucciones, o salir a otra etapa de su viaje, o hacer frente a la amenaza de un enemigo, pasar el mensaje por palabras o verbalmente resultaría demasiado lento. Recuérdese que no tenían altavoces, teléfonos celulares ni localizadores. Sin una coordinación apropiada, resultaría el caos. Los miembros de las tribus de Judá, Isacar, Zabulón, etcétera, irían de un lado a otro, chocando unos con otros y gritando de rabia. Si además tenían que movilizar a sus animales, rebaños y manadas, estas chocarían unas contra otras, lo cual enojaría más a sus dueños. Una cacofonía de berridos, balidos y mugidos completaría la enorme confusión.

El Señor requiere el orden que contribuye al cumplimiento de sus propósitos. «Pues Dios no es Dios de confusión, sino de paz» (1 Corintios 14:33). Así que Dios mandó a Moisés tener a mano dos trompetas de plata, que los sacerdotes tocarían de cierta manera, dependiendo de la necesidad que se presentara (Números 10:1-10). Ahora que los arqueólogos han encontrado una antigua trompeta egipcia perfectamente conservada (la hallaron junto con otros objetos de la tumba del faraón Tutankamón), tenemos una idea muy clara de cómo era aquel instrumento. Con el agudo sonido de aquellas trompetas sería fácil llamar la atención de los israelitas para convocarlos a todos (o solamente a los representantes y dirigentes), controlar el comienzo

de una marcha para que las tribus se colocaran en el orden correcto, declarar la guerra, o celebrar ocasiones de gozo.

El hecho de que fueran los sacerdotes quienes tocaran las trompetas reforzaba el hecho de que las señales representaban la voluntad de Dios. Los sacerdotes trabajaban en el santuario, donde recibían instrucciones del Señor a través de Moisés o al observar el movimiento de la gloria de Dios en la nube. En armonía con todo ello, tocaban las trompetas para dar las señales al pueblo.

Dios dijo a los israelitas que si los enemigos los atacaban, el sonido de alarma de la trompeta tocada por los sacerdotes sería como un tipo de oración a su divino Rey, «Cuando salgáis a la guerra en vuestra tierra contra el enemigo que os ataque, tocaréis alarma con las trompetas. Así seréis recordados por Jehová, vuestro Dios, y seréis salvos de vuestros enemigos» (Números 10:9). Los líderes posteriores, que no eran sacerdotes, también tocaban trompetas (pero cuernos de carnero) para reunir a los israelitas para la batalla en la cual Dios les daría la victoria (véase, por ejemplo, Jueces 3:27; 6:34).

Las trompetas de plata de los sacerdotes tenían otra función: que los israelitas fueran recordados delante de Dios en ocasiones de gozo. «En vuestros días de alegría, como en vuestras solemnidades y principios de mes, tocaréis las trompetas sobre vuestros holocaustos y sobre los sacrificios de paz, y os servirán de memorial delante de vuestro Dios. Yo, Jehová, vuestro Dios» (Números 10:10). La necesidad de tal recordatorio no significaba que Dios los hubiera olvidado. Más bien, esos toques de trompeta eran oraciones en ocasiones especiales para reconocer su dependencia de él y alabarle.

Mi familia y yo caminábamos por un sendero hacia una playa en el lago Michigan. De repente escuchamos una poderosa sirena. Aquello nos puso nerviosos porque estábamos a corta distancia de la planta de energía nuclear Cook, la cual es, naturalmente, un blanco potencial para los terroristas. Preguntamos a otros caminantes si sabían qué estaba sucediendo, y ellos nos dijeron que era una alarma de prueba que sonaba una vez por mes. No es necesario decir que nos sentimos muy aliviados.

Los israelitas también tenían señales regulares en ocasiones programadas, inclusive al principio de cada mes; pero se podía distinguir su sonido del de las señales de emergencia. Sin embargo, había una excepción: el recuerdo (ante el Señor) de sonidos de trompeta al principio del séptimo mes (lo que se denominaba la «fiesta de las Trompetas», Levítico 23:24) tenía el mismo sonido que el usado para reunirse para la guerra (Números 10:9).

Este era un recordatorio anual de que su líder era un Rey (aclamado con el mismo sonido en Números 23:21) que era poderoso y estaba listo para ayudar a su pueblo.

El sonido de las trompetas israelitas evocaba una amplia gama de emociones, incluyendo la curiosidad por saber la razón de una convocación divina, la emoción por la partida para ver nuevos lugares a lo largo del camino hacia la tierra prometida, la preocupación y la inyección de adrenalina cuando enfrentaban las posibilidades de una batalla y el regocijo de celebrar el pacto con el Señor como miembros de su pueblo elegido. El elemento común en todo esto era el papel protagonista de Dios, quien los guiaba, los protegía, y suplía todas sus necesidades en todas las circunstancias.

Más tarde en la historia del pueblo de Dios, los profetas utilizaron las trompetas (cuernos de carneros) para proclamar tiempos de emergencia y arrepentimiento (Isaías 58:1; Joel 2:1, 15). Del mismo modo, cuando tenemos problemas deberíamos reconocerlos y enfrentarnos a ellos. Una crisis es una crisis, ya sea que los líderes lo admitan o no. En vez de escondernos en la apatía y la negación, pretendiendo que todo está bien, para proteger nuestra posición e imagen, deberíamos juntar a todas las personas afectadas, y buscar honestamente a Dios juntos, admitiendo plenamente nuestros errores, y redamar las promesas divinas de perdón (1 Juan 1:9) y ayuda (por ejemplo, Santiago 1:5 contiene una promesa de sabiduría).

Hace mucho tiempo que desaparecieron las trompetas israelitas, pero en el libro de Apocalipsis un ángel tocando una séptima trompeta anuncia el reino de Dios y, en consecuencia, su juicio, y se ve el arca del pacto en su templo celestial (Apocalipsis 11:15-19). Este es el equivalente escatológico de la trompeta que tocaba al principio del séptimo mes como memorial delante de Dios (Levítico 23:23-25), seguida por el juicio de lealtad hacia Dios en el Día de Expiación (versículos 26-32), cuando el sumo sacerdote veía el arca del pacto israelita (Levítico 16). Otra trompeta, la última, convocará al verdadero pueblo de Dios, no a un santuario en el campamento del desierto, sino para salir de la tumba y disfrutar la vida eterna en su presencia sin velo en la perpetua paz del paraíso (1 Corintios 15:52; 1 Tesalonicenses 4:16; cf. Mateo 24:31).

En marcha

Alistarse para un largo viaje exige siempre mucho trabajo para la familia. Hay mucho trabajo, aunque la casa ya esté limpia, la ropa lavada y doblada, las cuentas pagadas, los documentos en la computadora estén archivados,

el aceite del coche cambiado recientemente y los neumáticos inflados debidamente, ya haya suficiente alimento para los perros y los gatos, y se hayan hecho los arreglos para que alguien cuide de los animales. Generalmente tendemos a dejar todas estas cosas para el último minuto, junto con una corriente interminable de correos electrónicos, tareas universitarias que no pueden esperar hasta que regresemos (entrega de calificaciones, revisión de tesis, etc.). Agreguemos el fin de un plazo para la publicación de un artículo o un libro, y nos quedará poco tiempo para dormir, o nada. Cuando, por fin, subimos a nuestro vehículo, salimos de nuestra casa y nos ponemos en marcha, sentimos una abrumadora sensación de alivio y expectativa.

Los israelitas llevaban casi un año preparándose para este momento. Les tomó mucho tiempo porque no eran una sola familia, sino muchas familias que formaban una nación entera. Habían llegado al Sinaí como una pandilla de esclavos huyendo de sus amos, habían necesitado una constitución nacional (la ley de Dios), un centro de gobierno y adoración (el santuario), y una organización que abarcaba muchísimas cosas. Ahora todo estaba en su sitio. Por fin, la nube de gloria divina se levantó de su lugar sobre el santuario, y salieron, como se planificó, en un orden militar preciso (Números 10:11-28).

La emoción aumentaba. Los israelitas no iban solamente a un viaje de negocios o de vacaciones: iban rumbo a un lugar nuevo y permanente, donde morarían en una hermosa tierra de su propiedad que nunca habían visto. Tenían razones para creer que en corto tiempo estarían en ella.

Los israelitas ansiaban «aquella tierra buena y ancha, [...] una tierra que fluye leche y miel» (Éxodo 3:8). Pero aquella tierra no era nada, comparada con la que está preparada para nosotros: una tierra enteramente nueva, en la cual comeremos del árbol de la vida y beberemos del agua de vida. «Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman» (1 Corintios 2:9). Esperamos en el futuro una tierra sin sufrimiento, ni dolor, ni tristeza, con hogares magníficos, diseñados y contruidos por Dios mismo. Lo mejor de todo es que no necesitaremos un santuario o templo para tener un acceso limitado al Señor, porque podremos acercarnos a él cara a cara (Apocalipsis 21; 22; véase también Juan 14:1-3).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbese para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Bajo la sombra de la Shekinah
Roy Gane

Capítulo Cinco

Retos en el camino
(Números 11, 12)

Advertencia para los inconformes

Unas pocas horas después de iniciar un viaje que duraría muchos días, una vocecita preguntó: —Papi, ¿ya casi llegamos?

—No, querido, acabamos de salir de la casa —fue la respuesta.

Una hora más tarde:

—Papi, ¿ya casi llegamos?

—No, este viajará nos llevará mucho tiempo.

Media hora más tarde, volvió a oírse la voz quejumbrosa e impaciente:

—Papi, ¿ya casi llegamos?

—No, querido.

Finalmente, un grito de protesta:

— ¡Ya estoy harto de todo esto! ¡Quiero ir a mi casa ahora!

Los israelitas marcharon durante algunos días, con el arca del pacto del Señor al frente y su nube encima de ellos (Números 10:33, 34). Sin embargo, viajar por el terreno escabroso de la península del Sinaí era mucho más difícil que acampar en una planicie despejada frente al monte del Señor. Así que algunos comenzaron a quejarse, culpando a Moisés por su incomodidad y cuestionando la sabiduría de su liderazgo. Su reacción no pasó desapercibida para el Señor, quien consideró aquello como una ofensa personal, porque él estaba al frente de todo y hacía cuanto era menester a favor de su pueblo. Así que prendió fuego al campamento y quemó uno de

los extremos (Números 11:1; cf. Éxodo 3:2, una zarza ardiendo que no se consumía). Por eso, Moisés puso por nombre al lugar Tabera, «porque el fuego de Jehová se encendió en ellos» (Números 11: 3).

El fuego del Señor podía ser amigable, como cuando consumió los sacrificios inaugurales sobre el altar (Levítico 9: 24). Pero los israelitas sabían muy bien lo que su potente fuego era capaz de hacer cuando Dios estaba airado. Había ejecutado trágicamente a dos de sus sacerdotes cuando no siguieron importantísimas instrucciones (Levítico 10:1, 2). Así que el fuego que prendió en medio del campamento debe de haberlos turbado gravemente.

El texto no dice lo que el fuego del Señor quemó en uno de los extremos del campamento. Sin embargo, está claro que aquella sección, fuera del centro del campamento de las doce tribus, era donde la «multitud mixta» tenía sus tiendas. Así que, al parecer, podemos deducir que eran ellos los más dados a las quejas.

La multitud mixta, que había salido de Egipto junto con los israelitas (Éxodo 12:38), no estaba compuesta por israelitas ni de descendencia de israelitas casados con egipcios (Levítico 24:10). Al parecer, la demostración del poder de Dios a favor de su pueblo los había impresionado, y habían decidido echar su suerte con Israel. Su falta de «pedigrí» que los identificara para estar entre los elegidos, los descendientes de Jacob, no era un problema para Dios, y Dios les permitió unirse a los israelitas en la búsqueda y disfrute de las bendiciones del pacto. Pero una vez que hicieron su decisión de seguirlo, él esperaba que vivieran bajo su liderazgo como el resto de la comunidad del pacto.

La multitud mixta no había sufrido los rigores de la esclavitud, como los israelitas. Así que ellos no se habían acostumbrado a las pruebas y al esfuerzo físico excesivo que tuvieron que enfrentar en el camino a Canaán. Además, su cosmovisión y su religión eran, mayormente, egipcias y paganas. La cultura y el pensamiento egipcio también habían afectado a Israel, por lo cual habían perdido aspectos importantes de su herencia singular. Pero habían permanecido suficientemente separados como para preservar en alguna medida su identidad especial como pueblo de Dios. La multitud mixta no tenía mucho de esto, o nada. Así que el Señor era un extraño para ellos, y todavía no habían desarrollado su lealtad hacia él.

Tabera no fue el primer lugar donde la comunidad israelita se quejó. Cuando en el mar Rojo apareció en el horizonte el ejército del faraón, ellos clamaron al Señor (Éxodo 14:10) y entonces dijeron a Moisés: «¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto?

¿Por qué nos has hecho esto? ¿Por qué nos has sacado de Egipto? Ya te lo decíamos cuando estábamos en Egipto: Déjanos servir a los egipcios, porque mejor nos es servir a los egipcios que morir en el desierto» (versículos 11, 12).

¿Tumbas en Egipto? Por supuesto. Egipto estaba lleno de tumbas, algunas de las cuales ya eran antiguas entonces y todavía siguen siendo las más destacadas del mundo: las pirámides. Era una tierra que veneraba la muerte. La última de las diez plagas que envió Dios, que hirió a los primogénitos de Egipto, produjo suficientes muertos para venerar y para llenar una enorme cantidad de tumbas (Éxodo 12:29, 30).

Las palabras «¿No había sepulcros en Egipto?» eran una forma retórica de acusar a Moisés de ser un necio al llevarlos fuera de Egipto solo para sepultarlos. Fue una acusación que Moisés escucharía muchas veces después: Según la multitud mixta, el liderazgo de Moisés estaba conduciendo al desastre a los israelitas, y todos habrían estado mejor siendo esclavos bajo el dominio del faraón. La ausencia de la patria hace que el corazón aumente el deseo de estar en su tierra: «¡Quiero irme a mi casa ahora!»

Al culpar a Moisés, los israelitas ignoraban el hecho de que él solo estaba siguiendo las órdenes de Dios. Así que en realidad insinuaban que Dios era un necio. No es necesario decir que aquello era una gravísima blasfemia.

Quejarse contra Dios, el hecho mismo, no es necesariamente malo. Hombres de Dios, como Job, David y Habacuc, expresaron su descontento, su irritación, su frustración e, incluso, su violento enojo (Job 3; Salmo 109; Habacuc 1:1-2:1) contra Dios. Nuestra confianza en la sabiduría y el amor de Dios puede fallar, pero él comprende que el estrés severo puede confundirnos. Si llevamos a él nuestros problemas, no importa cuál sea nuestro estado mental, reconocemos su liderazgo en nuestra vida y entonces puede ayudarnos.

Un terrible choque en la autopista, cerca de San Francisco, en 1982, causado por un joven drogado y ebrio, casi nos mató a mi esposa y a mí. Su Chevy Nova cruzó la franja central de la autopista 580 y se estrelló contra un Volkswagen. El choque mató instantáneamente a la conductora, aplastó a sus dos hijas, y lanzó su automóvil sobre el maletero de nuestro pequeño Datsun B-210. Luego otro vehículo, que venía detrás de nosotros, hizo un surco profundo en un arcén elevado al lado de la carretera, gracias a lo cual no nos pasó por encima. Su enorme estructura se sacudió violentamente y se detuvo a escasos cinco metros de nuestro destrozado vehículo. Sobresalta-

dos, Connie y yo nos abrazamos, comprendiendo que un milagro divino nos había permitido sobrevivir, por fracciones de segundo, a aquel desastre.

Connie sufrió conmoción cerebral; a mí se me fracturó una costilla; y ambos teníamos traumatismo cervical y lesiones en la espalda. Pasó bastante tiempo para que se disiparan los efectos completos de nuestro trauma. Éramos solo estudiantes y llevábamos tiempo luchando por sobrevivir a duras penas. El accidente acabó con nuestros nervios y con nuestra energía física, y ya no pudimos mantenernos a flote económicamente. Mi objetivo de hacer un doctorado, como preparación para la carrera a la que Dios me había llamado, parecía imposible de alcanzar. Yo estaba confundido, y me sentía frustrado, enojado, profundamente deprimido e indignado al culpar a Dios por la situación. Sin embargo, mis quejas, al menos implícitamente, las presentaba ante Dios como el Señor de mi vida, y él nos sacó adelante. Aprendí a confiar en él porque nunca nos abandonó, ni cuando las cosas se pusieron difíciles.

En el mar Rojo los israelitas enfrentaron un peligro mortal, y ellos clamaron a Dios (Éxodo 14:10). Eso era completamente comprensible. Sin embargo, cuando se volvieron a culpar a Moisés, sus quejas tomaron un rumbo desagradable porque estaban negando el liderazgo de Dios (versículos 11-12). No obstante, él pasó por alto el insulto y los libró de manera espectacular (versículos 19-30). Fue paciente con ellos porque eran «bebés» en la fe; y su estrategia tuvo el efecto deseado: «Al ver Israel aquel gran hecho que Jehová ejecutó contra los egipcios, el pueblo temió a Jehová, y creyeron a Jehová y a Moisés, su siervo» (versículo 31).

Por desgracia, aquello no fue el final de sus quejas. Entre el mar Rojo y el monte Sinaí los israelitas se quejaron contra Moisés (o Moisés y Aarón) varias veces más, cuando les faltó agua y comida. En cada caso, el Señor atendió milagrosamente su necesidad y no los disciplinó (Éxodo 15:22-25; 16:2-36; 17:1-7). En la última de estas ocasiones, los israelitas «tentaron a Jehová al decir: "¿Está, pues, Jehová entre nosotros o no?"» (Éxodo 17:7). Aquí está la pregunta básica que sobreentendían cada vez que se quejaban. Ahora estaba claro. Sabían lo que estaban haciendo, y la próxima vez serían responsables de ello.

Sucedió un año después en Tabera (Números 11:1). El Señor había hecho mucho por los israelitas durante ese año. Los había ayudado a ganar la victoria sobre los amalecitas en Refidim (Éxodo 17:8-16), proclamó sus Diez Mandamientos desde el monte Sinaí (Éxodo 20), promulgó leyes adicionales por medio de Moisés (Éxodo 21-23), estableció su pacto con ellos como un pacto sellado con sangre (Éxodo 24), dio los planos para la construcción del

santuario (Éxodo 25-31), y renovó el pacto con ellos (Éxodo 33; 34) después de que ellos lo hubieran quebrantado adorando a un becerro de oro (Éxodo 32). Cuando los israelitas terminaron el santuario y el Señor se instaló allí (Éxodo 35-40), les dio instrucciones detalladas para el culto y la pureza (Levítico 1-17) y para un estilo de vida santo y saludable (Levítico 18-27). Organizó al pueblo y su campamento y les dio más instrucciones en preparación para su conquista de Canaán (Números 1-10). Mientras tanto, ellos dependían totalmente de él para su provisión diaria de alimento, por medio de un milagro: el maná (Éxodo 16).

Los israelitas ya no eran una pandilla de esclavos fugitivos. Ahora eran una nación bien constituida, responsable ante Dios de guardar su parte del pacto que voluntariamente habían contraído. Él los había defendido y alimentado, y les había dado de beber. Y había morado entre ellos. Por ello, no tenían ninguna excusa ni siquiera para insinuar la pregunta: «¿Está el Señor entre nosotros o no?»

Todo lo anterior es el trasfondo para la respuesta del Señor a sus quejas en Tabera, donde los disciplinó por primera vez por sus murmuraciones. Si leemos este episodio aislado de su contexto podemos tener la impresión de que el Señor reaccionó en una forma exageradamente dura. En realidad, fue misericordioso al darles un «toque de advertencia» que tardarían en olvidar.

Irónicamente, el fuego divino se apagó únicamente cuando los israelitas clamaron a Moisés por ayuda, y él oró al Señor por ellos (Números 11:2). Si sus quejas habían seguido el patrón usual, estas estaban dirigidas contra Moisés. Como ocurrió a los amigos de Job (Job 42:7-9), descubrieron que dependían de uno a quien habían malinterpretado para que intercediera por ellos. Antes de que Dios aceptara su arrepentimiento, tuvieron que confesar humildemente ante Moisés que se habían equivocado.

Si tenemos problemas con alguien, no podemos evitar la reconciliación con esa persona yendo directamente a Dios. Jesús dijo: «Por tanto, si traes tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve, reconcílate primero con tu hermano, y entonces vuelve y presenta tu ofrenda» (Mateo 5:23, 24). No era un concepto nuevo. De acuerdo con las instrucciones de Dios, los israelitas que defraudaban a otra persona eran responsables de devolver lo que habían tomado o guardado indebidamente, más el veinte por ciento (Levítico 6:1-5). Hacer ese tipo de reparación requería, naturalmente, la confesión a la persona ofendida (cf. Levítico 5:5). Solo después de arreglar las cosas con esa persona se le permitía al pecador ofrecer un sacrificio al Señor y recibir el perdón (Levítico 6:6, 7).

Zaqueo comprendió que obtener el perdón de Dios no significaba declararse en quiebra para no pagar nuestras obligaciones con otras personas. Por eso prometió: «Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguien, se lo devuelvo cuadruplicado» (Lucas 19:8). Jesús aceptó su promesa, al responder: «Hoy ha venido la salvación a esta casa, por cuanto él también es hijo de Abraham, porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (versículos 9, 10).

Ciertamente, ¡la confesión es buena para el alma! Dios enseñó eso a los israelitas en Tabera, donde a duras penas escaparon del fuego divino. También da al resto de la raza humana una oportunidad de aprenderlo antes que el fuego llegue a nuestro vecindario, el planeta Tierra, y consuma a aquellos que rechazan la intercesión de su Hijo unigénito (Hebreos 4:14-16; 7:25; 1 Juan 1:9; Apocalipsis 14:9-12; 19:20; 20:9-15; 21:8).

Deseo desordenado por las ollas de carne

Por desgracia, la terrible advertencia de Tabera no fue suficiente para los israelitas. Cuando las cosas se enfriaron, volvieron a lo mismo. «La gente extranjera que se mezcló con ellos se dejó llevar por el hambre, y los hijos de Israel también volvieron a sus lamentos, diciendo: "¡Quién nos diera a comer carne! Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos. ¡Ahora nuestra alma se seca, pues nada sino este maná ven nuestros ojos!"» (Números 11:4-6).

Los quejumbrosos eran la «multitud mixta» (cf. Éxodo 12:38). La Biblia apenas declara el papel que desempeñaron en Tabera (ver arriba), pero aquí está claro. Aquella multitud mixta incitó el motín de la glotonería. No es que estuvieran hambrientos. Ya habían tenido abundancia de deliciosa y nutritiva comida, perfectamente diseñada para su salud por el dietista divino (véase Éxodo 16:31 y Números 11:8 en lo que respecta al sabor). Él prometió que si cooperaban con todas sus indicaciones, no sufrirían ninguna de las enfermedades que afligían a los egipcios (Éxodo 15:26). Tampoco había nada malo en el servicio: Dios mismo era el proveedor, y siempre servía a tiempo.

La chusma se quejó cuando su estómago empezó a exigir «la comida de mamá en la vieja tierra de Egipto». ¡Oh, sí!, había pescado, melones y verdura sanísima. Pero aquellos eran los platos secundarios. El tema principal era la carne. Olvídense de la granola celestial aquí en el desierto. Dénnos *McDonald's*, *Kentucky Fried Chicken*, y carne asada casera. ¡No estamos

obteniendo nuestro requerimiento mínimo diario de colesterol y carcinógenos! Innecesario es decir que hacer el feo al maná de Dios fue un enorme insulto contra él.

Los israelitas habían vivido una vida más dura en Egipto que la multitud mixta, así que no recordaban tanto lujo. Pero muy pronto el descontento se esparció entre ellos, y el gimoteo se transformó en llanto, como si estuvieran muriéndose de hambre.

El pueblo no necesitó ninguna publicidad comercial que le dijera que satisficiera su apetito, en lugar de satisfacer sus necesidades con lo que era bueno para ellos. Aquella preocupación por la dieta era glotonería. Glotonería no solo es comer demasiado en general, sino también desentenderse de la salud en aras del gusto y del apetito, que fácilmente pueden llegar a pervertirse. Por ello, la glotonería es uno de los pecados cardinales de algunas acaudaladas sociedades modernas, como la de Estados Unidos. El costo en sufrimiento, pérdida de trabajo y tratamiento médico es extraordinario.

También es problemático seguir deseando algo que podría ser nutricionalmente bueno, pero que no está disponible, a no ser que seamos indiferentes a la conducción del Señor. Dios hizo el «árbol del conocimiento del bien y del mal» en el jardín del Edén. Eva tenía razón, indudablemente, cuando vio que el árbol era bueno para comer (Génesis 3:6). Pero eso no hacía que comerlo fuera correcto, porque Dios lo había prohibido (Génesis 2:17). La multitud mixta y los israelitas desearon algunos alimentos saludables: pepinos, melones, puerros, cebollas y ajo. Pero quedaban atrás en Egipto y no crecían en el desierto por donde el Señor los estaba guiando. Desearlos significaba desear Egipto, lo cual significaba, a su vez, no querer ir con Dios a la tierra prometida.

Era natural que el Señor se enojara. Moisés también se enojó (Números 11:10). Ahora los israelitas estaban en peligro mortal. Después del incidente del becerro de oro, Moisés había intercedido por ellos al decir a Dios: «Te ruego que perdones ahora su pecado, y si no, bórrame del libro que has escrito» (Éxodo 32:32). En Tabera de nuevo había orado para intervenir a favor de ellos (versículo 2). Ahora, ciertamente, habló con el Señor, pero su interés en la intercesión había muerto de muerte natural. El pueblo había sido totalmente irrazonable. Su falta de disposición a aprender era intolerable, aun para el hombre más paciente. Moisés culpó al Señor por poner la carga de toda esa inmadura multitud sobre él. Para salir de esa miserable situación, deseó morir también, pero no de muerte natural (versículos 11-15).

Moisés no ha sido el único pastor desanimado en la historia. Elías, quien huyó de la reina bruja Jezabel, se sentó bajo un enebro, y oró para que Dios le quitara la vida (1 Reyes 19:4). Isaías estaba angustiado por el estado moral de su nación que «desde la planta del pie hasta la cabeza no [había en ella] cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga» (Isaías 1:6).

El Señor se preocupa por sus ministros desalentados, y es admirablemente bondadoso con ellos. Sabe, por experiencia, lo que sienten cuando la gente les hace pasar momentos difíciles. En lugar de rechazarlos, les da con sensibilidad lo que necesitan para animarlos a fin de que continúen. Después de la aflicción del episodio del becerro de oro, dio a Moisés una vislumbre de su gloria (Éxodo 33:18; 34:8). Y después de la huida extenuante de Elías, un ángel le trajo dos veces comida y agua (1 Reyes 19:5-8), y el Señor mismo le reveló su plan para él con una voz suave y apacible (versículos 12-18). Cuando Isaías era joven y su motivación para el ministerio casi había perecido ante obstáculos aparentemente insuperables, Dios recargó su batería espiritual con una maravillosa visión de la gloria divina en el templo (Isaías 6).

Dios también se preocupa de sus pastores modernos. Bill Allison llegó a ser pastor a la edad de veintidós años y tuvo un difícil comienzo. Cuenta así lo que pasó:

«En la primera semana en aquella iglesia como pastor juvenil, cada una de las personas que habían votado contra mi venida a la iglesia decidieron visitarme en casa. Acudieron a mi despacho uno a uno, y dijeron las cosas más hirientes que nadie pueda imaginar, haciendo cuanto podían por desanimarme. (¿Ha notado que algunas personas en la iglesia parecen creer que intimidar y criticar son sus dones espirituales, y que quieren usarlos contra usted?) "Usted nunca gustará a los estudiantes", bufó uno, mientras yo imaginaba que ya veía cuernos incipientes que comenzaban a salirle en la cabeza. Una señora me dijo, en términos indeterminados, que yo "no estaba haciendo la voluntad de Dios" al aceptar aquella responsabilidad, y estaba tan enfadada que logró que el rabo se le enredara en la puerta de mi despacho cuando salió como un ventarrón. Mientras sostenía bien agarrado su tridente, otro me dijo terminantemente: "Usted va a arruinar esta iglesia". Con excepción de los cuernos, el rabo y el tridente, todo en esta historia ocurrió como lo he contado».

En lugar de darse por vencido, Allison pidió al Señor específicamente que le diera lo que necesitaba para continuar en su obra. Dios suplió esas necesidades desde entonces.¹

En respuesta a la amarga queja de Moisés cuando los israelitas se quejaron del maná y demandaron carne (Números 11: 1-16), el Señor les dio dos soluciones prácticas: ambas requerían su intervención milagrosa. Primero, puso su Espíritu sobre setenta ancianos escogidos, individuos reconocidos por su gente como líderes. Ellos ayudarían a Moisés a llevar la carga de la administración (vers. 16, 17, 24-30). Así Moisés podría delegar responsabilidades, facilitar la comunicación con los diferentes segmentos de la nación israelita por medio de sus representantes, y permitir al amplio y poderoso comité compartir la culpa cuando los israelitas vinieran con sus quejas contra su liderazgo. Ya no sería la de Moisés la única vara relampagueante objeto de toda crítica.

Cuando el Espíritu vino sobre los ancianos, profetizaron en el momento, pero no después (vers. 25-30). La Biblia no registra lo que dijeron. Lo importante era el hecho de profetizar, más que lo que dijeron. Ello mostraba que Dios los había aceptado en su nueva función de asistentes de Moisés. Los líderes asociados y apartados por Dios y validados por el Espíritu Santo son buenos también para la iglesia cristiana moderna (*cf.* con los setenta discípulos de Jesús, Lucas 10). No es bueno colocar demasiada carga sobre nadie. Los que son elegidos ya deberían ser líderes acreditados entre los grupos que representan. Nunca han de ser personas desconocidas, artificialmente impuestas sobre esos grupos.

La segunda solución práctica de Dios fue dar a los israelitas lo que pedían: carne, y en abundancia. Cuando le dijo a Moisés que planeaba darles más carne de la que ellos podrían comer cada día durante un mes, Moisés no lo podía creer. La logística para proveer esa cantidad de carne para los seiscientos mil hombres, más las mujeres y los niños, estaba más allá de su comprensión (Números 11:18-22). Sin embargo, él era el mismo Moisés que, de pie junto a la orilla del mar Rojo, había anunciado: «No temáis; estad firmes y ved la salvación que Jehová os dará hoy, porque los egipcios que hoy habéis visto, no los volveréis a ver nunca más» (Éxodo 14:13). Moisés había estado involucrado en asombrosos milagros, así que debiera haber sabido ahora que nada era imposible para Dios cuando había una necesidad verdadera. Sin embargo, ¿por qué el Señor querría obrar un milagro de tal magnitud solo para contestar una queja trivial?

¹ <http://timschmoyer.com/2008/01/15/leading-when-you-want-to-quit-1-de-4/>

El milagro no fue simplemente por la comida. El Señor no podía guiar a su pueblo a la victoria en la tierra prometida mientras todavía estaban deseando la vida en Egipto, bajo un gobierno opuesto a él. Un ejército que no estuviera contento con la comida huiría ante un poderoso enemigo. Si los israelitas no podían vivir sin carne ahora, pronto llegarían a ser carne muerta. Así que necesitaba enseñarles una lección de proporciones bíblicas al darles lo que ellos querían, de modo que se dieran cuenta de su propia insensatez. Envío a Moisés a anunciarles que tendrían carne para un mes, «hasta que os salga por las narices y la aborrezcáis, por cuanto menospreciasteis a Jehová, que está en medio de vosotros, y llorasteis delante de él, diciendo: "¿Para qué salimos de Egipto?"»

La estrategia del Señor fue como la que usó un padre cuyo hijo joven quería probar el cigarrillo. El padre decidió curar de una vez y para siempre su curiosidad de fumar. Así que encendió un cigarrillo, lo puso en la boca del muchacho, y le ordenó que lo aspirara profundamente. Rápidamente el muchacho trató de quitárselo, pero su padre lo obligó a que fumara todo el cigarrillo hasta que sus ojos y narices parecían ríos, jadeando por falta de aire y tosiendo violentamente. La experiencia fue tan horrible que nunca más intentó volver a fumar.

La carne vino en forma de codornices, que llegaron en inmensa cantidad y volando lo suficientemente bajo, cerca del suelo (aproximadamente a un metro), en todo el campamento de los israelitas, para que estos pudieran cazar fácilmente a las indefensas aves. El pueblo estaba tan ansioso de comer carne que las estuvieron matando todo el día, toda la noche, y todo el día siguiente. Cada uno de ellos juntó un mínimo de «dos toneladas» (Números 11:32, NVI). Si cada uno juntó dos toneladas, entre todos recogieron más de un millón doscientas mil toneladas. Hay quienes calculan que los israelitas mataron ¡más de seiscientos sesenta mil millones de codornices! Debe de haber habido aves muertas alrededor del campamento más allá de donde alcanzaba la vista.

Es cierto que muchas codornices migran sobre la península del Sinaí, la cual forma un puente entre África y Asia. Con sus pesados cuerpos, dependen de los vientos para ayudarse en sus prolongados vuelos, que las agotan. Se sabe que a principios del siglo XX los árabes de esa región cazaron de uno a dos millones de codornices con redes. Pero solo un viento del Señor (versículo 31) podría traer la cantidad de codornices que se informa en Números 11.

Entonces los israelitas (con la multitud mixta) se sentaron y comenzaron a atracarse. Tenían suficientes codornices para comer un mes (*cf.* versículo

20), pero el Señor no perdió tiempo dejándolos disfrutarlas. Había probado su lealtad hacia ellos, dándoles lo que querían, pero ellos habían fracasado miserablemente, así como Adán y Eva habían fracasado ante la prueba de lealtad en el Edén (Génesis 3).

Dios advirtió a Adán y a Eva que si comían el alimento prohibido morirían (Génesis 2:17). Sin embargo, aunque llegaron a ser mortales el mismo día que desobedecieron, misericordiosamente les permitió continuar viviendo por un tiempo. Pecaron, pero como no comprendían completamente las implicaciones de lo que habían hecho, había esperanza para ellos si se arrepentían. A diferencia de Adán y Eva, los israelitas habían recibido abundancia de oportunidades de saber exactamente lo que estaban haciendo. Muchos de ellos ya habían mostrado que estaban fuera del alcance de la redención. Por ello, el Señor los cortó de la comunidad. En el mismo día que comieron las codornices, murieron.

«Aún tenían la carne entre sus dientes, antes de haberla masticado, cuando la ira de Jehová se encendió contra el pueblo, y lo hirió Jehová con una plaga muy grande. Y llamaron a aquel lugar Kibrot-hataava, por cuanto allí sepultaron al pueblo codicioso» (Números 11:33, 34).

El texto no describe la naturaleza de la plaga ni dice cuántas personas murieron, pero parece que el número de los muertos fue muy elevado. El nombre del lugar significa «los sepulcros de los codiciosos».

En armonía con el hábil anuncio de la serpiente en el Edén, el mundo nos dice que el deseo justifica todo. Juan, el discípulo amado de Cristo, no está de acuerdo:

«No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él, porque nada de lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida, proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (1 Juan 2:15-17).

Jesús nos mostró el camino. Incluso después de ayunar durante cuarenta días, y de estar desesperadamente débil por el hambre, se negó a ser desleal a su Padre transformando una piedra en pan (Mateo 4:1-4). Realizar un milagro tal no era difícil para él; más tarde Jesús hizo algo parecido cuando multiplicó los panes y los peces para dar de comer a una multitud (Mateo 14). El problema era el origen de la sugerencia: el diablo, quien expresó sus dudas de que Jesús fuera el Hijo de Dios y, por ello, le pidió que lo probara. Pero Jesús, replicó: «Escrito está, "No solo de pan vivirá el hom-

bre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"» (Mateo 4:4). Aquellos que viven por la Palabra del Señor, la fuente de la vida, no terminarán en las tumbas de los codiciosos.

El poder y el racismo

La crítica dura es difícil de soportar, pero es especialmente hiriente cuando viene de los miembros más íntimos de la familia. Son las personas a quienes amamos y en quienes confiamos, y se supone que tienen un interés personal en nosotros. Como han estado con nosotros durante mucho tiempo, quizá desde que nacimos, nos conocen por dentro y por fuera.

Cuando los israelitas se quejaron de la comida, estaban atacando indirectamente el liderazgo de Dios y de Moisés, quien los sacó de Egipto (Números 11:4-6, 18, 20). Eso molestó grandemente a Moisés, quien deseó morir y pronunció un amargo discurso ante el Señor (versículos 11-15).

Ahora el pobre de Moisés enfrentó algo peor: la crítica directa de su liderazgo de parte de María y Aarón, sus propios hermanos. «María y Aarón hablaron contra Moisés a causa de la mujer cusita que había tomado, pues él había tomado una mujer cusita. Decían: "¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros?"» (Números 12:1, 2).

La actitud de ellos perturbó tanto a Moisés que lo dejó sin palabras. Él era muy manso (versículo 3). Por eso Dios podía usarlo sin que su ego se interpusiera en el camino. ¿Podemos imaginar cómo sería la iglesia y el mundo si todos fuéramos como él, si los egos no obstaculizaran la paz, la cooperación, y el progreso? Moisés defendería poderosamente el honor de Dios, hasta con furia justificada (Éxodo 32:19-30, por ejemplo). Pero por ningún motivo inclinaba la balanza en su propio favor, ni en el de sus hermanos.

María era la hermana mayor, la que había vigilado al bebé Moisés cuando flotaba entre los juncos en el río Nilo (Éxodo 2:4, 7, 8). «María la profetisa» había guiado a las mujeres de Israel en el regocijo después de la liberación en el mar Rojo (Éxodo 15:20, 21). Aarón había sido el profeta de Moisés ante los israelitas y ante el faraón en Egipto (Éxodo 4:14-16, 29, 30; 5:1), y era el que Moisés había ungido como sumo sacerdote (Levítico 8:12). Siglos después, el Señor confirmó el papel importante de María y Aarón como compañeros de Moisés al guiar a los israelitas: «Te hice subir de la tierra de Egipto, te redimí de la casa de servidumbre y envié delante de ti a Moisés, a Aarón y a María» (Miqueas 6:4).

¿Qué había fallado? El hecho de que Números 12:1 mencione a María antes que a Aarón sugiere que ella instigó la crítica de Moisés por haberse casado con «una mujer cusita». Es verdad que Moisés se había casado con una mujer no israelita por las circunstancias en que se encontró después de haber huido de Egipto (Éxodo 3). Pero Séfora era madianita, y no encontramos evidencia en ninguna parte de que fuera cusita en absoluto. Tampoco la Biblia dice que Séfora hubiera muerto, ni indica claramente que Moisés se casara con una segunda esposa mientras ella vivía.

Parece que María, apoyada por Aarón, se refirió a Séfora como si hubiese sido etíope o sudanesa. Esto podría haber sido una calumnia racial exagerando el color más oscuro de la piel de Séfora, considerarla como inferior por esa razón y, por lo tanto, rebajar a Moisés uno o dos grados. Parece que los celos motivaron a la hermana. Séfora nunca había soportado la opresión en Egipto, y no volvió a reunirse con Moisés sino hasta después de que los israelitas estuvieron a salvo en el desierto (Éxodo 18:1-6). Ahora sería considerada como la «primera dama» de Israel, desplazando a María.

Sin embargo, ¿por qué María y Aarón querían reducir a Moisés al nivel de ellos? El motivo principal en esta rivalidad entre hermanos era el poder: el poder del liderazgo a través del don profético. «Decían: "¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros?"» (Números 12:2). ¿Por qué surgió esto ahora? De acuerdo con el capítulo anterior (Números 11), Moisés había nombrado setenta ancianos para que lo ayudaran a gobernar al pueblo. El Señor había tomado algo del Espíritu que había en Moisés y lo puso en ellos; así, ellos compartieron su don profético (versículos 16-17, 24-30). Por lo tanto, era una idea de Dios, no de él. Sin embargo, María y Aarón se sentían desplazados por los setenta ancianos, a quienes Moisés había llamado sin consultarlo con ellos.

El Señor escuchó lo que María y Aarón estaban diciendo, lo cual era una crítica indirecta a él (Números 12:2). Dios los llamó para que vinieran con Moisés a la sede de su santuario para arbitrar su disputa doméstica (versículos 4, 5). Dios no negó que había dado el don de profecía a Aarón y a María (versículo 6). Pero les recordó que había asignado a Moisés una función especial. Su hermano era más que un profeta: «Mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa. Cara a cara hablaré con él, claramente y no con enigmas, y verá la apariencia de Jehová. ¿Por qué, pues, no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo Moisés?» (versículos 7, 8). Moisés era único entonces, y siguió siéndolo después. Después de su muerte, «nunca más se levantó un profeta en Israel como Moisés, a quien Jehová conoció cara a cara» (Deuteronomio 34:10).

María y Aarón ya sabían que el Señor había escogido a Moisés para usarlo de forma especial. Así que la pregunta lógica para ellos era: «¿Por qué, pues, no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo Moisés?» Cuando el Señor se fue enojado, María vio horrorizada que su piel era escamosa; era una enfermedad que le daba la blancura de la nieve (versículos 9, 10; para un castigo divino semejante, ver 2 Reyes 5:27; 15:5; 2 Crónicas 26:20).

«Como nieve» podría referirse a una textura escamosa, pero también podría describir a una piel blanca brillante. El castigo de María estaba de acuerdo con su delito. Había menospreciado a la esposa de Moisés por su piel. Ahora su piel era un desastre. De hecho, probablemente era mucho más blanca de lo normal, como si Dios le estuviera diciendo: «¿No piensas que el color oscuro es hermoso? Muy bien. ¡Veremos cuánto te gusta lo opuesto!»

Eso es lo que Dios piensa del racismo. Es lepra moral. Por desgracia, el racismo todavía existe entre nosotros en los tiempos modernos. La película *Hotel Ruanda*, rodada el año 2004, cuenta la historia verídica de Paul Rusesabagina en sus esfuerzos por salvar a más de mil personas del genocidio de Ruanda de 1994. El racismo fue la raíz de los conflictos de ese país, que llevó a la muerte a más de ochocientas mil personas.

Como Moisés y Séfora, Paul y su esposa Tatiana eran de diferentes grupos étnicos. Paul era *hutu* y Tatiana era *tutsi*. Los colonizadores belgas habían resaltado las diferencias entre las dos tribus hacia 1900, cuando denominaron «tutsis» a las personas de nariz larga y piel clara (de apariencia más europea), y los llamaron a desempeñar funciones de liderazgo sobre el resto de la población, a quienes apodaron «hutus». De este favoritismo, y del subsiguiente antagonismo, surgió una lucha encarnizada. Paul Rusesabagina, al principio solo quería proteger a su esposa *tutsi* y a sus hijos, y terminó salvando a más de mil *tutsis* y *hutus* moderados en el hotel que él administraba.²

El racismo, como el pecado mismo, es universal. Existe en toda la tierra y en todas las épocas, y no solamente provoca una rápida limpieza étnica brutal, sino que se esparce muy sutilmente en los lugares de trabajo, las escuelas y las iglesias. No solo es injusto porque las personas nacen con su raza y no pueden cambiarla (Jeremías 13:23), sino que es un insulto a Dios, quien creó a todos sus hijos humanos de un origen común (Hechos 17:26). Es el poder el que da excusas para marginar, explotar, oprimir o culpar a

² http://news.nationalgeographic.com/news/2004/12/1209_hotel_rwanda.html;
<http://en.wikipedia.org/wiki/Tutsi>

aquellos que no son exactamente como nosotros para posicionarnos o protegernos a sus expensas.

Rosa Parks y Martin Luther King, Jr., descansan en paz. Sin embargo, su obra todavía no está terminada, ni siquiera en la iglesia cristiana. Es fácil y cómodo vivir negando la realidad, descartando el racismo como algo pasado o remoto. No obstante, comenzando en nuestro propio corazón, necesitamos desarraigar los callados pero mortíferos prejuicios, las discriminaciones y la esclavitud que se encuentran entre nosotros. En vez de abogar por la simple «tolerancia», debemos gozarnos en la riqueza del don de la diversidad dado por Dios, aprovechando todos nuestros puntos fuertes en la dinámica del cuerpo unido de Cristo (*cf.* 1 Corintios 12).

La unidad en nuestra comunidad mundial multicultural, que puede testificar de forma espectacular sobre el poder de Cristo entre nosotros, requiere tiempo, pensamiento, sensibilidad, así como mucha comunicación honesta y abierta. Por medio de la cooperación con Dios, aceptamos su don de amor a través del Espíritu Santo (Romanos 5:5). Y nos abre la intercesión de Jesús, quien oró a favor de todos sus seguidores poco antes de que fuera traicionado por ser el tipo de persona diferente que era: «Para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el inundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado» (Juan 17:21-23).

Hay redención, incluso para el pecado de racismo. Aarón, el sumo sacerdote, era intercesor señalado para su pueblo. Sin embargo, imploró el perdón a favor de sí mismo y de María, y por la salud de su hermana, cuya apariencia descompuesta reflejaba la actitud que había expresado hacia Séfora y Moisés (Números 12:11, 12). Corno en Tabera, Moisés intercedió (versículo 13; *cf.* 11:2). María fue sanada. Sin embargo, como ella se contaba entre los dirigentes, su pecado y restauración constituían un asunto público. Habiendo intentado excluir a Séfora para dañar el liderazgo de Moisés, el siervo del Señor; fue separada del campamento durante siete días antes que los israelitas continuaran su viaje. Muchos años antes María había esperado para ver lo que le ocurriría a Moisés en la ribera del río Nilo. Esta vez, él y toda la comunidad la esperaron a ella (Números 12:14, 15).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbese para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Bajo la sombra de la Shekinah
Roy Gane

Capítulo Seis

Arrebatarse la derrota de las garras de la victoria (Números 13-15)

«Inteligencia» militar

Después de entrar al desierto de Paran (Números 12:16), los israelitas se acercaban a Canaán. ¡Era tiempo de comenzar a preparar la invasión! El Señor ya conocía todos los pormenores de la tierra, pero quería involucrar al pueblo en el proceso de planificación para que supieran lo que podían esperar y no se sorprendieran tanto que se aterrorizaran. Debían comprender la fortaleza del enemigo y decidir la victoria con el Señor antes de entrar en la batalla, cuando replantearse las cosas podía resultar desastroso. Además, podía resultarles alentador recibir un informe positivo sobre calidad superior de la tierra prometida. Según el Señor, era tierra que «fluye leche y miel» (Éxodo 3:8; 17; 13:5), pero ninguno de ellos la había visto jamás.

La gran pregunta era: ¿Tenían los israelitas suficiente fe en Dios para permitirle que los dirigiera a través de las dificultades y los obstáculos? Ya los había sacado milagrosamente y con seguridad de Egipto, habían pasado en seco por el mar Rojo y los había conducido sabiamente a través del desierto. Pero ellos habían preguntado reiteradamente si estaba realmente con ellos o no. ¿Harían lo mismo otra vez?

Dios estaba ansioso de entregar la tierra prometida a un pueblo fiel, que le serviría como un canal de revelación al mundo. Los había formado, organizado y disciplinado en la relativa tranquilidad del desierto para este momento. Pero la formación había terminado. Había llegado el momento de la verdad.

Una vez que los israelitas tomaran posesión de su propia tierra, entrarían en el escenario del mundo. La forma como actuaran allí tendría una pode-

rosa incidencia en la interpretación que tuvieran terceras personas sobre el carácter de Dios. Él no permitiría que israelitas desleales poseyeran la tierra de Canaán. De hacerlo, destruiría cualquier esperanza de que reflejaran apropiadamente su carácter de amor (incluyendo su justicia y su misericordia) a los otros habitantes del planeta Tierra, para que se volvieran a él y se salvaran.

Lo que los sacerdotes aarónicos eran para los israelitas, eran los israelitas para las otras naciones: «Un reino de sacerdotes y gente santa» (Éxodo 19:6). Y del mismo modo que Dios no toleraba que los sacerdotes aarónicos lo representaran mal, pues ello enviaría un mensaje equivocado a su pueblo (Levítico 10, Nadab y Abiú), tampoco permitiría que su pueblo lo representara falsamente ante el resto del mundo. No podría bendecirlos a menos que todas las familias de la tierra pudieran ser bendecidas a través de ellos (Génesis 12:3; 22:18).

Con el propósito de dar a los israelitas la oportunidad de tomar una decisión firme y bien informada de ir y poseer la tierra, el Señor ordenó a Moisés que enviara exploradores, quienes debían traer un informe detallado con respecto a diversos aspectos de ella. Los hombres tenían que ser dirigentes representantes de cada tribu, personas cuyas opiniones fueran aceptables para los diversos sectores de la comunidad israelita (Números 13:1-20). Siendo que el camino del corazón del pueblo pasaba por el estómago, era un momento estratégico para la misión de los espías: «Era el tiempo de las primeras uvas» (Números 13:20).

Según Deuteronomio 1:22, 23, el pueblo mismo sugirió la idea de enviar espías para reconocer la tierra, y a Moisés le encantó la sugerencia. Cuando ponemos esta información al lado de Números 13, llegamos a la conclusión de que, al parecer, Dios aprobó entonces el plan, y dijo a Moisés que siguiera adelante con el proyecto. La dirección divina no necesariamente excluye la iniciativa humana, siempre que el pueblo coopere con Dios. Poco antes, cuando los israelitas habían salido del Sinaí bajo la dirección del Señor, Moisés pidió a su suegro madianita que los acompañara, porque él conocía el territorio y podía darles consejos prácticos (Números 10:29-34).

Los espías, o exploradores, no fueron simplemente a echarle una mirada a la tierra. Dedicaron cuarenta días para cubrir un extenso itinerario. Luego volvieron al campamento israelita en Cades, en el desierto de Paran, para «dar su informe». Y trajeron muestras de los frutos de la tierra: granadas, higos, un solo racimo de uvas tan grande, que tuvieron que cargarlo entre dos hombres con un palo (Números 13:21-26). La gente debe de haber que-

dado asombrada. ¡Olviden las ollas de carne, las cebollas y los ajos de Egipto! Su tierra sería dulce de verdad. Por sus frutos ya la conocían.

Los espías confirmaron la afirmación del Señor de que Canaán era realmente tierra que «fluye leche y miel». Pero la mayoría de ellos hicieron mucho hincapié en el poderío militar de las naciones cananeas y en el hecho de que sus habitantes llenaban la tierra (versículos 27-29). Daban a entender con ello que intentar una invasión sería temerario.

El explorador de la tribu de Judá expresó una opinión minoritaria: «Subamos a conquistar esa tierra. Estoy seguro de que podremos hacerlo» (versículo 30, NVI). Para Caleb, el «podremos» incluía a Dios. Lo que hizo fue secundar la moción de Moisés, quien, antes de que los espías salieran a cumplir su misión, había dicho a los israelitas: «Mira, Jehová tu Dios te ha entregado la tierra; sube y toma posesión de ella, como Jehová el Dios de tus padres me ha dicho; no temas ni desmayes» (Deuteronomio 1:21).

Los otros exploradores replicaron en abierta contradicción: «No podremos combatir contra esa gente. ¡Son más fuertes que nosotros!» (Números 13:31, NVI). Para ellos, el «nosotros» excluía a Dios. Para ganar el voto del pueblo, que estaba encantado con el fruto que había visto, los exploradores exageraron el aspecto negativo. Declararon que la tierra era peligrosa para cualquiera que viviera en ella, que toda la gente que vieron era enorme, y que ellos eran como langostas delante de los gigantes cananeos (versículos 32, 33).

La actitud incrédula de los espías provocó una reacción de quejas, murmuración y dolor, así como una rebelión abierta y sin precedentes. Olvídense de Dios y de Moisés. «Escojamos un cabecilla que nos lleve a Egipto» (Números 14:4, NVI). Atascados en la actitud mental a la que estaban acostumbrados, todavía eran esclavos de corazón. Si fijaban la vista en su propia fortaleza, pronto estarían de vuelta en la esclavitud.

Siglos más tarde, en un claustro alemán, el joven monje Martín Lutero también era esclavo en su corazón. Mediante ayunos, vigiliass y azotes, trataba desesperadamente, pero en vano, de lograr la liberación espiritual. Pero luego encontró el camino a la libertad y la tranquila seguridad aceptando la capacidad de Dios en vez de la suya propia. ¡Si tan solo los israelitas hubieran tenido una experiencia como la de Lutero!

Dos exploradores hicieron un apasionado llamamiento, que se convirtió en el llamamiento final. Eran Josué, de la tribu de Efraín, quien era el asistente de Moisés y el líder militar que había guiado a Israel en la victoria sobre Amalec (cf. Éxodo 17:9, 10, 13; 24:13; 33:11; Números 11:28), y Ca-

leb. Rasgando sus ropas para expresar su aflicción, ensalzaron la gloria de la tierra prometida, instaron al pueblo a no rebelarse contra el Señor, e insistieron en que, siendo que Dios estaba con ellos, no tenían nada que temer. No' tenían nada que temer de los infelices cana-neos (versículos 6-9). Los fieles Josué y Caleb no recibieron por su fidelidad más que el unánime clamor que pedía que fueran apedreados (versículo 10).

Eso, ni más ni menos, fue lo que ocurrió. Punto. La gloria de Dios apareció e intervino. Detuvo el apedreamiento. Al condenar a los verdaderos siervos del Señor, la apóstata comunidad adulta pronunció sobre ella una sentencia irrevocable (*cf.* Hechos 7:54-60, donde se habla del apedreamiento de Esteban, que sí se efectuó). Dios no podría utilizarlos jamás como sus canales de revelación. Por lo tanto, nunca podrían entrar a Canaán.

Como había ocurrido después del desastre del becerro de oro (Éxodo 32:10), el Señor dijo a Moisés que destruiría al pueblo y que a él lo pondría como cabeza de una gran nación (Números 14:10-12). De nuevo, Moisés intercedió. Dijo a Dios que era necesario que él preservara su reputación entre las naciones (versículos 13-16; *cf.* Éxodo 32:11, 12) y su carácter misericordioso (Números 14:17-19), que él mismo había proclamado (Éxodo 34:6, 7).

Dios perdonó a Israel en conjunto (Números 14:20), lo cual significa que permitiría que la nación continuase su existencia a causa de su reputación. Sin embargo, también por la necesidad de mantener su gloria en el mundo, toda aquella generación adulta que había salido de Egipto, excepto los fieles Josué y Caleb, moriría en el desierto. Solo sus hijos menores de veinte años entrarían en la tierra prometida cuando crecieran (versículos 21-35). Para que el castigo fuese proporcional a la falta, los israelitas vagarían por el desierto durante cuarenta años, un año por cada día que los exploradores anduvieron explorando la tierra (versículo 34). Como «primeros frutos» de la muerte, para que supieran que el Señor se proponía hacer lo que había dicho, los diez exploradores infieles que habían dado pie a la rebelión murieron inmediatamente por una plaga (versículos 36-38).

Cuando Moisés informó al pueblo la sentencia divina y anunció que se encaminarían de nuevo rumbo al desierto (versículos 25, 39), los israelitas no quisieron aceptar el desarrollo de los acontecimientos. Declararon que ahora estaban dispuestos a obedecer las anteriores indicaciones de Dios de ir y conquistar la tierra. Así que trataron de invadir la tierra de Canaán con sus propias fuerzas, sin la aprobación o la ayuda divina. Por supuesto, fracasaron miserablemente (versículos 40-45). Se habían negado de toda

forma posible a cooperar con el Señor. Cuando él dijo «Vayan», se detuvieron; y cuando él dijo «¡Deténganse!», se lanzaron hacia adelante. Su anterior mandato ya no estaba vigente. Habían perdido su oportunidad.

Nuestra tardanza para entrar en la «tierra prometida» celestial

Si nos tomamos un tiempo para hacer una pausa en nuestros frenéticos horarios y nuestras atestadas agendas con el fin de reflexionar en la historia bíblica, sus implicaciones para nosotros son muy aleccionadoras. Si pertenecemos a Cristo, somos descendientes espirituales de Abraham, y «herederos según la promesa» (Gálatas 3:29). ¿Herederos de qué? Dios prometió a Abraham que sus descendientes se convertirían en una gran nación, tendrían su propia tierra y serían una bendición para todas las naciones (Génesis 12:1-3; 22:17, 18).

Ahora la invitación a recibir la salvación va directamente a los gentiles que creen en Cristo, de modo que su conexión con Abraham es espiritual, más que carnal, mediante la pertenencia a una raza (Hechos 15). La «gran nación» de Abraham es más grande de lo que jamás se imaginó, pues abarca a todas las naciones de la tierra. Su misión es ser una bendición para todos los habitantes del planeta al compartir con ellos la Fuente de bendiciones: Jesús, el descendiente de Abraham (Gálatas 3:16).

Por lo tanto, ¿cuál es la tierra que los israelitas espirituales heredarán? Su pueblo de fe anhela «una patria mejor, es decir, la celestial. Por lo tanto, Dios no se avergüenza de ser llamado su Dios, y les preparó una ciudad» (Hebreos 11:16, NVI). Los dos últimos capítulos de la Biblia describen esta ciudad celestial, que desciende a una gloriosa tierra nueva que Dios prepara para su pueblo (Apocalipsis 21:22). Es nuestro hogar final, nuestra tierra prometida, muchas veces más grande y mejor que el antiguo país prometido a los israelitas.

Canaán fluía leche y miel, pero en la tierra nueva fluye el agua de la vida y no fluyen lágrimas allá. Canaán tenía enormes racimos de uvas, pero la tierra nueva tiene el árbol de la vida. Canaán tenía ciudades, pero la tierra nueva tiene la nueva Jerusalén. Canaán tenía luz solar, pero la tierra nueva tiene la gloria de Dios.

Dios ya nos ha prometido un hogar (véase Juan 14:1-3), del mismo modo que prometió Canaán a los israelitas. Por lo tanto, la tierra nueva ya nos pertenece, así como Canaán pertenecía a los israelitas. Lo único que tenemos que hacer es seguir sus indicaciones de subir y poseerla, del mismo modo

que los israelitas debían seguir la dirección de Dios para poseer Canaán. Él nos ha provisto de cuanto necesitamos: un nuevo pacto, instrucciones, promesas de victoria, organización y conducción profética, del mismo modo que ofreció todo lo necesario a los israelitas.

Entonces, ¿por qué no estamos todavía en nuestra tierra prometida? Quizá los paralelismos continúan. ¿No será que han muerto muchas generaciones de los nuestros mientras andábamos «vagando por el desierto» del mundo actual? ¿Compartimos algunos problemas con los israelitas como, por ejemplo, fijarnos demasiado en los obstáculos, poca fe en la presencia y dirección de Dios entre nosotros, e insistencia en las comodidades materiales y la gratificación sensual? Es fácil ver esas faltas en otros, pero, ¿qué pasa en nuestro propio corazón y en nuestra vida?

¿Qué está esperando el Señor? ¿Qué debería ocurrir para poder ir a nuestro hogar? Se suponía que los israelitas debían seguir las indicaciones divinas para poder realizar la invasión. También nosotros tenemos instrucciones. Para ellos la invasión era militar: librar una guerra con armamento militar. Para nosotros la guerra es espiritual: librar una guerra con el amor. Jesús nos ha dado nuestras órdenes de marcha:

«Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén» (Mateo 28:19, 20). «Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin» (Mateo 24:14).

Cuando Jesús dijo «y entonces vendrá el fin», quiso decir que en ese tiempo vendría el fin. «Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo esté, vosotros también estéis» (Juan 14:3). En otras palabras, cuando todas las naciones hayan tenido la oportunidad de escuchar el mensaje del evangelio, Jesús vendrá por segunda vez para llevarnos a nuestro hogar celestial. Eso es lo que Dios está esperando.

Dios no espera que todos se conviertan. El Señor respeta el libre albedrío de todas sus criaturas, y solo entrará aquel cuyo corazón esté dispuesto a recibirlo (Apocalipsis 3:20). Pero él no «quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan» (2 Pedro 3:9, NVI). Por lo tanto, quiere dar a cada uno la oportunidad de hacer una decisión bien informada a través de los testigos del evangelio que testifican de su amor (Juan 3:16; 1 Juan 4: 8). Si los habitantes de la tierra escuchan o no, es asunto de ellos (*cf.* Ezequiel 2:5, 7), pero deberían ser alcanzados con el mensaje.

Si alguien duda de que Dios considere seriamente dar a todas las personas una oportunidad justa y adecuada para responder, debería recordar que dio al mundo antediluviano ciento veinte años (Génesis 6:3). De hecho, les concedió a los habitantes de Canaán cuatrocientos años mientras su pueblo escogido tenía que esperar en Egipto (Génesis 15:13-16). Pero cuando Dios ya no puede hacer nada por la gente (Isaías 5:4) y ellos han tomado seriamente su decisión (Apocalipsis 22:11), viene prestamente con su recompensa (versículo 12). No hay nada misterioso aquí. Dios ha revelado claramente su agenda que se basa en su carácter de justicia y misericordia (Éxodo 34:6, 7).

Si todo está tan claro, ¿a qué se debe la demora? Pensemos simplemente en la logística. ¿Cómo se supone que debemos alcanzar a todos los habitantes de la tierra con el evangelio? ¿Se hace el lector una idea de la rapidez con que está creciendo la población mundial? ¿Sabía que varios países tienen severas leyes contra el proselitismo, de modo que convertirse a otra religión es, no solo difícil, sino, incluso, peligroso? ¿Y qué decir sobre el idioma y las barreras culturales, la falta de recursos suficientes, el materialismo y el post-modernismo, que han destruido el interés en el Dios de la Biblia y el tremendo crecimiento de las tentaciones a través de avenidas como internet? De muchas maneras, la tarea que nos espera se va haciendo cada vez más difícil, del mismo modo que la demora de los israelitas dificultó la conquista de Canaán, porque sus enemigos se fortalecieron.

¿Cuál es la solución? Para poseer la tierra de Canaán los israelitas necesitaban muchos milagros. De manera similar, necesitamos milagros para llevar el evangelio a todo el mundo. En realidad, los milagros ya están ocurriendo, lo cual nos alienta a creer que Dios puede hacer las grandes cosas que ha prometido. Nuestra fórmula para el éxito es la misma que Dios dio a los primeros discípulos de Cristo. Unirnos en la confianza en Dios, recibir su poder, y avanzar bajo su liderazgo, siguiendo de todo corazón al Señor, como hizo Caleb (Números 14:24). Los seguidores de Jesús se unieron en oración, obtuvieron el poder del Espíritu Santo (Hechos 1:2) y entonces salieron y predicaron el evangelio «a toda criatura bajo el cielo» (Colosenses 1:23. NBE).

En los tiempos del Antiguo Testamento, el Espíritu de Dios le dio a su pueblo el valor y la fortaleza que necesitaban para la batalla (Jueces 3:10; 6:34; 11:29; 14:19; 15:14). Fue el mismo Espíritu el que dotó a los creyentes del Nuevo Testamento con el poder del amor para la guerra espiritual contra las fuerzas del egoísmo: «Y la esperanza no nos defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que

nos fue dado» (Romanos 5:5). El amor es el carácter de Dios (1 Juan 4:8) y, por lo tanto, el fundamento de su ley (Mateo 22:37-40). Dios nos pone en armonía consigo mismo y con su tipo de amor a través de su Espíritu, como un don de gracia recibido a través de la fe.

El amor totalmente libre de egoísmo de Dios es la fuerza motivadora más poderosa y permanente del universo (1 Corintios 13:7, 8). «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:16). Esto es lo más grande que jamás ha ocurrido, y fue motivado por su amor.

El don del amor de Dios hacia nosotros, que recibimos a través de su Espíritu, nos dota de poder para realizar obras de fe (Gálatas 5:6) y nos re-concilia y nos une con los demás. Una unidad genuina, profunda y duradera es milagrosa y santa, y despliega ante el mundo lo que el evangelio es capaz de lograr (Salmo 133; Malaquías 4:5, 6; Juan 17:20-23; Hechos 1; 2). El amor divino nos impulsa a participar juntos en la misión redentora de Dios, sacándonos de nuestras pequeñas y cómodas burbujas e ignorando los obstáculos, las irritaciones, el ridículo y la persecución, porque estamos apasionadamente ansiosos de que los demás disfruten de la salvación a través de Cristo.

La fuerte motivación del amor no significa que nuestro llamamiento a aceptar el evangelio debe ser insensible, abrasivo y odioso, como los que emplean algunos vendedores agresivos, incluyendo algunos «vendedores» de religión. «El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia; el amor no es jactancioso, no se envanece, no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, sino que se goza de la verdad» (1 Corintios 13:4-6).

Dios ha puesto la tierra prometida a nuestro alcance. Por el bien de todos, incluyéndonos a nosotros mismos, podemos adoptar como lema las inmortales palabras de Caleb: «Tenemos que subir y apoderarnos de ella, porque podremos con ella» (Números 13:30. NBE).

¿Servir al tiempo o tiempo de servir?

Esperar a alguien durante mucho tiempo es difícil, incluso bajo condiciones ideales. Pero es aun más difícil si lo tienen a usted esperando por causa de un torpe error.

Cuarenta años son muchos años. Las condiciones de vida en un desierto están muy lejos de ser ideales. Rebelarse contra Dios es la forma suprema

del error. Pero fue el tipo de demora que Josué y Caleb tuvieron que soportar. Sin embargo, su situación fue mucho mejor que la de cualquier otro de su generación, porque solo ellos lograrían vivir para entrar en la tierra prometida. Durante cuatro largas décadas soportaron el castigo de los israelitas mientras vagaban de lugar en lugar en un camino que no conducía a ninguna parte. No avanzaban. El único vestigio de su existencia era el reguero de tumbas que iban dejando tras ellos.

Durante aquellos cuarenta años, Josué y Caleb deberían haber estado en Canaán con Moisés, Aarón y María, quienes pertenecían a una generación de más edad que ya llevaba esperado mucho tiempo antes de que los israelitas salieran de Egipto (Éxodo 2:15-25; 7:7). Josué y Caleb habían hecho planes de dedicar algún tiempo a expulsar a los cananeos y construir sus casas para ellos y sus familias. Luego esperaban sentarse en paz bajo la sombra de sus parras y sus higueras. Pero allí estaban los ganadores atados a un equipo de perdedores irremisibles. Su situación era ideal para inducir un ataque de depresión crónica.

Podría haber sido una tentación para Josué y Caleb, los guías mayores, organizar un grupo de adolescentes forzudos que pertenecían a la siguiente generación, formar una tropa de avanzada, dirigirse a Canaán, y conquistar una sección del territorio para establecerse. Podrían haber sentido que salir de la comunidad israelita en aquellas condiciones era algo parecido a salir de Egipto o de Babilonia. Pero ellos permanecieron con su errática nación y su cortejo fúnebre.

Durante aquellos cuarenta años, Josué y Caleb no permanecieron ociosos. Tenían que formar a otra generación, y su trabajo tuvo éxito. La gente más joven no era perfecta, pero cuando llegó el tiempo de tomar la tierra de Canaán, estaban listos, dispuestos, y fueron capaces de seguir a Dios (ver el libro de Josué). Más que instrucción militar, era la formación de una actitud de fe, una educación teológica para la nueva vida que surgiría de la nación condenada a muerte: un seminario erigido sobre un cementerio.

Martín Lutero también sabía lo que era esperar aparentemente aislado de la obra de su vida. En 1521, cinco años después de clavar sus famosas 95 tesis sobre la puerta de la iglesia de Wittenberg, e inmediatamente después de pronunciar su célebre discurso sobre sus escritos en la Dieta de Worms, Lutero fue «secuestrado». Uno de sus más firmes partidarios, el elector Federico de Sajonia, hizo arreglos para que un grupo de caballeros enmascarados llevara a Lutero al remoto castillo de Warburg, en Eisenach, por su propia seguridad.

Aunque Lutero vivió como prisionero durante casi un año, utilizó ese tiempo como un periodo de servicio. Junto con otros escritos, realizó su famosa traducción del Nuevo Testamento al alemán durante su experiencia del «desierto» o de «Patmos», como denominaría más tarde a su confinamiento en el castillo de Warburg. Fue una de sus mayores y más duraderas contribuciones a la causa del evangelio.

Si nos encontramos «esperando en el desierto», hay muchísimas cosas positivas que podemos hacer para prepararnos para nuestra entrada en la «Canaán» celestial. Hay familias e iglesias que necesitan unirse, niños y adultos que necesitan enseñanza, hay muchas palabras de aliento que pronunciar, vecinos y amigos que alcanzar, y oraciones intercesoras que ofrecer. Por encima de todo, podemos fortalecer la fe y abrimos al don del amor por medio del Espíritu Santo. Mientras estemos abiertos a la dirección de Dios, diciéndole sí, y siguiéndolo de todo corazón hasta las últimas consecuencias, estamos en la ruta de la tierra prometida.

Todavía existe el futuro

A primera vista, Números 15:1-16 parece fuera de lugar, como si perteneciera al libro de Levítico. Allí hallamos instrucciones para las ofrendas de cereal (NVI) y se habla de vino para acompañar todas las ofrendas encendidas (*cf.* Levítico 1) y los «sacrificios», es decir, los tipos de sacrificios de los cuales podía comer el oferente (Levítico 3; 7). Estos acompañamientos a las ofrendas de sacrificios de animales completaban las «viandas» simbólicas para el Señor, del mismo modo que Abraham había ofrecido al Señor y sus ángeles una comida completa que incluía panes de harina y bebidas junto con la carne (Génesis 18; *cf.* 19:1).

Abraham no se dio cuenta de que eran visitantes sobrenaturales ni de que la hospitalidad que ofreció al Señor era en realidad un sacrificio. El libro de Hebreos hace una aplicación práctica: «No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles» (Hebreos 13:2). Jesús dio un paso más al declarar que cualquier cosa que hagamos en favor de otros, lo hacemos a él mismo (Mateo 25:34-40).

La introducción a Números 15 indica por qué están aquí esas instrucciones rituales: «Jehová habló a Moisés y le dijo: Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os daré por habitación» (versículo 1:2). Siendo que viene después de la trágica historia narrada en el capítulo anterior, estas palabras están llenas de ánimo y confirman que Dios ya estaba planeando dar la tierra prometida a (la nueva generación de) los is-

raelitas. Su gracia todavía estaba disponible a través de los sacrificios que señalaban al sacrificio supremo de su Hijo (Juan 1:29).

En otra instrucción, que entraría en vigor cuando los israelitas entraran a la tierra prometida y comieran «de lo que ella produce» (Números 15:17-21), hallamos más palabras de aliento. ¡Eso era lo que ellos habían estado deseando hacer! Para recordar su dependencia de Dios y agradecerle su poder sustentador (*cf.* Salmo 145:15, 16), debían ofrecerle una «contribución» al Señor de la primera hornada de masa de pan que hicieran con el grano que cosecharan cada año.

Es igualmente alentador recordar que si la comunidad israelita, o una persona concreta, violaba inadvertidamente cualquiera de los mandamientos de Dios en el futuro, sus pecados podían ser eliminados y perdonados (Números 15:22-29; *cf.* Levítico 4). Pero luego Números 15:30, 31 lanza una poderosa advertencia. En marcado contraste con las personas que cometieran pecados por yerro, a los pecadores desafiante no se les daba la oportunidad de recibir el perdón a través de un sacrificio animal. Como se habían rebelado contra el Señor y despreciado su palabra, llevaban su propia culpa y eran «cortados», es decir, condenados a extinguirse en su posteridad. Es cierto que algunos pecados deliberados podían recibir perdón a través de un sacrificio animal (Levítico 5:1, 5, 6; 6:1-7), pero no los pecados cometidos desafiante.

Siendo que venía después de la rebelión ocurrida con motivo del informe de los exploradores (Números 13, 14), la fuerza de la advertencia era evidente: ¡La generación más joven nunca más debería pecar desafiante como la comunidad de sus padres había pecado! Ese tipo de pecado resulta en un castigo irrevocable, y no hay ningún ritual disponible para impedirlo.

En caso de que los israelitas necesitaran un ejemplo de un pecado desafiante en el ámbito individual, durante su estancia en el desierto un hombre salió a recoger leña durante el sábado (Números 15:32). Su acción era una violación flagrante de uno de los Diez Mandamientos que Dios mismo había proclamado desde el monte Sinaí (Éxodo 20:8-11) y repetido en otras ocasiones (Éxodo 23:12; 31:12-17; 34:21; véase también Éxodo 16:23-30). Y Dios ordenó que toda la comunidad lo apedreara hasta que el hombre muriese (Números 15:33-36).

El hombre representaba la actitud de su generación. Había salido de Egipto, pero Egipto no lo había abandonado a él. Aunque Dios los había libertado, todavía actuaba como un esclavo del faraón, recogiendo leña (*cf.* Éxodo 5:4-12) en el día que celebraba la redención, la libertad del trabajo, y la depen-

dencia del Creador, quien hizo y sostiene toda vida (Éxodo 20: 8-11; Deuteronomio 5:12-1; cf. Daniel 5:23).¹ Al negarse a recibir y a celebrar el don de la vida, rechazó a Dios y eligió el camino de la muerte. Irónicamente, la comunidad que lo ejecutó estaba compuesta, de manera mayoritaria, por la generación que él representaba. Todos podían verse en él.

¿De modo que no hay esperanza para la gente que comete pecados desafiantes? ¿Qué decir del rey Manases, el más malo de los malos, el monarca que perpetró más violencia de la que podemos imaginar, aparte de idolatría, sacrificio de niños, prácticas de ocultismo, y quien merecía más que todos «ser cortado» (2 Crónicas 33; cf. Levítico 20:2, 3)? ¿Cómo lo perdonó Dios? ¡Aquí se trata de una gracia asombrosa!

Hechos 13:39 da la respuesta: A través del sacrificio de Cristo, el único que tiene poder real para perdonar (Hebreos 10:1-18), existe la oportunidad para recibir justificación de los pecados para los cuales la ley de Moisés (incluyendo el sistema de sacrificios animales) no poseía ningún remedio. El sistema ritual, a través del cual los israelitas obtenían misericordia aceptando el sacrificio de Cristo por la fe, era para enseñar al pueblo cómo opera la salvación. Pero tenía sus límites.

Hacía tiempo Dios había dicho a Moisés que él podía perdonar la «transgresión», es decir, pecados de rebelión (Éxodo 34:7), pero no a través de sacrificios animales. Es verdad que los pecados de rebelión del profeso pueblo de Dios afectaban su santuario (Levítico 20:3; Números 19:13, 20; cf. Daniel 8:12), el cual representaba su reputación, y eran limpiados durante el Día de Expiación (Levítico 16:16; cf. Daniel 8:14). Pero la purificación no producía ningún beneficio a los pecadores rebeldes (cf. Levítico 16:30; Daniel 8:25).

Todos los habitantes del planeta Tierra, en todas las épocas, se han salvado de la misma manera: a través del don del Hijo de Dios: «Para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:16). «Todo aquel» significa «todo aquel», sin excepciones. Los únicos que son rechazados son los que definitivamente se niegan a creer. Por eso, incluso el perverso e impío Manases pudo ser arrebatado a escasos centímetros de la puerta del infierno, a donde se dirigía sin billete de regreso, cuando creyó en el prometido sacrificio de Cristo. Esto no significa que los pecadores puedan, necesariamente, escapar de las consecuencias de sus acciones (quizá in-

¹ Expreso mi gratitud por esta idea a mi estudiante Mathilde Frey, quien actualmente está escribiendo su tesis doctoral en Religión, en la Universidad Andrews, sobre «El sábado en el Pentateuco: Estudio exegético y teológico».

cluso la muerte) en la vida actual. La promesa de salvación de Cristo es para la vida venidera, que es eterna.

Cuando observamos el mundo, a la gente a la que Cristo quiere salvar, nos estremecemos. Tomemos como ejemplo a Ron Halverson. Ron creció en un vecindario de grandes edificios de apartamentos en Brooklyn, Nueva York. En su escuela secundaria los estudiantes se mataban con navajas para obtener dinero para el almuerzo. Desde muy tierna edad aprendió a valérselas por sí mismo, y más tarde se convirtió en campeón de boxeo de peso ligero, a quien la prensa llamaba «el matón Halverson». También aprendió a vivir por «la fuerza de las balas».

Sus héroes, sus modelos, eran los violentos miembros de la mafia y las pandillas. Cuando se unió a la pandilla de los *Beach Combers*, robó automóviles y cometió todo tipo de delitos a la tierna edad de dieciséis años. Vio morir a sus amigos por heridas de arma blanca y pasó un tiempo en la cárcel. Pero eso no lo detuvo. Se abrió camino hasta llegar a ser vicepresidente de la pandilla de los *Beach Combers*.

Ron y un amigo faltaban con frecuencia a la escuela para ir a jugar y pasear. Un día, sin embargo, decidieron visitar a un amigo de ambos que había sido internado en una escuela cristiana del barrio de Queens. Cuando llegaron a la escuela, descubrieron que estaba celebrándose una semana de oración. Durante toda la semana siguieron faltando a la escuela para asistir a la serie de reuniones. El orador hizo un llamamiento al final de la última reunión. Ron, vestido con una chamarra de cuero negro, con el emblema de su pandilla grabado en la espalda, y con una navaja automática en su bolsillo, pasó al frente y entregó su vida a Cristo. Razonó que si Cristo podía salvar al ladrón en la cruz, podía salvarlo a él también. En la actualidad Ron Halverson es un evangelista reconocido internacionalmente.²

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

² «From Gangs to God», sermón de Ron Halverson.

<http://www.wordoftruthradio.com/audio/view.php?speaker=6&sermon=71>.

Bajo la sombra de la Shekinah
Roy Gane

Capítulo Siete

Crisis por el liderazgo
(Números 16, 17)

Motín

Ocurrió en 1842. La armada de Estados Unidos estaba utilizando el U.S.S. Somers como buque escuela. La tripulación incluía varios cadetes adolescentes. El barco zarpó hacia el continente africano, y, poco después de zarpar, el capitán, el comandante Alexander Mackenzie, escuchó rumores de que se planeaba un motín. El cabecilla era un alférez de diecisiete años llamado Philip Spencer, hijo del ministro de Defensa John C. Spencer. Él y otros dos marineros planearon apoderarse del Somers y convertirlo en un barco pirata, matando a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Una revisión del camarote de Spencer dio con pruebas comprometedoras, incluyendo una lista de nombres, escritos en griego, de miembros de la tripulación que serían retenidos después del motín, y un dibujo del Somers luciendo una bandera pirata. Una corte marcial declaró, por unanimidad, culpables a los marineros. Tres días más tarde la tripulación colgó a Spencer y a sus compañeros del aparejo del barco. Así terminó el único ejemplo de motín que se ha registrado en la historia de la armada de Estados Unidos.

El motín es una rebelión contra las autoridades legalmente constituidas, especialmente por personal militar que se niega a obedecer a sus oficiales, y que puede llegar a atacarlos. Es un delito muy serio. En Estados Unidos, llegar a ser condenado de un delito tal puede resultar en la pena capital. En el Reino Unido, el castigo era la pena de muerte hasta 1998.¹

Era el segundo año después de la salida de los israelitas de Egipto, nación ubicada en el continente africano. Los israelitas constituían un ejército.

¹ http://militaryhistory.suite101.com/article.cfm/uss_somers_mutiny_1842;
http://www.pbs.org/wiki/Mutiny#United_kingdom.

Dios era el comandante en jefe, y Moisés y Aarón eran sus generales. Un día Moisés escuchó el rumor de que se tramaba un motín:

«Coré hijo de Izhar hijo de Coat hijo de Leví, con Datan y Abiram hijos de Eliab, y On hijo de Pelet, descendientes de Rubén, tomaron gente y se levantaron contra Moisés con doscientos cincuenta hombres de los hijos de Israel, príncipes de la congregación, miembros del consejo, hombres de renombre» (Números 16:1, 2).

Así comienza uno de los más dramáticos episodios que se registran en la Biblia. Pero aquí no se trataba de un adolescente imprudente y temerario y un par de sus torpes amigos tratando de apoderarse de un barco. Se trataba de un golpe de gran envergadura, dirigido por un grupo de líderes maduros, inteligentes, experimentados y bien organizados. De hecho, casi podían garantizar el éxito en su plan de apoderarse de la nación israelita lanzando una revolución que tenía abrumador apoyo popular. La razón era que Moisés había dicho a la generación adulta que estaba sentenciada a vagar por el desierto hasta la muerte (Números 14:26-39). Desde su punto de vista, Moisés y Aarón eran los enemigos, y el pueblo estaba condenado de todas maneras, así que no tenían nada que perder. Estaban sumamente motivados para deshacerse de sus líderes, y su motín no era una aventura en busca del propio beneficio en el mar como corsarios, ¡sino un intento de sobrevivir en la tierra!

La trifulca contra Moisés y Aarón comenzó con la idea de que todos los israelitas eran santos y que el Señor estaba entre ellos. En realidad, era cierto que Dios mismo había llamado al pueblo «un reino de sacerdotes y gente santa» (Éxodo 19:6; *cf.* Levítico 11:44, 45; 19:2). De hecho, los flecos cosidos en sus vestiduras por orden de Dios les recordaba constantemente que debían ser santos para el Señor (Números 15:37-41). También era cierto que Dios estaba en medio de ellos. El Señor había tratado de convencerlos de que aceptaran la realidad de su presencia (*cf.* Éxodo 17:7; Números 11:20).

El grito de guerra de Coré y sus asociados era: Moisés y Aarón no están mostrando respeto al pueblo santo, y han concentrado demasiado poder en ellos mismos. Su argumento era un eco de lo que Aarón y María habían dicho contra Moisés: Todos estamos en realidad en un nivel similar; ¿qué les hace pensar que ustedes son especiales (Números 12:2)? La que obviamente daban a entender los amotinados era: «¡Quítense de en medio! ¡Dejen de decir a los demás lo que tienen que hacer! ¡Bájense de su pedestal! ¡Renuncien ahora!» No se detuvieron a pensar en lo que le había ocurrido a María (Números 12:10).

Cuando Moisés escuchó las desafiantes palabras, cayó sobre su rostro (Números 16:4). Debe de haberse sentido devastado por varias razones:

El conflicto después del episodio de los espías (Números 14) debería haber terminado, pero aquí estaba otra vez, peor que nunca.

Si Coré y sus asociados tenían éxito y se apoderaban de la nación, ¿perdería también la nueva generación la entrada a la tierra prometida? ¿Dejaría Israel simplemente de existir?

Moisés y Aarón habían encumbrado a los levitas, entre los que se contaban Coré y muchos de los que lo apoyaban, a su exaltada posición. De hecho, Coré estaba estrechamente emparentado con Moisés y Aarón (eran levitas coaitas, Éxodo 6:20; Números 3:19). De modo que esta era alta traición a una escala colosal.

Un intento de esta naturaleza por hacerse con el poder, es con frecuencia letal para la parte perdedora, porque casi siempre implica una lucha a muerte.

Moisés era humilde (*cf.* Números 12:3), pero podía defender el honor de Dios y responder al desafío que hacía Coré al liderazgo de Aarón como sumo sacerdote. De modo que se levantó de sus rodillas e hizo frente a los conspiradores. Coré y sus colegas, los levitas, ya eran siervos altamente honrados del Señor. Pero, al parecer, consideraban su posición insignificante, y exigieron su promoción al sacerdocio, donde residía realmente el poder. ¡Si querían competir con Aarón por el puesto, debían presentarse al día siguiente con instrumentos sacerdotales (incensarios con incienso) y ver si Dios los aceptaba (Números 16:5-11)!

El desafío era sencillo y muy atractivo, un ofrecimiento que Coré y sus asociados no desaprovecharon. Aunque Nadab y Abiú habían sido hijos de Aarón, habían muerto instantáneamente cuando ofrecieron incienso delante de Dios (Levítico 10:1, 2). ¿Qué podían esperar los levitas si se acercaban demasiado a su gloriosa presencia? ¡No estando autorizados para el servicio sacerdotal, no tenían la menor posibilidad! Dios había advertido explícitamente que cualquier persona que intentara usurpar la función sacerdotal sería muerto (Números 3:10, 38). Los levitas eran santos, pero no escogidos por Dios para ser sus sacerdotes. ¡Sin los trajes protectores de su especial consagración (Levítico 8), serían fulminados!

Luego Moisés convocó a Datan y Abiram, de la tribu de Rubén. A diferencia de la oposición de Coré y de los demás levitas, que ambicionaban el sacerdocio de Aarón, el antagonismo de Datan y Abiram estaba casi exclusivamente dirigido contra Moisés. Estaban amargados y se negaron a comparecer, pero le

enviaron un mensaje fulminante que resumía directamente el espíritu de rebelión contra el liderazgo de Moisés:

«¿Es poco que nos hayas hecho venir de una tierra que destila leche y miel, para hacernos morir en el desierto, sino que también te quieres enseñorear de nosotros imperiosamente? Tampoco nos has metido tú en tierra que fluya leche y miel, ni nos has dado heredades de tierras y viñas. ¿Sacarás los ojos de estos hombres? ¡No subiremos!» (Números 16:13,14).

Esta acusación era verdaderamente monstruosa. Moisés nunca había prometido llevar a los israelitas a Canaán por iniciativa propia. Lo que había hecho era ponerlos en contacto con Dios, cuyo liderazgo y poder eran lo único capaz de realizar aquella tarea imposible. Los israelitas habían rechazado la dirección de Dios y estaban sufriendo las consecuencias naturales. Pero ellos insistieron en culpar a Moisés por todo y se negaron a aceptar cualquier responsabilidad personal.

Guy Cotter, guía alpinista que ha llegado a la cumbre del monte Everest tres veces, explica las funciones respectivas del guía y de aquellos a quienes dirige:

«Es responsabilidad de los clientes cuidarse por sí solos. Es decir, es su vida; ellos deben ayudarnos a ayudarlos. Y eso es algo que recalcamos a nuestros clientes [...]. Un guía es alguien que hace que la expedición tenga éxito para los clientes y que abre el camino hasta la cumbre, por así decirlo, pero no lleva a los clientes hasta ella, no los arrastra hasta llegar. Y si ellos cometen errores, no se puede decir, en la mayoría de los casos, que sea responsabilidad del guía».²

Las palabras de Datan y Abiram, «¿Sacarás los ojos de estos hombres?», eran difamatorias, acusando falsamente a Moisés de ser un tirano cruel. Se hacían eco del espíritu de un esclavo hebreo que golpeaba a otro hebreo al día siguiente a aquel en que Moisés dio muerte a un egipcio para salvar a un esclavo. Cuando Moisés preguntó por qué hacía aquello, el hombre le respondió: «¿Quién te ha puesto a ti por príncipe y juez sobre nosotros? ¿Pienzas matarme como mataste al egipcio?» (Éxodo 2:14). Pero si Dios no hubiera hecho a Moisés príncipe y juez sobre los israelitas, todavía seguirían siendo esclavos en Egipto.

Moisés se enojó tanto con las palabras de Datan y Abiram que se convirtió en lo contrario a un intercesor. Pidió al Señor que rechazara a los dos hombres no aceptando ninguna ofrenda presentada por ellos (Números 16:15).

² <http://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/everest/stories/leadership.html>.

Siguiendo las instrucciones de Moisés, al día siguiente Coré y sus colegas se reunieron a la puerta del santuario para la confrontación con Moisés y Aarón. Doscientos cincuenta rebeldes sostenían sus incensarios con incienso ardiendo. Entonces la gloria del Señor apareció ante todos (versículos 16-19). Aquello era ominoso. El juicio ejecutivo de Dios estaba en sesión en el santuario sagrado (*cf.* Números 12:4-5; 14:10).

El Señor no discutió sus planes con Moisés y le ofreció hacer de él una gran nación en lugar de los israelitas (contrastar Números 14:11, 12). Simplemente ordenó a Moisés y Aarón que le dejaran libre el camino para que pudiera destruir instantáneamente a la comunidad entera. La mecha de su ira estaba acabándose. Sin embargo, en vez de correr buscando dónde protegerse, Moisés y Aarón cayeron de rodillas en el mismo lugar donde estaban e intercedieron por la comunidad en su conjunto. Pero Dios insistió en que se apartaran de los jefes rebeldes (versículos 20-24). Aunque los rebeldes estaban en el campamento israelita, debían dejarlos solos para que el castigo no cayera sobre los demás.

En vez de buscar su propia seguridad, Moisés fue con los ancianos a advertir al pueblo que vivía en el vecindario de Datan y Abiram, que se alejaran de sus tiendas. Coré vivía cerca del santuario (Números 3:29), de modo que la gente que vivía allí ya había escuchado la advertencia.

El duelo de los incensarios estaba a punto de decidir la lucha entre Coré y sus colegas y Aarón y sus hijos. Pero ante las tiendas de Datan y Abiram Moisés anunció la prueba divina de su propio liderazgo, la cual decidiría de forma concluyente sus acusaciones.

«Moisés dijo: En esto conoceréis que Jehová me ha enviado para que hiciera todas estas cosas, y que no las hice de mi propia voluntad. Si como mueren todos los hombres mueren estos, o si al ser visitados ellos corren la suerte de todos los hombres, Jehová no me envió. Pero si Jehová hace algo nuevo, si la tierra abre su boca y se los traga con todas sus cosas, y descienden vivos al Seol, entonces conoceréis que estos hombres irritaron a Jehová» (Números 16:28-30).

Por supuesto, era totalmente imposible para Moisés dar origen a un fenómeno geológico sin precedentes. Si aquello ocurría, sería un nuevo tipo de milagro destructivo realizado por el Dios creador. Al lanzar a los rebeldes a las regiones inferiores, el lugar de los muertos, el celestial Señor de la vida mostraría dramáticamente que los había rechazado porque ellos lo habían rechazado a él.

Nadie tuvo tiempo para ponderar el escalofriante desafío. Como si la tierra fuera un gigantesco monstruo viviente, abrió su descomunal boca bajo los pies de los rebeldes, con sus posesiones y sus familias, y se los tragó enteros. Sus gritos de terror se desvanecieron con un sonido sordo y profundo cuando la tierra se cerró sobre ellos (versículos 31-33).

Al tratar de exaltarse a sí mismos se hundieron. Al arrojar cieno sobre Moisés, toneladas de tierra cayeron sobre ellos. Moisés no les sacó los ojos (versículo 14), el Señor los quitó de la vista. Habiendo aceptado previamente el mensaje de que la tierra prometida «se traga a sus habitantes», ellos fueron literalmente devorados por el desierto.

Los israelitas que fueron testigos de la ejecución sísmica pensaron que ellos serían los siguientes y huyeron despavoridos. Mientras tanto, en el santuario, el fuego divino consumió a los doscientos cincuenta aspirantes al sacerdocio, como cabía esperar (Números 16:34, 35). Todo terminó en pocos minutos.

Cuando el polvo se asentó, el fuego santo se apagó, y toda la basura se limpió, pareció que el motín había sido aplastado. Con una asombrosa demostración de justicia y poder, el Señor había aniquilado a los cabecillas. Los doscientos cincuenta incensarios de bronce habían recibido fuego santo, aunque sus dueños no autorizados no habían sobrevivido. Por lo tanto, los incensarios eran santos y pertenecían a Dios y al santuario. El Señor ordenó que fueran batidos con martillo y convertidos en láminas para cubrir el altar como una señal prominente, visible, para cualquiera que, no siendo sacerdote, se viera tentado a compartir su destino en el porvenir (versículos 36-40).

La historia de Coré, Datan y Abiram y sus colegas es una demostración paradigmática de lo que Dios piensa de la rebelión contra los dirigentes que él ha designado. El Señor utiliza seres humanos para llevar a cabo su obra en el mundo en vez de comisionar a los ángeles para hacer el trabajo. Ciertamente, sus dirigentes humanos tienen defectos, pero, hasta donde disciernen su voluntad y la siguen, lo representan. Por tanto, la rebelión contra sus dirigentes es una rebelión contra él.

Es muy fácil para aquellos que no llevan la pesada carga del liderazgo imaginar que ellos podrían hacer mejor las cosas, especialmente si poseen vigorosos egos y desean destacarse. Sin comprender todos los distintos factores que afectan la obra de Dios, uno puede suponer que las soluciones a los problemas son más sencillas de lo que son en realidad, y creemos que si nosotros estuviéramos al cargo, las cosas mejorarían rápidamente. Pero solo la captación de la imagen de conjunto da una perspectiva equilibrada. Cuando surge una crisis y las cosas

van mal, es natural pedir un «cambio». Sin embargo, el cambio de liderazgo no siempre es para bien.

También es fácil que los que se erigen dirigentes, incluyendo aquellos que manipulan los métodos autorizados para obtener el control y mantener posiciones de autoridad legítima, pretendan que siguen las huellas de las sandalias de Moisés y Aarón como representantes autorizados del Señor. Pero, con frecuencia, son más fieles a sí mismos y a sus propios intereses que a la agenda de la misión evangélica de Dios, con su sagrada tarea de llevar tantas personas como sea posible de forma segura a la tierra prometida. Puesto que no permiten ninguna oposición a su voluntad egoísta y orgullosa, citan la historia de Coré y sus colegas para defender su liderazgo, y proclaman con tono de elevada justicia propia: «¿Quién puede impunemente alzar la mano contra el ungido del Señor?» (Véanse 1 Samuel 24:6, 10; 26:9, 11, 23; 2 Samuel 1:14, 16, NVI). Pero la herencia de su liderazgo es la de Coré y los otros que intentaron usurpar el lugar de Moisés y Aarón y secuestrar a Israel.

Entre los vivos y los muertos

Mi esposa y yo escalamos el monte Lassen, pico volcánico en la zona norte de California, cuando nuestra hija tenía menos de dos años de edad. Así que yo llevaba a Sara en un portabebés a la espalda. Por desgracia, a ella no le gustó la experiencia a causa del fuerte e intenso viento que nos azotó cuando ascendíamos. A manera de juego, pero con la esperanza de que aquello la alegrara un poco, nos metimos detrás de una enorme roca que bloqueaba el viento y ordené: «¡Viento, detente!» Por supuesto, el viento se detuvo de momento, hasta que salimos de detrás de la roca.

Mi plan me salió mal. Sara pensó que yo podía detener el viento y que podía hacerlo todo el tiempo. Así que siguió insistiendo, con una voz muy nítida: «¡Papi, para el viento!» Por supuesto, el viento estaba fuera de mi control, de modo que ni siquiera intenté ejercer mi voluntad sobre sus violentas ráfagas. Cuando no logré decir las palabras mágicas y, por lo tanto, no pude hacer nada contra la molesta situación, Sara se enojó conmigo. Así que sus grandes gritos de protesta acompañaron nuestro ascenso a la cumbre del monte Lassen.

Los hijos de Israel también culparon a sus dirigentes de algo que estaba más allá del control de ellos. Al día siguiente de la muerte de Coré y sus colegas, toda la comunidad israelita acusó a Moisés y a Aarón de dar muerte a los rebeldes, a quienes llamaron «el pueblo del Señor» (Números 16:42)! ¡Esta sí era una rebelión a gran escala! No eran simplemente unos doscientos rebeldes; ahora muchos miles compartían el espíritu de Coré y sus colegas, y

se negaron a reconocer el papel que Dios había desempeñado, a pesar de la naturaleza milagrosa de los acontecimientos. ¿Se había tragado la tierra a familias enteras por el poder de Moisés? ¿Había encendido Aarón el fuego que había literalmente freído a los doscientos cincuenta aspirantes al sacerdocio?

La gloria de Dios apareció una vez más. Y, de nuevo, Dios ordenó a Moisés y Aarón que se apartaran para poder consumir instantáneamente a los israelitas. Como estaban con Coré y compañía, compartirían su destino (*cf.* vers. 19-21). Una vez más, Moisés y Aarón cayeron sobre su rostro (versículos 42-45, *cf.* versículos 19-22). Pero ahora ya no podían defender al pueblo pidiendo a Dios que limitara su retribución a ciertos líderes rebeldes (*cf.* versículos 22-24). Los israelitas habían destruido cualquier argumento que los intercesores pudieran utilizar a su favor.

A Dios ya no le quedaban medios para salvar a aquellos rebeldes. Moisés sabía que esa era la realidad. Tan pronto como el fatal decreto salió de los labios divinos, los que habían llamado a los mundos a la existencia, una plaga mortal cayó sobre la comunidad para borrar de la existencia a la nación israelita. La gente ya había comenzado a morir.

Sin una expiación inmediata, todos los israelitas perecerían. No había tiempo para ofrecer un sacrificio; debía hacerse de inmediato una expiación y alcanzarlos donde estuvieran. Por tanto, Moisés ordenó a Aarón, el sumo sacerdote, que tomara su incensario, quemara incienso y lo llevara inmediatamente al pueblo para hacer expiación por ellos. El enérgico octogenario (que ahora tenía unos ochenta y cinco años, Éxodo 7:7) corrió para salvar a tantos como fuera posible (Números 16:46, 47). Doquiera llegó su incensario, la gente se salvó. Donde no llegó, murieron. «Luego se puso entre los muertos y los vivos, y cesó la mortandad» (Números 16:48).

Para catorce mil setecientos era demasiado tarde (versículo 49). Lo único que hicieron los demás fue agradecer la compasión y la rápida acción de Moisés y Aarón, y la misericordia de Dios que había hecho posible su supervivencia. Por su malvado falso testimonio contra Moisés y Aarón, a quienes habían acusado de asesinato, los israelitas merecían la pena capital por asesinato (*cf.* Deuteronomio 19:16-19). Pero el mismo a quien habían ofendido tanto, había salvado sus vidas, diciendo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34). Y al aceptar el ritual de intercesión de Aarón, el mediador que él había nombrado, Dios mostró una gracia asombrosa.

Según el apóstol Pedro, los cristianos pertenecen a Dios como un «real sacerdocio» (1 Pedro 2:9). Una de las principales funciones de un sacerdote es ser mediador del pueblo. Dios no nos pide que intercedamos llevando incensa-

rios, corno Aarón, sino que oremos con la ayuda del Mediador que está en el cielo: «Otro ángel vino entonces y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro que estaba delante del trono» (Apocalipsis 8:3).

La prueba del sacerdocio

Los israelitas habían recibido una prueba milagrosa de que Dios había elegido a Aarón y a sus hijos exclusivamente para ejercer el sacerdocio. Otros habían perecido mientras ofrecían incienso, pero Aarón y sus hijos habían sobrevivido. No solo eso, sino que Dios había reconocido el incienso ofrecido por Aarón y había protegido a la nación.

Después de la terrorífica plaga, Dios quiso reforzar aún más su elección de la familia de Aarón para el sacerdocio; esta vez, mediante una positiva demostración de su poder creativo. Por tanto, ordenó a Moisés que hiciera una prueba con las varas de madera de los jefes de familia representantes de las doce tribus. La vara de Aarón representaba a la tribu de Leví. La vara de cada hombre simbolizaba su identidad (Génesis 38:18), y Moisés también escribió sus nombres en las varas. Dios haría que la vara de madera seca perteneciente al hombre que él escogiera para el sacerdocio floreciera milagrosamente. De esta forma tan señalada esperaba poner punto final para siempre a las dudas relacionadas con la exclusiva autoridad del sacerdocio aarónico (Números 17:1-5).

Moisés colocó las varas delante del Señor, en el santuario. Al día siguiente, la vara de Aarón no solo había florecido, sino que había echado almendras maduras. Moisés mostró al pueblo todas las varas para que pudieran ver la evidencia por ellos mismos. Luego puso la vara de Aarón de nuevo en el santuario, enfrente del «testimonio», es decir, frente al arca que contenía los Diez Mandamientos, que eran un compendio del pacto entre Dios y los israelitas. La vara especial serviría como una señal permanente para aclarar cualquier pregunta relacionada con el derecho de Aarón y sus descendientes a dirigir la adoración en Israel (versículos 6-11). Al controlar el sacerdocio, Dios regulaba la adoración de los israelitas. Protegía a los israelitas de caer en prácticas litúrgicas que lo representarían mal a él ante el mundo.

Todo estaba claro, excepto una cosa: ¿Por qué decidió el Señor hacer que la vara de Aarón floreciera y produjera almendras? Por una cosa. Flores de almendras, de oro, grabadas con las palabras «Santidad a Jehová» decoraban el frente de la mitra del sumo sacerdote (Éxodo 28:36; 39:30). Además, las lámparas del candelero del santuario tenían la forma de flores de almendro

(Éxodo 25:33, 34; 37:19, 20). De modo que existían fuertes conexiones entre el milagro y lo que significaba: Aarón serviría como sumo sacerdote en el santuario.

Y existe un detalle más. La palabra hebrea «almendra» viene de una raíz que significa «vigilar» o «mantenerse vigilando». En el Oriente Próximo, los árboles de almendro son los primeros en florecer cada año. De modo que la gente ha llegado a considerarlos como «vigilantes». Esta conexión entre el almendro y los vigilantes explica un perfecto ejemplo que Dios le dio al joven Jeremías: «La palabra de Jehová vino a mí, diciendo: "¿Qué ves tú, Jeremías?" Yo respondí: 'Veo una vara de almendro'. Me dijo Jehová: "Bien has visto, porque yo vigilo sobre mi palabra para ponerla por obra"» (Jeremías 1:11, 12).

Ahora podemos comprender el simbolismo de las flores de almendro en las lámparas del candelabro, que proporcionaba luz toda la noche para mostrar que Dios siempre vela por su pueblo (Salmo 121:4; cf. Salmo 127:1). También podemos reconocer la advertencia implicada en las flores de almendro en la vara de Aarón: Dios vigilaría para guardar el sacerdocio de Aarón, como lo advirtió explícitamente: «Y Jehová dijo a Moisés: 'Vuelve a colocar la vara de Aarón delante del Testimonio, para que se guarde como señal para los hijos rebeldes. Así harás cesar sus quejas delante de mí, para que no mueran'» (Números 17:10).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbese para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Bajo la sombra de la Shekinah
Roy Gane

Capítulo Ocho

**Cómo arreglárselas
ante el peligro y la muerte
(Números 18, 19)**

El «reactor nuclear» de Dios

Hace muchos años, un granjero del Estado norteamericano de Minnesota llevó su trigo a un silo de cereales. Durante el viaje, fue andando junto al caballo mientras el animal tiraba del carro. Cuando ya llegaban, el lento y cansado caballo levantó la vista y vio el silo. En ese preciso instante un terrible tornado levantó al caballo, junto con el carro y el campesino, y los depositó a una considerable distancia. El pobre animal no quedó herido, pero sí, comprensiblemente, traumatizado. El grano, por supuesto, había desaparecido.

Al año siguiente, el mismo granjero usó el mismo caballo y el mismo carro para transportar otra carga de trigo al mismo silo. Cuando ya casi habían llegado, el caballo levantó la vista y vio el silo. Recordando lo que le había ocurrido la primera vez que había estado allí, se estremeció y se paró en seco, dio media vuelta y se alejó a galope tendido, a la mayor velocidad que sus cascos eran capaces de transportarlo. ¡No había poder humano que lo obligara a pasar por aquella terrible experiencia otra vez!

Los israelitas habían visto la terrible rapidez de la espada del Señor en muchas ocasiones, pero esta última ocasión había estado a punto de alcanzarlos a ellos, y la cuenta de los cadáveres era alta (catorce mil). ¡De ninguna manera querían pasar por aquella experiencia otra vez! «Entonces los hijos de Israel dijeron a Moisés: "¡Nos estamos muriendo! ¡Estamos perdidos! ¡Todos nosotros estamos perdidos! Cualquiera que se acerque, el que se

llegue al tabernáculo de Jehová, morirá. ¿Acabaremos por perecer todos?"» (Números 17:12-13).

La generación adulta de israelitas estaba condenada a morir en el desierto (Números 14), pero al menos esa sería una muerte natural. Ahora ellos temían haber ofendido tanto a Dios que no estaban seguros ni siquiera al acercarse al santuario para llevar sus ofrendas. Por supuesto, la razón por la cual habían experimentado tantos problemas no era porque hubieran ejercido su legítimo privilegio de venir al atrio del santuario a presentar sus sacrificios: era a causa de su rebelión.

El Señor comprendió y les proporcionó una nueva regla para calmar los temores del pueblo: «Jehová dijo a Aarón: "Tú, tus hijos y tu casa paterna cargaréis con el pecado del santuario; y tú y tus hijos cargaréis con el pecado de vuestro sacerdocio"» (Números 18:1). Significaba que si uno que no pertenecía al sacerdocio cometía un error en el santuario, los sacerdotes, como mediadores y representantes de los israelitas, llevarían la responsabilidad. Pero esa situación nunca más haría que Dios hiciera recaer la retribución sobre toda la comunidad (*cf.* Números 16:19-21, 41-49).

Como Dios había dicho específicamente-antes, los levitas debían asistir a los sacerdotes (Números 8). Pero si los levitas trataban de actuar como sacerdotes, como Coré y sus asociados habían intentado (Números 16), ellos, y al menos algunos sacerdotes, morirían (Números 18:2-7). Para protegerse de la ira de Dios, los sacerdotes que estaban de guardia, bien motivados y bien armados, protegerían el recinto sagrado (véase Números 25:7). Recibieron autorización para matar a cualquiera, incluso a un levita, que intentara usurpar la función sacerdotal en el santuario. De modo que nunca más sería necesario tener un duelo de incensarios (Números 16). Cualquier rebelión contra el sacerdocio que pudiera poner en peligro la seguridad de la comunidad sería inmediatamente cortada de raíz.

Matar a los transgresores de forma sumaria puede parecer en extremo «anticristiano», hasta que uno recuerda la imponente y terrible gloria del Señor. Él creó a los mundos de la nada, y trajo a la existencia nebulosas y galaxias en el espacio como si fueran juguetes. Dios puede imponer su voluntad a tallones y trillones de toneladas de materia dando sencillamente una orden (Génesis 1). Su gloria es fuego consumidor (Éxodo 24:17; Deuteronomio 4:24; 9:3; Hebreos 12:29). De modo que cuando residía en el santuario israelita, el poder concentrado allí lo hacía similar a un reactor nuclear. Debía haber guardias especiales a fin de que la comunidad que rodeaba al santuario pudiera sobrevivir.

Un buen día, Chris, joven de diecisiete años, y sus amigos andaban en busca de aventuras y decidieron explorar las orillas del lago Michigan. Caminando como a dos kilómetros de la playa Grand Mere, encontraron un anuncio que decía: «Prohibido el paso. Los infractores serán sancionados». Pronto se dieron cuenta de que habían llegado a la central nuclear Cook. Suponiendo que el anuncio solo prohibía el acceso por tierra, decidieron acercarse dando la vuelta por el agua. Tenían una lancha neumática para dos personas, y el tercero disponía de una tabla para deslizarse en el agua.

Después de remar durante media hora, los adolescentes solo habían llegado a mitad de camino de la central nuclear y ya se estaban cansando. De repente el adolescente que iba deslizándose en la tabla saltó alarmado dentro de la lancha, porque el agua bajo sus pies estaba revuelta y agitada, y hacía burbujas como el agua caliente de una bañera. ¡Comprendieron que debían salir de allí de inmediato! Pronto vieron un guardacostas, que los rescató, salvándolos del agua hirviente.

La tripulación del bote procedió a informar a Chris y a sus amigos que habían estado en una zona restringida, y que era un milagro que no hubieran sido absorbidos por el gran poder de succión del sistema de enfriamiento de la central nuclear cercana. ¡Más tarde los padres supieron que los francotiradores los habían visto desde el principio, pero decidieron que los adolescentes no parecían demasiado peligrosos y no los mataron a balazos!

Es prudente defender una central nuclear de las visitas no autorizadas con el propósito de proteger a la gente que vive cerca (¡incluyendo a mi familia!). ¡Con cuánta más razón debía protegerse el santuario, en el cual residía el poder infinitamente superior de Dios! Él podía controlar su poder, por supuesto, pero deseaba que los israelitas respetaran su grandeza para que pudieran confiar en su capacidad para ayudarlos y librarlos.

En la actualidad no tenemos la presencia de Dios en una *shekina* ubicada en una iglesia o templo. Por lo tanto, no necesitamos proteger nuestros templos con armas para que la gente se aleje. Sin embargo, todavía es importante proteger reverentemente los límites morales de la santidad de Dios en su iglesia. Cuando un miembro de la iglesia de Corinto estaba viviendo en abierto pecado con su madrastra, lo cual difamaba la santa reputación de Cristo en aquella ciudad (1 Corintios 5:1), Pablo recomendó que la iglesia lo quitara de la feligresía: «En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, reunidos vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesucristo, el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús» (1 Corintios 5:4, 5).

Bajo la teocracia del Antiguo Testamento, el acto de eliminar a una persona de la comunidad era algo más dramático y permanente. Por ejemplo: «Cualquiera que se acueste con la mujer de su padre, la desnudez de su padre descubrió; ambos han de ser muertos: su sangre caerá sobre ellos» (Levítico 20:11). Ahora tenemos una iglesia, no una nación; por lo tanto, se aplica la desfraternización a los casos en que en las leyes del Antiguo Testamento se aplicaba la pena de muerte.

Muchos cristianos de la actualidad no tienen la más mínima disposición a proteger los límites de la santidad de Dios. En nombre del «amor» cristiano, que es como un indefinido sentimiento de misericordia no complicado con la justicia, todo se admite. Hace varios años un pastor me dijo que cuando comenzó a trabajar en una congregación, halló la necesidad de aplicar la disciplina eclesiástica en un caso muy claro de pecado abierto que exigía la expulsión. Pero hasta donde recordaban los miembros, nunca se había ejecutado una disciplina así. De modo que cuando el pastor presentó el caso en una reunión administrativa de la iglesia, los miembros se negaron a apoyar sus recomendaciones de que la iglesia borrara de sus registros a la parte culpable. La misericordia desenfrenada a expensas de la justicia daña la santa causa de Dios en el mundo. Y hiere a la gente también. Cuando no se exigen responsabilidades, la gente piensa que las cosas marchan bien, y que hay paz, cuando no hay paz (Jeremías 6:14; 8:11). Una actuación tal pone en peligro su salvación eterna. Pablo dejó bien claro que es mucho mejor, y potencialmente redentor, reconocer una crisis y despertar a una persona culpable entregándola «a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús» (1 Corintios 5:5).

La misericordia desenfrenada que permite los comportamientos destructivos daña también a las víctimas inocentes. Entre ellas están los niños de padres que están divorciados debido a una relación extramarital que no habría ocurrido si la iglesia hubiera elevado las normas morales. Otras víctimas sufren de acoso sexual, difamación, abusos económicos, y cosas por el estilo. La lista puede ser interminable. Los infractores conocidos pueden echar el anzuelo de nuevo y atacar otra vez, o sencillamente son transferidos a otras iglesias, donde pueden poner en práctica nuevamente sus malas artes. Puede ser que la iglesia escriba cartas y celebre reuniones para tratar la situación, pero nada cambia. ¿No hay alguien que tenga el valor de poner punto final a esto?

Hemos encontrado que la historia del trato de Dios con el antiguo Israel registrada en el libro de Números ilustra con mucha claridad el hecho de que existe lo que se conoce como responsabilidad colectiva. La comunidad

del pueblo de Dios es responsable ante él por el apoyo de los líderes de Dios en la tarea de proteger su santidad en el mundo. Por desgracia, muchas comunidades eclesiales modernas están fracasando miserablemente, y las estadísticas del estilo de vida familiar no son mejores que las de la «civilización» impía que las rodea. Como dijo Pablo a los corintios, ya es tiempo de que los así llamados «santos» de Dios comiencen a vivir de acuerdo con el elevado nombre que portan (1 Corintios 1, etc.).

Compensación por el cumplimiento de deberes peligrosos

El personal de formación muy especializada que cumple deberes peligrosos para beneficiar y proteger a una comunidad entera debiera recibir una justa compensación. Por ello, como acuerdo permanente («pacto de sal»), Dios asignó a los sacerdotes israelitas una buena fuente de ingresos de las ofrendas que el pueblo ofrecía al Señor (Números 18:8-19).

Como asistentes de los sacerdotes, los levitas también participaban en el cumplimiento de deberes peligrosos en beneficio de los israelitas (versículos 22, 23; cf. Números 8:19), aunque era menos peligroso que el ministerio sacerdotal. La tribu de Leví en su totalidad, incluyendo los sacerdotes, no tendría ninguna herencia de territorio con la que ganarse la vida. Antes bien, debían sostenerse del servicio a Dios: Los israelitas debían dar sus diezmos (una décima parte de los productos agrícolas; cf. Deuteronomio 14:22) a los levitas, quienes, a su vez, debían entregar una décima parte de todo a los sacerdotes (Deuteronomio 14:20-32).

Al dar a los sacerdotes y a los levitas un ingreso bueno y regular, Dios hizo que fuera innecesaria la preocupación por el sustento. Así podían dedicar todo su tiempo y energía al servicio del Señor.

Cuando Cristo envió a sus setenta discípulos afirmó que aquellos que se dedican al servicio de Dios para beneficiar a otros merecen el sustento material: «Quedaos en aquella misma casa, comiendo y bebiendo lo que os den, porque el obrero es digno de su salario. No os paséis de casa en casa» (Lucas 10:7). Pablo aplicó el mismo principio: «¿No sabéis que los que trabajan en las cosas sagradas, comen del templo, y que los que sirven al altar, del altar participan? Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio» (1 Corintios 9:13, 14).

En la actualidad no tenemos levitas ni sacerdocio ritual. Y tampoco la mayoría de nosotros tiene como medio de vida la agricultura; por lo tanto, no podemos presentar a Dios el diezmo de nuestros productos agrícolas para que se sostengan sus obreros. Sin embargo, un sistema adaptado de diezmos y ofrendas

es una forma práctica de sostener a las personas que se dedican exclusivamente a la obra de Dios.

Como descubrió la viuda cuando dio de comer a Elías, el Señor no permite que aquellos que apoyan generosamente a sus ministros pierdan lo que dan (1 Reyes 17:8-16). Más bien, su fe en la capacidad de Dios para proveer para sus necesidades y su dedicación a la misión divina permite que el Señor derrame sus bendiciones generosamente sobre ellos: «Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi Casa: Probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, a ver si no os abro las ventanas de los cielos y derramo sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde» (Malaquías 3:10).

¿Y si los ministros de Dios no usan los diezmos sagrados y las ofrendas como debieran? De eso ellos son responsables ante Dios y ante su iglesia. Pero una situación tal no disminuye las bendiciones para el miembro que devuelve fielmente al Señor lo que le pertenece.

Provisión para la purificación futura

Mi esposa Connie enseña arqueología en el Seminario Teológico Adventista del Séptimo Día en la Universidad Andrews. Hace poco sirvió como codirectora de una gira de estudios a Egipto, haciéndose cargo de muchos detalles prácticos. Uno de ellos consistía en mantenernos a los miembros del grupo, tanto maestros como estudiantes (incluyéndome a mí) en buen estado físico. En Egipto, hoy esto sigue suponiendo todo un reto (cf. Éxodo 15:26). Naturalmente, en cierto momento del viaje varios participantes en la gira contrajeron una variedad de la enfermedad que los turistas llaman, por lo general, «La venganza del rey Tut» (equivalente a «la venganza de Moctezuma», que sufren algunos turistas que visitan México). Además de debilidad, desfallecimientos y náuseas, otro efecto de esta enfermedad la hace sumamente incómoda para viajar por regiones donde escaseen los retretes.

Para remediar la situación, Connie pidió al conductor que detuviera el autobús junto a una farmacia. Entró a la botica y compró los medicamentos que nuestro grupo necesitaba. Cuando salió, cargada de paquetitos, proporcionó a cada uno de los enfermos los medicamentos que necesitaban. Afortunadamente, todos se recuperaron inmediatamente y el viaje prosiguió con éxito y sin nuevas interrupciones.

Cuando uno viaja con mucha gente, necesita mayor provisión de todo. Y si quiere que un lote de provisiones dure mucho tiempo, se aprovisiona bien. Es lo que los israelitas hacían cuando necesitaban limpiar el cuerpo de la impureza ritual por contaminación con un cadáver. Bajo la dirección de un

sacerdote hacían un enorme montón de cenizas sacrificiales que pudiera durar mucho tiempo. Más tarde, añadían agua a las cenizas y rociaban la mixtura sobre las personas o cosas contaminadas por contacto o proximidad con cadáveres (Números 19).

Cuando estudiamos Números 8 encontramos el «agua de la purificación o expiatoria» que purificaba a los levitas de contaminación con cadáveres (versículo 7). Pero las indicaciones para producir la mixtura de agua y ceniza aparecen en Números 19. Esto tiene sentido a la luz del desarrollo de la historia, la cual había registrado hacía poco la existencia de muchos cadáveres (Números 14; 16; 17).

El procedimiento para obtener la ceniza era un tipo especial de ofrenda de purificación (erróneamente llamada «ofrenda por el pecado»; Números 19:9) de una vaquilla roja, que tenía el propósito de hacer posible la purificación de personas y objetos de la impureza física ritual. La *New Revised Standard Versión* traduce correctamente «ofrenda de purificación». Pero en español, la NVI la presenta como «sacrificio expiatorio»; la RVR 1960, como «es una expiación»; la NBE como, «agua lustral, de expiación»; la NRV1995 como «un sacrificio de expiación»; la Versión de Juan Straubinger como «es un sacrificio por el pecado»; y la DHH como «todo esto es un sacrificio por el pecado». En todos estos casos, la versión es errónea porque indica que incurrir en impureza ritual por contacto con un cadáver era un acto de pecado, es decir, una violación de un mandamiento divino, lo cual no era así (excepto para los sacerdotes en ciertos casos bien definidos, Levítico 21).

Las impurezas físicas rituales, como la contaminación con un cadáver, enfermedades de la piel, y descarga de semen, ocurría a través de procesos físicos, con frecuencia sin elección humana (véase también Levítico 12-15). De modo que confundir las categorías, haciendo que el pecado sea lo mismo que la impureza física ritual, transmite el mensaje equivocado de que el pecado ocurre automáticamente todo el tiempo y no podemos hacer nada al respecto. Por eso el gran predicador Charles Spurgeon malinterpretó el ritual de la vaca roja. «¿Quién ha vivido durante un solo día en este bajo mundo sin descubrir que en todas sus acciones comete pecado, que en todo aquello en que pone su mano, recibe, y al mismo tiempo imparte, algún grado de contaminación?». ¹

¹ Charles H. Spurgeon, *The Treasury of the Old Testament* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 1951), tomo 1, p. 359. Es verdad que en un sentido más amplio los aspectos clave de este sacrificio nos enseñan acerca de la redención en Cristo de toda contaminación, incluyendo la que resulta de la comisión de peca-

Incluso los pecados inadvertidos implican un grado de elección, aunque aquellos que los cometen no comprendan, sino hasta más tarde, que han violado los mandamientos de Dios (Levítico 4).

Si suponemos que estamos pecando, sencillamente, todo el tiempo, igual que respiramos, perderemos nuestra perspectiva bíblicamente equilibrada. Por una parte, podemos hundirnos en la desesperación y pasar todo el tiempo confesando nuestros pecados, como hizo Martín Lutero antes de comprender el evangelio. Por otra parte, podemos tratar, al menos parcialmente, sacudirnos la responsabilidad de nuestras acciones, esperando que la gracia barata nos declare justos en el cielo a pesar de nuestra condición de pobreza espiritual en la tierra.

Ninguno de los dos extremos es necesario. El pecado no es automático como el proceso físico involuntario, aunque el pecado puede llegar a convertirse en un hábito. Cuando cometemos un error de un tipo que viola un mandamiento divino, somos responsables cuando comprendemos que nuestra elección ha violado la ley de Dios (Levítico 4:27, 28; cf. Santiago 4:17). En ese momento el Señor nos da la oportunidad de confesarlo para recibir el perdón a través de la mediación de Cristo, cuyo sacrificio fue hecho a favor de todos nosotros (1 Juan 1:9-2:2).

Los detalles para sacrificar y quemar la vaca roja (Números 19:1-10) eran apropiados para su función. Aunque era una ofrenda de purificación, era realizada fuera del campamento para evitar al santuario la intensidad de la impureza que remediaba. Como era un sacrificio, tenía que realizarlo un sacerdote. Este asperjaba la sangre hacia el santuario (versículo 4) para establecer una conexión con el lugar usual de los sacrificios.

La víctima era una vaca, el animal sacrificial hembra más grande. Las ofrendas de purificación en beneficio de los israelitas individuales eran animales hembras (Levítico 4:28, 32; 5:6; Números 15:27). Se requería un animal grande para que hubiera una provisión suficiente de cenizas que podía utilizarse en pequeñas porciones para las personas de toda la comunidad durante un largo período. Los israelitas aumentaban la cantidad de cenizas añadiéndole madera de cedro (Números 19:6).

La madera aromática del cedro era apropiada para la purificación, especialmente porque era rojiza, y el rojo es el color de la sangre. El color rojo de la vaca y la tela roja que también se añadían al fuego (versículo 6) reforzaban

dos. Reconocer que este en un sentido ampliado nos ayuda a evitar la confusión de categorías por las cuales el aspecto «automático» de la impureza física ritual sobrecarga incorrectamente los pecados cometidos.

la asociación con la sangre. Las cenizas podían funcionar como sangre deshidratada, a la cual se añadía agua más tarde para reconstituirla como un líquido que podía asperjarse como si fuese sangre (versículos 12, 13, 17-20).

Un aspecto especial del singular ritual de la vaca roja ha dejado perplejos a los intérpretes de este pasaje: Los participantes (puros) en la quema de la vaca y en el almacenamiento de la ceniza, así como la persona pura que más tarde asperjaba la ceniza disuelta en agua, todos quedaban impuros a causa de estas funciones (versículos 7, 8, 10, 21). A la inversa, la ceniza disuelta en agua purificaba a aquellos que eran impuros (versículos 12, 19). ¿Por qué tenía la misma sustancia efectos tan opuestos sobre las personas?

La respuesta es que los israelitas consideraban a la vaca como una unidad, tanto en espacio como en tiempo. Por ello, lo que les ocurría a partes de ella más tarde, como la aplicación de pequeñas porciones de cenizas sobre personas y cosas impuras, lo consideraban como si hubiese ocurrido ya cuando se realizó la quema de la vaca. Por lo tanto, las cenizas absorbían las impurezas de las personas y los objetos impuros, de modo que cuando una persona pura las tocaba o estaba involucrada en su producción, esa persona recibía la contaminación de las cenizas.

Compare esta situación: Si una persona sucia toma un baño y se vuelve limpia o pura, y luego una persona limpia se mete en el agua que lleva la suciedad de la primera persona, se ensucia. La diferencia es que en el ritual de la vaca roja, una persona limpia se volvía impura incluso antes de purificar la sustancia contactada que era impura. Sería como un individuo limpio que se vuelve impuro por tocar el agua en la cual una persona impura se bañaría más tarde.

Esto parece extraño, pero recordemos que el mundo simbólico de los rituales no depende de limitaciones de causa y efecto físico. Señala a una realidad mayor, y como es un sacrificio, señala al sacrificio de Cristo.

El ritual de la vaca roja destacaba únicamente el hecho de que el sacrificio de Cristo supliría los medios de purificación para muchas personas que lo necesitarían después de la cruz. ¡Eso nos incluye a nosotros! Nosotros hemos nacido muchos siglos después de la muerte de Cristo en la cruz. ¿Cómo podemos recibir la vida eterna a través de lo que hizo entonces?

La respuesta es que en la cruz Jesús hizo amplia provisión para todos, y luego distribuye los beneficios hasta nosotros mediante su ministerio sacerdotal en el santuario celestial. Las cenizas de la vaca roja solo remediaban la im-

pureza física ritual en la vida actual, pero la sangre de Cristo proporciona la purificación moral que necesitamos para la vida eterna.

«Porque si la sangre de los machos cabríos y de los toros, y la ceniza de la becerra rociada sobre los que se han contaminado, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, purificará vuestra conciencia de obras muertas para servir al Dios vivo?» (Hebreos 9:13. 14).

El ritual de la vaca roja, que purificaba la impureza a través del servicio de aquellos que se volvían impuros como resultado de administrarlo, revela otro profundo aspecto del sacrificio de Cristo: «Al que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que fuéramos hechos justicia de Dios en él» (2 Corintios 5:21).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

© Recursos Escuela Sabática

Bajo la sombra de la Shekinah

Roy Gane

Capítulo Nueve

Éxitos y fracasos (Números 20-21)

El poder de la misericordia

Una vez que Números 19 proporciona las instrucciones para el tratamiento de la contaminación por el contacto con un cadáver, el capítulo 20 registra más muertes. En este caso no es una gran cantidad de los miembros de la comunidad los que mueren, sino María y Aarón. Moisés sigue vivo, pero él también está condenado a morir antes de que los israelitas entren en la tierra prometida. De los adultos que salieron de Egipto, solo Josué y Caleb terminarían la peregrinación hasta la tierra de Canaán (véase Números 14:30; 26:65).

María murió primero (Números 20:1). La Biblia no declara la razón por la que no se le permitió entrar en la tierra prometida. Quizá fue a causa de su deslealtad en Hazerot (Números 12)

Muy poco después de la muerte de María, los israelitas culparon a Moisés y a Aarón, especialmente a Moisés, por la falta de agua (Números 20:2). Era algo similar a lo que había ocurrido en Refidim, antes de que llegaran al monte Sinaí. Allí habían cuestionado si Dios estaba entre ellos o no, pero él les había mostrado su presencia haciendo que saliera agua de la roca cuando Moisés la golpeó con su vara (Éxodo 17:1-7).

En esta ocasión el pueblo añadió un horrible detalle a su acusación. Lee-mos: «El pueblo contendió con Moisés y le habló, diciendo: "¡Ojalá hubiéramos perecido cuando nuestros hermanos murieron delante del Señor! ¿Por qué, pues, has traído al pueblo del Señor a este desierto, para que nosotros y nuestros animales muramos aquí? ¿Y por qué nos hiciste su-

bir de Egipto, para traernos a este miserable lugar? No es lugar de sementeras, ni de higueras, ni de viñas, ni de granados, ni aun hay agua para beber"» (Números 20:3-5).

¡No habían aprendido nada acerca de la fe, y desearon haber compartido el destino de Coré, Datan y Abiram, y los otros rebeldes (Números 16:17)! De hecho, sus palabras no eran más que un eco de la amarga actitud de Datan y Abiram (Números 16:13, 14).

Afligidos, y sin saber qué hacer, Moisés y Aarón fueron al santuario y cayeron sobre su rostro. Luego apareció la gloria del Señor (Números 20:6), como había ocurrido en anteriores ocasiones de rebelión (Números 14:10; 16:19, 42). Esta señal era ominosa, pues venía después de la escalada de los castigos divinos registrados antes en el libro de Números, que casi habían culminado con la aniquilación de la nación (capítulos 11; 14; 16). ¿Se había acabado finalmente la misericordia de Dios para Israel?

Lo que ocurrió esta vez fue mucho más sorprendente que la destrucción de muchos, o incluso la destrucción de todo el pueblo, algo que podríamos considerar bien merecido. Cuando el Señor apareció a Moisés y Aarón, les dijo que tomaran la vara, congregaran a toda la comunidad, y hablaran a la roca. Como resultado, la roca daña milagrosamente agua para suplir la necesidad de todo el pueblo y sus ganados (Números 20:7, 8).

¿Eso fue todo? ¿Ningún castigo para el pueblo? ¿Simplemente una repetición del milagro realizado en Refídím? ¿Pura misericordia que paga bien por mal? ¿Qué sentido tiene todo esto? Mucho. Max Lucado ha escrito:

«Jamás me ha sorprendido el juicio divino, pero todavía estoy maravillado por su gracia. El juicio de Dios nunca ha sido un problema para mí. De hecho, siempre me ha parecido justo. Relámpagos estallando sobre Sodoma. Fuego sobre Gomorra. ¡Bien hecho, Señor! Los egipcios anegados en el mar Rojo. Ya lo veían venir. ¿Cuarenta años vagando en el desierto para aflojar la dura cerviz de los israelitas? Yo también lo hubiera" hecho. ¿Ananías y Safira? Imagínese usted.

«Es fácil para mí digerir la disciplina. Es lógica y puedo asimilarla. Es manejable y apropiada. Pero, ¿la gracia de Dios? Todo menos eso».¹

A nosotros nos encanta cantar el himno «Sublime gracia», pero, ¿la damos por sentado? Lo que hace asombrosa la gracia es el hecho de que es inmerecida y, por lo tanto, inesperada. ¿Por qué la da Dios? Por una cosa: porque la

¹ Max Lucado, *When God Whispers your Name* (Dallas, Texas: Word, 1994), p. 52.

gracia es parte integral de su amante carácter (Éxodo 34:6, 7). Y por otra: porque la gracia puede ser una poderosa herramienta de «amor duro» para romper la resistencia de corazones empecinados:

«Amados, nunca os venguéis vosotros mismos, sino dad lugar a la ira de Dios, porque escrito está: MÍA ES LA VENGANZA, YO PAGARÉ, dice el Señor. PERO SI TU ENEMIGO TIENE HAMBRE, DALE DE COMER; Y SI TIENE SED, DALE DE BEBER, PORQUE HACIENDO ESTO, CARBONES ENCENDIDOS AMONTONARÁS SOBRE SU CABEZA. No seas vencido por el mal, sino vence con el bien el mal» (Romanos 12:19-21).

Dios había dado a los israelitas amplia demostración de que él tiene el derecho y el poder para tomar venganza. Ahora que ya lo habían comprendido, volvió al *modus operandi* anterior al Sinaí de responder a la actitud antagónica del pueblo tratándolo con inesperada bondad. Además, ahora su atención estaba centrada en la enseñanza de la nueva generación, que necesitaba comprender su gracia.

En la actualidad sigue funcionando el enfoque divino de castigar a sus enemigos con bondad, que estaba diseñado para avergonzarlos por su horrible comportamiento. Hace tiempo, un cantante judío (un director de canto en la adoración) y su esposa, que vivían en Lincoln, Nebraska, fueron víctimas de llamadas telefónicas antisemitas y obscenas. Las llamadas venían de un mago (líder) de la organización racista *Ku Klux Klan*. La pareja hizo algunas investigaciones para saber quién estaba expresando su odio hacia ellos de esa manera. En el proceso descubrieron que el desagradable agresor, alguien a quien no conocían, era un paralítico que no podía ir con facilidad a hacer sus compras de alimentos.

La pareja judía preparó una deliciosa comida para el mago del KKK y se la llevó a su casa. Cuando abrió la puerta, el hombre se quedó tan pasmado, que los invitó a entrar. Ellos siguieron viniendo, y el mago aceptaba con mucha gratitud su amistad. La pareja, en vez de procurar destruirlo, había erradicado la tóxica actitud del mago del KKK.

Esta historia no constituye un caso aislado. George Wallace, gobernador de Alabama, trató de bloquear el movimiento de los derechos civiles en los Estados Unidos. El arma de un asesino puso fin a su carrera política incapacitándolo físicamente. Hacia el fin de su vida, cuando ya no podía valerse por sí mismo, el hombre negro que lo cuidaba lo trató con tanta ternura y bondad, que renunció a su racismo. El prejuicio simplemente no podía sobrevivir en una atmósfera de amor y bondad como aquella.

Por supuesto, todos tienen la libertad de elección. Algunos insistirán ingrata e ilógicamente en ser nuestros enemigos, independiente de lo que hagamos. Pero después de hacer nuestra parte, y habiendo orado: «Padre, perdónalos, porque»no saben lo que hacen» (Lucas 23:34), podemos confiarlos al Señor de la justicia y la misericordia. No necesitamos tomar en nuestras manos la responsabilidad de asegurarnos de que la venganza retributiva se cumpla. Dios puede hacer un trabajo mejor de lo que nosotros jamás podríamos realizar.

Milagros y errores

«Tomó Moisés la vara de la presencia del Señor, tal como él se lo había ordenado» (Números 20:9). Era lavara de Moisés (versículo 11), no la que pertenecía a Aarón, que había florecido y producido almendras, y que él mismo había depositado en el santuario (Números 17). La vara de Moisés, que también debe de haber depositado en el santuario (en «la presencia del Señor»), era la que Dios había utilizado como instrumento para realizar sus maravillas en Egipto, al librarlos del ejército del faraón en el mar Rojo, en el milagro del agua que fluyó de la roca en Refidim, y en la victoria sobre los amalecitas (Éxodo 4. 7-10, 14 17).

La vara de Moisés representaba su identidad (cf. Génesis 38:18). Si hubiera sido rey, habría sido su cetro, símbolo de su autoridad y su poder. Sin embargo, Moisés se refirió a ella como «la vara de Dios» (Éxodo 17:9). Pertenecía a Moisés, pero él pertenecía a Dios. Cuando Moisés apareció ante los israelitas con aquella notable vara, recibieron la fuerte impresión de que algo terrible estaba a punto de ocurrir. ¿Utilizaría la vara para golpear la roca para darles agua otra vez, o los aniquilaría a todos?

En esta ocasión Dios quería que Moisés y Aarón simplemente hablaran a la roca, mientras Moisés sostenía la vara como un recordatorio de lo que Dios había hecho en el pasado (Números 29:8). Al involucrar a Aarón en el milagro, el Señor afirmaría una vez más el liderazgo del sacerdocio aarónico, que el pueblo debería mantener en el futuro. Hablar a la roca, en vez de golpearla, sería un milagro todavía mayor que el que Dios había realizado en Refidim. Era teóricamente posible que cuando Moisés golpeó la roca allí (Éxodo 17:6), el golpe hubiera despegado alguna costra de la roca, abriendo así una fuente subterránea. Si así fuera, podría argüirse que el milagro había consistido en golpear la roca en el lugar preciso. Hablarle, sin embargo, no podría tener ningún efecto físico sin la intervención directa del Señor para mover el material físico.

Moisés había sido increíblemente humilde, paciente y perdonador con aquel pueblo. Dos veces se había negado a aceptar el ofrecimiento divino de hacer de él una gran nación en vez de ellos (Éxodo 32:10-13; Números 14:12-19). Incluso había intercedido pidiendo a Dios que borrara su nombre de los registros divinos si no perdonaba al pueblo (Éxodo 32:32). Ahora Moisés estaba de pie frente a la roca, con la vara de Dios en su mano, mirando a toda la comunidad israelita que reiteradamente había rechazado a su bondadoso Señor y había frustrado los gloriosos planes que tenía para ellos. El recuerdo de su acumulado egoísmo, estupidez, ingratitud y traición abrumaron al gran dirigente.

De repente, perdió el control y gritó: «Oíd, ahora, rebeldes. ¿Sacaremos agua de esta peña para vosotros? Entonces Moisés levantó su mano y golpeó la peña dos veces con su vara, y brotó agua en abundancia, y bebió el pueblo y sus animales» (Números 20:10, 11).

El milagro ocurrió, muy bien, y se resolvió el problema inmediato del agua. Pero no era esa la maravilla que Dios esperaba, la cual lo habría glorificado como resultado de la confianza plena de Moisés y Aarón. En vez de hablar a la roca, Moisés la golpeó, no una, sino dos veces. Aarón no participó en el milagro. Peor aún, lo que ocurrió no envió el mensaje de la misericordia de Dios para su pueblo. Moisés ni siquiera dio el crédito a Dios. Ni él ni Aarón habían logrado llevar a cabo los deseos de Dios como sus siervos y representarlo como santo delante de su pueblo.

Por lo tanto, Dios dijo que ellos no meterían a los israelitas en la tierra prometida (versículo 12). Morirían en el desierto junto con toda la infiel generación adulta que había salido de Egipto. El lenguaje de Números 20:11 implica la seriedad de la ofensa de Moisés: «Moisés levantó su mano y golpeó la peña dos veces». Este es el lenguaje que describe un pecado desafiante, para el cual el sacrificio de animales no proporcionaba ningún remedio (Números 15:30, 31). Aunque Moisés rogó al Señor que le permitiera entrar en Canaán, la sentencia divina era definitiva y terminante (Deuteronomio 3:23-27).

Aarón murió primero, a los cuarenta años de la salida de Israel de Egipto, cuando contaba 123 años de edad (Números 33:38, 39). A pesar de su fracaso, Dios lo honró, llevándolo a la montaña a morir, muy cerca de él. Antes de la muerte de Aarón, Moisés transfirió los ropajes sumo sacerdotales de su hermano a Eleazar, el hijo del sumo sacerdote, evitando de ese modo que las vestimentas sagradas se contaminaran con el cadáver de Aarón. Cuando Moisés y Eleazar bajaron de la montaña sin Aarón, los israelitas hicieron due-

lo por él durante treinta días (Números 20:23-29). El largo período de un mes les dio ocasión de reflexionar. Ellos deberían haber resultado muertos, pero en vez de eso, su intercesor sacerdotal era el que había perecido.

Aarón había sido el primer sumo sacerdote de Israel, y Moisés estaba más cerca de Dios de lo que cualquier ser humano había estado jamás (Números 12:7, 8; Deuteronomio 34:10), excepto Cristo. El hecho de que Dios ni siquiera perdonara a Moisés y a Aarón cuando violaron su sagrada confianza es una lección que debe hacer pensar a todos los cristianos, especialmente a los dirigentes de la obra de Dios. Nunca habrá excusa para desviarse de la senda que Dios ha trazado para nosotros; y cuanto mayores sean nuestros privilegios, nuestro puesto y nuestra influencia, mayores son nuestras responsabilidades.

Cuando yo trabajaba en la construcción en California para ganar dinero para mis estudios, aprendí la diferencia entre un carpintero que tenía un elevado salario y un operario como yo: el carpintero es responsable de cosas que son mucho más costosas de reparar si no las hace bien. Por supuesto, un líder nacional puede cometer errores millones de veces más costosos que los de un carpintero, como enseña la historia con lujo de detalles. Eso era precisamente Moisés: un líder nacional. La forma en que él representaba a Dios delante del pueblo tenía un enorme impacto en la fe de los israelitas, la cual necesitaban desesperadamente de cara a la supervivencia de su nación.

Aunque no seamos líderes como ellos, nuestra influencia afecta la fe de otros, la cual necesitan desesperadamente si esperan ser salvos por la gracia de Dios (Efe. 2:8, 9). ¿Pensamos en eso? ¿Aprovechamos las oportunidades para desarrollar la fe de otros alabando a Dios por lo que ha hecho por nosotros, o nos quejamos como si no estuviera con nosotros? Cuando enfrentamos un problema, ¿tratamos de resolverlo con nuestras propias fuerzas, o invitamos a otros a buscar al Señor en oración porque la carga del liderazgo «reposará sobre sus hombros» (Isaías 9:6, NVI)? ¿Suscitamos preguntas en mentes inmaduras, sin dar respuestas, incitando a quienes nos escuchan a volverse agnósticos? Después de experimentar durante dos años ese tipo de enseñanza, un pariente mío que cursaba estudios de posgrado en teología en una «universidad cristiana» no estaba seguro de seguir creyendo en Dios. ¿O mostramos cómo desarrollar un firme marco de fe, dentro del cual las personas pensantes pueden procesar las inevitables dudas y preguntas que es posible que no se resuelvan antes de la segunda venida de Cristo (Deuteronomio 29:29)?

¡En cierto sentido vivimos nuestra vida de pie, frente a la roca, con Moisés! Agarremos con firmeza la vara que nos recuerda lo que Dios ha hecho por nosotros en el pasado, mientras escuchamos lo que quiere que hablemos para que otros puedan recibir el «agua de la vida» a través de Cristo (Juan 7:37, 38). El agua no procede de nosotros, sino de Cristo: «Y tomaron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que los acompañaba, y la roca era Cristo» (1 Corintios 10:4, NVI).

La explicación del Nuevo Testamento de que la roca representa a Cristo suscita una cuestión importante: para proveer agua vivificante, Dios solo mandó a Moisés golpear la roca una vez: en Refidim (Éxodo 17:6). Esto guarda relación con el hecho de que, a fin de poder proporcionar la vida suprema, «Cristo, habiendo sido ofrecido una vez para llevar los pecados de muchos, aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvación de los que ansiosamente le esperan» (Hebreos 9:28). En lo sucesivo solo necesitamos hablarle para recibir la vida.

Guerra santa

Un hombre que viajaba por una carretera en Estados Unidos, recogió a un adolescente que hacía autoestop. Pocos kilómetros más adelante, el muchacho sacó una navaja y pidió al hombre que le diera su cartera. El conductor, tranquilamente, replicó: «A Charlie no le gustará eso». Un tanto confuso, el adolescente acercó más la navaja al costado del hombre, e insistió: «Deme su cartera». De nuevo el hombre contestó con toda calma: «A Charlie no le gustará eso».

En ese momento, el aprendiz de ladrón sintió un aliento cálido detrás de su cuello y comenzó a escuchar un gruñido lento y sordo. Lentamente giró el cuello para fijarse en el asiento trasero. Horrorizado, se encontró frente a frente con una enorme pantera negra, mascota del conductor. Lleno de terror, le suplicó: «¡Por favor, bájeme de aquí!» El conductor disminuyó la marcha del vehículo y el muchacho saltó antes que se detuviera y, temeroso de perder la vida, huyó a campo través. El último vestigio que el socarrón conductor vio del ladrón fue la espalda que, a toda velocidad, desaparecía detrás de una colina.

El adolescente tenía una navaja, pero el conductor tenía a Charlie. Del mismo modo, el rey cananeo de Arad tenía un ejército, pero los israelitas tenían algo o, mejor dicho, a Alguien, con quien Arad no había contado: Dios.

Cuando los israelitas salieron del monte Sinaí y se aproximaron por primera vez a Canaán por el lado de Cades, podrían haber tomado la tierra prometida por el sur si hubieran cooperado con Dios. Debido a su falta de confianza en él, perdieron aquella oportunidad (Números 14). Casi cuarenta años más tarde, entrar por el sur ya no era una buena opción, porque, al parecer, la situación política en aquella región había cambiado. Por lo tanto, tuvieron que tomar una ruta más larga para invadir Canaán desde el este, a través del río Jordán.

Un obstáculo en la ruta de los israelitas era el reino de Edom. Los israelitas eran parientes de los edomitas, quienes eran descendientes de Esaú, el hermano gemelo de Jacob/Israel (Génesis 25, 26). Así que Moisés rogó al rey de Edom que permitiera a los israelitas pasar por su territorio. Carente de toda hospitalidad fraternal, apoyó su negativa con una demostración de fuerza militar (Números 20:14-21). Los israelitas simplemente se dieron la vuelta y se fueron por otro lado en vez de atacar Edom. Dios dijo a Moisés que él había dado a los edomitas su territorio, así que los israelitas no debían provocarlos ni apoderarse de parte alguna de su tierra (Deuteronomio 2:5).

La historia fue muy diferente cuando el rey de Arad atacó a los israelitas durante su viaje y capturó y retuvo como prisioneros a algunos de ellos (compárese Éxodo 17 con el castigo correspondiente de 1 Samuel 15). Él y su pueblo eran cananeos, no parientes de Israel; pertenecían a las naciones a quienes los israelitas debían despojar para tomar posesión de la tierra de Canaán (Éxodo 34:11-16). Fue el último error del rey de Arad.

«Entonces Israel hizo un voto al Señor y dijo: Si en verdad entregas a este pueblo en mis manos, yo destruiré por completo sus ciudades. Y oyó el Señor la voz de Israel y les entregó a los cananeos; y ellos los destruyeron por completo a ellos y a sus ciudades. Por eso se llamó a aquel lugar Horma» (Números 21:2, 3).

Después de todos los fracasos que los israelitas habían experimentado, incluyendo la derrota a manos de los amalecitas y de los cananeos allí mismo en Horma cuando trataron de invadir Canaán sin Dios (Números 14:45), esta era una importante victoria obtenida por la fe. ¡Dio la esperanza a la nueva generación de que podía conquistar la tierra prometida!

El nombre «Horma» viene de la misma raíz hebrea del verbo que se traduce como «destruir totalmente». Esta raíz se debe a la completa e irrevocable dedicación de personas o cosas al Señor, lo que puede significar que pertenecen al santuario o que son totalmente destruidas (cf. Levítico 27:21, 28, 29; Deuteronomio 2:34; 3:6; 7:2). La naturaleza de tal dedicación explica por qué

Acán se metió en problemas más tarde. Cometió sacrilegio al tomar objetos de Jericó que habían sido dedicados al Señor con propósitos de destrucción; así que compartió la destrucción (Josué 7).

Sin ninguna duda, en ciertos tiempos y lugares, el antiguo Israel libró «guerras santas». Según la Biblia, el Dios viviente que residía con Israel, ordenó, o dio permiso, para aquella destrucción total. La limitó a ciertos enemigos de Israel, quienes habrían destruido a su pueblo si hubieran podido, y cuya iniquidad era completa y total (cf. Génesis 15:16). Dios podría haberlos aniquilado con fuego, como lo hizo con Sodoma y Gomorra (Génesis 19) y como destruirá a los impíos en el tiempo del fin (Apocalipsis 20). Pero decidió usar a los israelitas como sus instrumentos con el propósito de probarlos y enseñarlos a confiar en él (Jueces 3:1-4).

La guerra santa bíblica es similar, en cierta medida, a la *yihad* (incluyendo el así llamado «terrorismo» que Occidente está combatiendo), la cual también implica total destrucción de las personas que pertenecen a un grupo religioso llevada a cabo con toda su capacidad y todos sus recursos porque creen que su deidad lo ha sancionado. Sin embargo, hallamos una diferencia crucial: la *yihad* contra todos los «infieles», en todas partes, no tiene limitaciones de tiempo y espacio. En cambio, el Dios de la Biblia controló personalmente la guerra santa, no haciendo de ella un mandato bíblico, y la limitó a Palestina en el período en que la nación de Israel estaba tomando su territorio y estableciéndose allí. Siendo que la *shekina*, símbolo de la presencia de Dios ya no mora en la tierra, y siendo que el cristianismo es una iglesia, no una nación, no puede haber tal cosa como una legítima guerra santa cristiana en un sentido literalmente militar.

Mira y vive

Los israelitas tuvieron que rodear Edom porque no podían pasar a través de su territorio (cf. Números 20:18-21), prolongando mucho su viaje hasta la frontera oriental de Canaán. El pueblo se impacientó y elevó su queja acostumbrada de que Dios y Moisés los habían sacado de Egipto para matarlos en el 'desierto, donde no había ni alimentos ni agua. Además, añadieron su disgusto por el maná que Dios les había proporcionado cada día: «Ya estamos hartos de esta pésima comida» (Números 21:5, NVI).

En Tabera el Señor había enviado fuego para advertir a los murmuradores (Números 11:1). Ahora envió «serpientes venenosas» para castigar al pueblo, y muchos de los que fueron mordidos murieron. En otras versiones se las llama «serpientes ardientes», que probablemente describe el intenso

dolor causado por su veneno. Como en Tabera, los aterrorizados israelitas suplicaron a Moisés que orara por ellos, lo cual él se apresuró a hacer (Números 20:67; cf. Números 11:2). Durante el incidente en Tabera, Dios había apagado inmediatamente el fuego para beneficio de todos (Números 11:2), pero esta vez condicionó el remedio a la fe de la persona. «Y el SEÑOR dijo a Moisés: Hazte una serpiente abrasadora y ponía sobre un asta; y acontecerá que cuando todo el que sea mordido la mire, vivirá. Y Moisés hizo una serpiente de bronce y la puso sobre el asta; y sucedía que cuando una serpiente mordía a alguno, y este miraba a la serpiente de bronce, vivía» (Números 21:8, 9).

Solo «cuando miraba» podía una persona recuperarse. Si alguien que había sido mordido se negaba a creer en el poder de Dios revelado a través de la obra de su siervo Moisés, tenía completa libertad para decir: «¡Ni piensen que voy a hacer esa estupidez y pretender que voy a sanar simplemente mirando un pedazo de bronce!» No hay problema. Puedes seguir adelante y simplemente morirte de dolor. La elección es tuya. Pero si cambias de modo de pensar antes que sea demasiado tarde, simplemente mira. ¡Era un poderoso incentivo, al menos para dar una oportunidad a la fe!

La serpiente de metal no tenía poder mágico en sí misma (aunque más tarde erróneamente el pueblo la adoró; 2 Reyes 18:4). Mirarla resultaba en la curación de la mordedura de las serpientes solo porque Dios hizo depender el milagro de esa acción, del mismo modo que hizo depender la sanidad de la piel de Naamán de la condición de que se zambullera siete veces en el río Jordán (2 Reyes 5). Realizar tal acción para ser sanado parecería estúpido (y, de hecho, Naamán lo consideró así, versículos 11, 12) a una persona que no creyera en la palabra de Dios.

Sin embargo, ¿por qué hizo Moisés una escultura de una serpiente, la criatura que mordía a los israelitas? En primer lugar, venían frente a frente su problema mirando la representación de él. La clave del asunto no estaba en Dios o Moisés, sino, más bien, en las serpientes que los israelitas habían atraído sobre sí mismos. De hecho, si Dios no los hubiera protegido durante todos aquellos años por todo el camino, habrían sido mordidos por las serpientes o picados por escorpiones en muchísimas ocasiones (Deuteronomio 8:15).

El significado de la serpiente de bronce tiene todavía más profundidad. Una noche, Jesús explicó a Nicodemo: «Nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, es decir, el Hijo del Hombre que está en el cielo. Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que sea levanta-

do el Hijo del Hombre, para que todo aquel que cree, tenga en él vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:13-16).

Igual que los israelitas en el desierto, todos hemos sido mordidos y estamos muriendo, pero si decidimos creer, podemos vivir. Sin embargo, Jesús estaba hablando de la vida y de la muerte eterna, y él está en lugar de la serpiente de bronce.

Jesús dijo que él debía ser «levantado» como Moisés levantó la serpiente de bronce. Se cumplió cuando los soldados romanos lo clavaron y lo levantaron en una cruz de madera, hecha de un árbol. En la ley israelita, el condenado a pena de muerte mediante colgamiento en un árbol, para que quedara suspendido entre el cielo y la tierra, era considerado «maldito de Dios» (Deuteronomio 21:22, 23). Uno pensaría que los apóstoles evitarían la implicación de que Cristo fue maldito de Dios. Pero Pablo lo destaca nítidamente: «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, habiéndose hecho maldición por nosotros (porque escrito está: MALDITO TODO EL QUE CUELGA DE UN MADERO)» (Gálatas 3:13).

Sin embargo, ¿por qué una serpiente representa a Cristo? ¿No representa, más bien, al pecado y a la muerte, porque Satanás usó a esa criatura para engañar a Eva (Génesis 3)? Precisamente. Porque Dios «al que no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que fuéramos hechos justicia de Dios en él» (2 Corintios 5:21).

«¡Imaginemos eso! ¡En cierto sentido, Cristo *llegó a ser* pecado! Él llevó todas las malas pasiones y la degradación egoísta de todos los millones y millones de personas que han vivido en algún momento en este planeta. Con ese abrumador diluvio de miseria derramado sobre él, e identificado con él, como si él fuera la personificación de todo ese mal, se entregó a sí mismo a la destrucción a fin de erradicar el pecado y todas sus consecuencias».²

El remedio de Dios para la mordedura de la serpiente y del más serio problema de la falta de fe debe de haber tenido éxito, porque los israelitas avanzaron para obtener una serie de grandes victorias. La primera victoria implicaba la fe en que el Señor les daría agua y su cooperación cavando un pozo en Beer, que significa «pozo» (Números 21:16-18). Fe, cooperación y agua. ¡Qué refrescante fue eso!

² Roy Gane, *Altar Call* (Berrien Springs, Michigan: Diadem, 1999), p. 77.

Las siguientes victorias fueron los grandes triunfos sobre Sehón, rey de los amorreos, y Og, rey de Basan, cuyos reinos estaban al este del río Jordán (versículos 21-35). Ambos gobernantes atacaron a los israelitas, quienes derrotaron a sus ejércitos a pesar del hecho de que las fuerzas cana-neas eran superiores y de que Og era un gigante (Deuteronomio 3:11). Así, los israelitas tomaron y retuvieron los territorios de ellos. Ahora el pueblo de Dios tenía una base desde la cual marchar a través del río Jordán a la tierra prometida. ¡Ya habían llegado! ¡Por fin!

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Bajo la sombra de la Shekinah
Roy Gane

Capítulo Diez

Armas de destrucción masiva (Números 22-24)

Maldiciones mesopotámicas

Es desconcertante cuando uno intenta decir una cosa, pero le sale otra. En una ocasión, una jovencita norteamericana se comprometió a predicar en una iglesia de habla hispana. Una vez que el pastor la presentó con mucha amabilidad, ella se puso de pie para comenzar a hablar. En su cabeza anglo-hablante, se propuso decir: «*I'm embarrassed and it's the pastor's fault*», lo que en español se diría: «Estoy abochornada, y el pastor tiene la culpa». Sin embargo, en su rápida traducción mecánica, confundió la palabra inglesa «*embarrassed*» con la española «embarazada». Por ello, lo que en realidad dijo fue: «¡Estoy embarazada y el pastor tiene la culpa!»

También Balaam tenía problemas con sus palabras, pero las dificultades de traducción no le impidieron decir algo positivo: Dios no le permitió decir algo negativo porque tomó el control de su boca. La historia de Balaam (Números 22-24) es una de las más extrañas de toda la Biblia.

La Escritura no nos dice mucho acerca de la historia de Balaam, pero en algún momento fue profeta del verdadero Dios. Al parecer, era originario del norte de Mesopotamia (Números 22:5; *cf.* Números 23; Deuteronomio 23:4; el noreste de Siria en la actualidad), donde Abraham y su parentela habían vivido durante un tiempo después de salir de Ur de los caldeos, localidad ubicada en el sur de Mesopotamia (Génesis 11:31). Los parientes de Abraham permanecieron allí (Génesis 24; 25; 28; 31), y quizá Balaam había conocido al Señor a través del contacto con ellos.

En consecuencia, parece haber sido un hombre fundamentalmente bueno y ministro de Dios, hasta que cedió a la avaricia. Su fama como persona en contacto con el poder divino llegó hasta Balac, rey de Moab, que se llenó de terror cuando supo lo que los israelitas habían hecho a los reyes Sehón y Og (*cf.* Números 21).

Los israelitas estaban emparentados con los moabitas, pues estos eran descendientes de Lot, el sobrino de Abraham (Génesis 12; 19). De modo que Dios dijo a los israelitas que no atacaran a los moabitas ni tomaran su tierra, el mismo mandato que les había dado con respecto a los edomitas (Deuteronomio 2:4-9). De este modo, Dios trataba a los moabitas paciente y misericordiosamente como parientes de su pueblo, a pesar del hecho de que ellos se habían alejado de él, hundiéndose en la idolatría. Pero Balac, como el rey de Edom, solo veía a Israel como un peligroso enemigo.

Suponiendo que Moab era la siguiente víctima, ya elegida como blanco en la estrategia israelita, Balac se aterrorizó. En el antiguo Próximo Oriente, por lo general, un rey derrotado tenía poca esperanza de vida. Para salvarse a sí mismo, y a su propia nación, Balac decidió asestar un golpe preventivo. Atacar a los israelitas con las armas convencionales era inútil, porque ya habían derrotado a Sehón, que había sido más fuerte que Moab (Números 21:26-29). Pero Balac detonaría «un arma de destrucción masiva»: Balaam, a quien emplearía para maldecir a Israel. Había otros individuos que podrían lanzar maldiciones, pero Balaam haría el mejor trabajo.

En la actualidad pensamos que una maldición es la que lanza un obrero cuando se da un martillazo en un dedo en vez de darlo en el clavo. La consideramos como un «lenguaje obsceno» o, en algunos casos, «tomar el nombre de Dios en vano» (violar el tercer mandamiento, Éxodo 20:7). Sin embargo, Balac no consideraba la maldición de esa manera, como si Balaam fuera a gritar a Israel una serie de palabras impublicables o improprios antisemitas. Esa forma de expresar el desdén podría desahogar un poco los sentimientos de Balac y hacerlo sentir bien de momento, pero no resolvería el problema. Más bien, el rey moabita consideraba la maldición como un arma real, porque podría desencadenar poderes sobrenaturales y dirigirlos contra sus enemigos, de tal manera que los dañara en realidad (compárense las maldiciones en la ley bíblica: Éxodo 22:28; Levítico 19:14; 24:14-16; Números 5:18-27).

Distinguidos representantes de Moab y de Madián, que era aliada de Moab, visitaron a Balaam con la solicitud del rey Balac y una atractiva oferta económica. El mensaje no nombró a Israel, sino que se refirió a cierto pueblo que había salido de Egipto. Balac expresó su confianza de que una maldición proferida por Balaam podría ablandar al enemigo: «pues yo sé que el que tú bendigas bendito quedará, y el que tú maldigas maldito quedará» (Números 22:6).

La oportunidad era sumamente atractiva. Además de la halagadora confianza manifestada por un monarca de lejanas tierras y la oportunidad de ayudar a una nación entera a mitigar su angustia, estaba la oferta de remuneración. Esa noche Dios dio instrucciones a Balaam respecto a lo que había de decir a los mensajeros de Balac: «No vayas con ellos ni maldigas al pueblo, porque bendito es» (Números 22:12). En realidad, Dios había prometido a Abraham: «Haré de ti una nación grande, te bendeciré, engrandeceré tu nombre y serás bendición. Bendeciré a los que te bendigan, y a los que te maldigan maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra» (Génesis 12:2, 3). Más tarde, después de que Abraham hubiese obedecido la voz de Dios casi hasta el extremo de sacrificar a su hijo Isaac, el Señor confirmó la bendición sobre el patriarca y sus descendientes a través de un solemne juramento por sí mismo (Génesis 22:1-18). ¡Difícilmente puede haber una bendición más firme y permanente que esa!

Aunque Balaam no hubiera estado al tanto de las noticias internacionales ni identificara a Israel como el enemigo de Balac, e, incluso, si no hubiera sabido nada de la bendición de Dios sobre los descendientes de Abraham, el breve mensaje del Señor era suficiente para decidir el asunto en la mente del profeta. Por ello, informó a los mensajeros de Balac la negativa del Señor y los envió de regreso a Moab (Números 22:13). Ese debería haber sido el fin de la historia de Balaam.

Desesperado, Balac no tomó la negativa como respuesta definitiva. Decidió enviar una delegación más numerosa a Balaam con un cheque en blanco para que él pusiera en él la cantidad que quisiera: «Pues sin duda te honraré mucho y haré todo lo que me digas. Ven, pues, ahora, y maldíceme a este pueblo» (versículo 17). Sin embargo, Balaam replicó: «Aunque Balac me diera su casa llena de plata y oro, no puedo traspasar la palabra de Jehová, mi Dios, para hacer cosa chica ni grande» (versículo 18). ¡Desde luego, ahí resuena la voz de un hombre íntegro y de elevados principios!

Balaam ya tenía la respuesta de Dios y debiera haber devuelto inmediatamente a los emisarios de Balac. Pero los invitó a quedarse en la ciudad esa noche, dando a entender así su esperanza de que Dios cambiara de opinión y le permitiera aprovechar la más promisoría comisión de su carrera profética.

Fue un gozo para Balaam escuchar a Dios decir: «Si vinieron para llamarte estos hombres, levántate y vete con ellos; pero harás lo que yo te diga» (versículo 20). Fijémonos en la palabra «si». Balaam habría de ir únicamente si los mensajeros de Balac lo visitaban por la mañana. Esa era la se-

ñal. Pero ellos no lo visitaron. De modo que no tenía razones para ir. Sin embargo, el profeta ignoró la condición que Dios le impuso, enalbardó su asna y se dirigió hacia el palacio del rey moabita. Así desobedeció a Dios y fracasó en la prueba divina de su carácter.

Balaam viajó con sus dos siervos, no con los moabitas, porque, al parecer, no los había alcanzado. Tenía mucha prisa por recuperar el tiempo perdido, porque no quería desaprovechar aquella gran oportunidad. De modo que, casi con seguridad, obligó a su asna a ir lo más rápido posible.

Dios estaba airado contra Balaam, así que «el ángel de Jehová se puso en el camino como un adversario suyo» (versículo 22). Aquí la palabra hebrea «adversario» es *satán*, refiriéndose a una función antagonista. El texto no usa la palabra como el nombre propio de Satanás, es decir, el diablo. En otras partes de la Biblia el ángel o mensajero del Señor que aparece a los seres humanos puede ser el Señor mismo (por ejemplo, Jueces 6:13). Cuando así ocurre, el ángel debe ser Cristo (Jueces 13:18: su nombre es «Admirable»; cf. Isaías 9:6) porque él es el miembro de la Trinidad divina que se ha sumergido en la historia (Miqueas 5:2) para comunicarse con los seres humanos (Juan 1: «el Verbo»). De modo que es muy posible que Balaam se haya encontrado con Cristo, el guardián divino de Israel.

En todo caso, el poderoso ser sobrenatural que estaba de pie en el sendero frente a Balaam tenía una espada desenvainada en su mano, lista para dejarla caer sobre el profeta que tan entusiastamente iba rumbo a Moab a hablar en nombre de Dios sin su permiso. El Señor es duro con los falsos profetas y con los falsos ministros que hacen eso porque hieren a las personas hablándoles falsamente en su nombre, tomando su nombre en vano (cf. Éxodo 20:7). Tales personas son peligrosas porque cometen el delito de «robo de identidad» contra Dios mismo, usando su nombre y autoridad para hacer creer a muchas personas cosas que de otra manera no creerían. El Señor los tiene por responsables bajo una seria acusación. Por ejemplo: «Entonces dijo el profeta Jeremías al profeta Hananías: "¡Escucha ahora, Hananías! Jehová no te envió, y tú has hecho confiar en mentira a este pueblo. Por tanto, así ha dicho Jehová: "Yo te quito de sobre la faz de la tierra; en este año morirás, porque has hablado rebelión contra Jehová" En el mismo año murió Hananías, en el mes séptimo» (Jeremías 28:15-17).

Balaam, que se suponía era profeta de Jehová y, por lo tanto, «vidente», es decir, alguien que ve lo que otros no ven (cf. 1 Samuel 9:9), iba muy deprisa a encontrarse con la muerte porque no vio al ángel del Señor. La humilde asna, sin embargo, sintió la presencia del ser celestial y trató de evadirlo

tres veces. Como Balaam no estaba dispuesto a permitir que los moabitas se fueran sin él, golpeó al animal, forzándolo a seguir adelante.

En el preciso instante en que la ira del profeta se encendió, al punto de que estaba golpeando al asna sin misericordia con un palo, el animal le preguntó por qué lo había golpeado. Sin detenerse a pensar en el hecho de que estaba hablando con un asno, Balaam replicó: «Porque te has burlado de mí — respondió Balaam al asna—. ¡Si tuviera una espada en mi mano, ahora mismo te mataría!» (Números 22:29). ¡Oh, ironía! Alguien esperaba muy cerca con una espada, y él sería el juez para decir quién estaba abusando de quién.

Contra la acusación de Balaam de que el animal le estaba haciendo trampas, el asno respondió: «¿No soy yo tu asna? Sobre mí has cabalgado desde que tú me tienes hasta este día ¿Acaso acostumbro a portarme así contigo? No, respondió él» (versículo 30). ¡Así, el poderoso y brillante Balaam, que se encaminaba a destruir a una nación entera con una sola maldición proferida por sus labios, había perdido una discusión con una asna! El asna podía ver lo sobrenatural, como un profeta. Él no. El animal había dicho la verdad que el Señor había puesto en su boca. Él no. El asna había reaccionado inteligente y lógicamente. Balaam había respondido neciamente, como un asno. Uno esperaría oírlo rebuznar en cualquier momento.

La apabullante y sarcástica ironía de esta historia, en la cual Balaam y su asna intercambian sus papeles, es verdaderamente hilarante. Pero también transmite un poderoso mensaje a quienes neciamente tienen la presunción de ponerse en una ruta de colisión con Dios procurando dañar a su pueblo por cualquier razón (*cf.* Ester 6, donde Aman se porta como un necio e intercambia sus papeles con Mardoqueo). Dios ha puesto la bendición de su nombre/identidad sobre su pueblo (*cf.* Números 6:22-27), de modo que cualquiera que trate de maldecirlo se coloca en plan de ataque contra él.

Cuando Dios abrió los ojos de Balaam y este vio al ángel, cayó sobre su rostro. El ángel del Señor lo reprendió por golpear a su asna y le dijo que el animal le había salvado la vida (Números 22:31-33). Al tratarla mal, Balaam había dado a conocer el lado malo de su carácter: «El justo cuida de la vida de su ganado, pero el corazón de los malvados es cruel» (Proverbios 12:10). La vida es sagrada, y quienes cuidan y preservan la vida animal harán lo mismo, casi con seguridad, con la vida humana. En cambio, aquellos que no tienen escrúpulos en herir a los animales tienden a infligir sufrimientos sobre las personas con más facilidad. Balaam golpeó a su asna porque interfirió con su

avaricia; por el mismo motivo, tampoco se preocupaba mucho por los millares de israelitas cuyo mal buscaba el rey de Moab.

El asna de Balaam protestó: «¿No soy yo tu asna? Sobre mí has cabalgado desde que tú me tienes hasta este día. ¿Acaso acostumbro a portarme así contigo?» (versículo 30). Quizá el principio del milagro de que el asna hablara podría aplicarse a la forma en que las personas se tratan entre sí. «¿No soy tu esposa/esposo/empleado, con quien has vivido/trabajado desde que llegué a ser tuya/tuyo hasta este día? ¿Había yo tenido la costumbre de hacer esto?» En vez de tratar mal a nuestros fieles ayudantes porque pensamos que se han equivocado, ¿por qué no les damos el beneficio de la duda? Quizá tienen razones para hacer lo que hicieron que no hemos visto todavía. ¡Si escucháramos, quizá aprenderíamos algo!

Ahora que estaba atrapado, Balaam le confesó al ángel inmediatamente: «He pecado, porque no sabía que tú te ponías delante de mí en el camino; pero ahora, si te parece mal, yo regresaré» (Números 22:34). «¡Si te parece mal!» ¿Hay alguna pregunta? ¿Qué quiere decir con ese «si», señor Balaam? El falso profeta simplemente debería haberse dado la vuelta y regresado a su casa. Pero a pesar de su casi fatal encuentro con la muerte, en realidad quería seguir su camino hacia Moab.

Sorprendentemente, el Señor permitió a Balaam continuar y hacer lo que quería, pero insistió: «Ve con esos hombres; pero la palabra que yo te diga, esa hablarás. Así Balaam se fue con los príncipes de Balac» (versículo 35; cf. versículo 20). No sería bueno que el avaricioso Balaam obtuviese cuanto quería, del mismo modo que los montones de codornices no fueron buenos para los israelitas en Kibrot-hataava (Números 11). Dios les permitió seguir adelante para instruirlos (si era posible), y probarlos, no porque su voluntad fuera débil. En el proceso el Señor podía contrarrestar las maldiciones de Balaam y revelar a otras naciones lo que significaban las bendiciones de su pueblo.

Bendiciones inesperadas

Cuando Balaam se encontró con su cliente, Balac, se protegió muy bien contra la posibilidad del fracaso en alcanzar las elevadas expectativas del rey. Curándose en salud, expresó lo que podría servirle como una cláusula protectora en el contrato: «Mira, ya he venido ante ti; pero ¿podré ahora decir alguna cosa? La palabra que Dios ponga en mi boca, esa hablaré» (Números 22:38). Sería algo parecido a un médico diciendo a un paciente: «Bien, haremos lo mejor que podamos, pero hay factores que están fuera de nuestro control; por tanto, no podemos garantizar los resultados».

Balaam debería haber dicho: «¡Dios ha bendecido a los israelitas y me ha prohibido maldecirlos; por tanto, los dos estamos perdiendo el tiempo y tú estás perdiendo tu dinero!» ¿Qué pensaba? ¿Que Dios cambiaría su forma de pensar? ¿O que Balac se satisfaría con algo menos que una maldición que realmente dañara a Israel? Atado por los grilletes de la avaricia, Balaam se estaba entrapando en una situación sumamente peligrosa. ¡La avaricia es capaz de hacer que una persona sea peligrosamente ilógica!

El profeta recibió y, según parece, participó, de los sacrificios paganos de Balac, y al día siguiente el rey lo llevó a un lugar pagano llamado Bamot-baal, que significa «el lugar alto de [1 dios] Baal» (versículos 40, 41). Participando en sus prácticas religiosas, Balaam estaba comprometiendo sus principios al conformarse con las formas de adoración de los incrédulos. Obrar así es hacer lo políticamente correcto. Es también la resbaladiza pendiente que conduce con toda seguridad a la idolatría.

No deja de tener interés que los arqueólogos hayan encontrado un antiguo grupo de inscripciones que hablan de Balaam. Datan del siglo VIII a.C. (durante el tiempo de la monarquía israelita), y fueron halladas en paredes de yeso en el sitio llamado Tell Deir Alla, al este del Jordán. El texto recuerda a Balaam como un profeta de los dioses, quienes, de noche, le comunicaban alarmantes mensajes por medio de visiones. El registro lo describe como participante de la religión y la adivinación pagana politeísta. Las similitudes con el registro bíblico son asombrosas.

Bamot-baal era un lugar elevado desde el cual Balaam podía ver un extremo del campamento israelita (versículo 41). ¡Por medio de la «vista» podía dirigir sus maldiciones hacia su objetivo! Con el propósito de invocar favorablemente al Señor, Balaam pidió a Balac que ofreciera un costoso grupo de sacrificios. Por supuesto, Dios dio a Balaam un mensaje que debía proclamar en presencia del rey moabita y sus príncipes. Dios estaba siguiendo el juego a Balaam para lograr sus propios propósitos. Estaba haciendo que todas las cosas resultaran en el bien de su pueblo (véase Romanos 8:28).

El primer discurso inspirado de Balaam se refirió a la petición de Balac de maldecir a Israel, y continuó: «¿Por qué maldeciré yo al que Dios no maldijo? ¿Por qué he de execrar al que Jehová no ha execrado?» (Números 23:8). El profeta señaló a continuación que Israel era especial y que su gente era numerosa. Luego concluyó: «¿Quién contará el polvo de Jacob o el número de la cuarta parte de Israel? Que muera yo la muerte de los rectos y mi fin sea como el suyo» (Números 23:10), identificándose así con el justo Israel.

El rey Balac se enojó muchísimo, pero Balaam simplemente citó su cláusula exculpatoria: únicamente podía decir lo que Dios le indicara. Ahora Balac comprendió lo que quería decir, pero estaba tan desesperado que se negó a darse por vencido. Quizá la cosa iría mejor desde otro lugar, desde el que el profeta pudiera ver menos el campamento israelita para que no quedara impresionado. Así que llevó a Balaam al pico de una montaña (Fisga), y ofreció otro costoso sacrificio de animales.

Balac creía la idea pagana de que podía manipular a las deidades haciendo diversas cosas en diferentes lugares. Pero eso no cambiaría nada. Eso me recuerda aquella ocasión en que mi esposa y yo tratamos de disfrutar de una plácida caminata un sábado por la tarde en un bosque en el norte de California. Yo llevaba a nuestra hijita en un portabebés a mis espaldas, pero, por alguna razón, ella no quería estar allí en aquella particular ocasión, y siguió llorando fuertemente. Yo me volví hacia mi esposa y le dije en tono lastimero: «¡Vámonos de aquí a otro lugar más tranquilo!»

No podemos manipular a Dios. El Señor ve y posee todas las cosas, en todo lugar. De modo que los dones, que no necesita de ninguna manera, no lo inducen a pasar por alto las violaciones que los hipócritas hacen de su divina voluntad (Salmo 50:16-23). El rey moabita quería maldecir a sus parientes, los israelitas, y suponía que Dios era como él (*cf.* Salmo 50:21: «Pensabas que de cierto sería yo como tú; ¡pero te reprenderé y las pondré delante de tus ojos!»). Pero la verdadera senda de la salvación era el arrepentimiento y la aceptación del señorío del verdadero Dios.

Balaam profirió las palabras que el Señor puso en sus labios una vez más. La primera vez había sido una breve advertencia. Como la había ignorado, Balac recibió ahora una dosis mayor. El profeta comenzó afirmando que las bendiciones de Dios son inalterables porque él no es como los seres humanos mudables (Números 23:19, 20). Las siguientes palabras fueron sorprendentes: «No ha notado iniquidad en Jacob ni ha visto perversidad en Israel. Jehová, su Dios, está con él, y ellos lo aclaman como rey» (versículo 21). ¿Y qué pasó con las terribles rebeliones de los israelitas? ¿Ya las había olvidado el Señor? En un sentido, sí, porque él había perdonado a su pueblo como nación. No eran perfectos, pero le pertenecían, y él estaba con ellos. Podía disciplinar a su pueblo, pero no lavaba la ropa sucia delante de los extraños. Del mismo modo deberían arreglar sus problemas y disputas entre ellos los integrantes del pueblo de Dios para evitar, en todo lo posible, difamar a su comunidad y, por lo tanto, ser un baldón para el nombre de Dios en el mundo (*cf.* 1 Corintios 6).

Para Balac era ominosa la expresión: «ellos lo aclaman como rey». Las doce tribus no eran una horda desorganizada de desaliñados matones, con más arrogancia que capacidad para rugir. Constituían un poderoso ejército, con la coordinación central de un gran gobernante. ¡Su Rey era el mismísimo Dios, que los había sacado de Egipto! Por tanto, ningún encantamiento o adivinación podía levantarse contra Israel, que era fuerte como un buey y letal como un león (Números 23:22-24). La advertencia divina era poderosa. Como dijo el salmista: «Entended ahora esto, los que os olvidáis de Dios, no sea que os despedace y no haya quien os libre» (Salmo 50:22).

Alarmado, Balac pidió a Balaam, si no maldecía a Israel, que no lo bendijera. En otras palabras: «Mejor cállate, no sea que hagas más daño». De nuevo Balaam le recordó al rey su cláusula suspensiva. Pero Balac quería cantarle tres faltas a Balaam antes de echarlo. Quizá la cosa iría mejor en otro lugar: la cumbre de Peor, que dominaba el desierto de Jesimón. Así que más animales murieron en vano (Números 23:25-30).

Balaam vio que su oportunidad de disfrutar el estilo de vida de los ricos y famosos se le escapaba de las manos. Así que esta vez no trató de encontrarse con Dios para no recibir un mensaje de él; trató, más bien, de producir un cortocircuito en la conexión divina que le impedía hablar. Quizá podría finalmente pronunciar una maldición, aunque Dios no la apoyara, para hacer creer a Balac que estaba haciendo la labor para el cual había sido contratado. Pero el Espíritu de Dios no tuvo ningún problema para encontrarlo y controlarlo (Números 24:1, 2), del mismo modo que el Espíritu había descendido sobre Eldad y Medad, que profetizaron aunque estaban lejos del santuario (Números 11:26).

Mirando desde lo alto del monte Peor al organizado campamento de los israelitas, que no sospechaban nada, Balaam pronunció un oráculo profético que lo identificaba a él primero: «Dice Balaam hijo de Beor, dice el varón de ojos abiertos; dice el que oyó los dichos de Jehová, el que sabe la ciencia del Altísimo, el que vio la visión del Omnipotente; caído, pero abiertos los ojos» (Números 24:15, 16). Parece un recordatorio de la forma en que vio y escuchó al ángel de Dios y cayó postrado ante sus pies (Números 22:31, 35). Sometido a Dios de esta forma, Balaam podía hablar la verdad. ¡Oh, si hubiera vivido a la altura de estas palabras cuando el Espíritu de Dios no estaba controlando su voluntad (cf. 1 Samuel 19:20-24 y el caso del rey Saúl)!

Balaam siguió expresando alabanzas al campamento de los israelitas y al Rey de Israel; luego repitió que Dios había sacado a su pueblo de Egipto, y advirtió que aquel pueblo era fuerte para aplastar a sus enemigos (Números

24:5-8). Concluyó haciéndose eco de la promesa de Dios dada a Abraham: «Bendeciré a los que te bendigan, y a los que te maldigan maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra» (versículo 9; cf. Génesis 12:3).

Furioso, Balac dijo a Balaam que se largara de allí. El Señor le había impedido recibir honores y riquezas. Pero el profeta le recordó de nuevo al rey su cláusula de escape. Sí, se iría a su tierra, pero primero quería dar a Balac otro oráculo gratuito. El rey había sido advertido de que era peligroso meterse con Israel. Ahora Balaam profetizó explícitamente lo que los israelitas harían a los moabitas (y a otros pueblos) más tarde (Números 24:10-14).

Predicciones del futuro distante

Bajo la inspiración divina, Balaam se identificó de nuevo a sí mismo como el hombre cuyos ojos están abiertos, etcétera. Pero en esta ocasión su vista profética penetró varios siglos en el futuro con asombrosa precisión: «Lo veo, mas no ahora; lo contemplo, mas no de cerca: Saldrá estrella de Jacob, se levantará cetro de Israel, y herirá las sienes de Moab y destruirá a todos los hijos de Set. Será tomada Edom, será también tomada Seir por sus enemigos. Israel realizará grandes prodigios. De Jacob saldrá el vencedor y destruirá lo que quede de la ciudad» (Números 24:17-19).

Como Balaam predijo, el rey David conquistó Moab y Edom (2 Samuel 8). Y mil años más tarde, otra «Estrella» real apareció. De hecho, una estrella señaló su nacimiento (Mateo 2). En el mundo antiguo una estrella podía representar o ser una divinidad. Por ejemplo, entre los primeros sumerios (que habitaron en el sur de Mesopotamia antes de Abraham), el símbolo que representaba a un dios tenía la forma de una estrella. De modo que la estrella de Belén anunciaba con toda propiedad el momento en que el Hijo de Dios entró a formar parte de la raza humana.

David fue un glorioso y exitoso conquistador y gobernante durante varias décadas. Pero a Cristo, el Hijo divino de David, «el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin» (Lucas 1:33). Triunfará no solo sobre una pequeña porción del Oriente Próximo, sino sobre todo el mundo (Apocalipsis 19:11-21).

Es asombroso que Dios diera a Balaam una profecía tan extraordinaria, que debe de haber dejado mudos al rey Balac y a los príncipes moabitas. Obviamente, el Señor estaba alcanzando misericordiosamente a las naciones gentiles a través de Balaam, a pesar de sus motivaciones y su carácter. Si él, los moabitas y sus aliados madianitas podían aprender algo acerca de Israel y de

su Dios, ellos, y otros dentro de su esfera de influencia, tendrían la oportunidad de aceptar el señorío del Altísimo y recibir sus bendiciones.

Siendo que Dios pudo utilizar a Balaam, con todas sus faltas, quizá pueda emplear a otras personas inverosímiles de nuestro mundo moderno para llevar a cabo sus propósitos y preparar el camino para que reciban el evangelio completo de Cristo. Si esto ocurriera, el pueblo de Dios haría bien en fijarse en la imagen de conjunto y aprovechar las oportunidades y no centrar su atención en detalles para condenar y criticar cuando las cosas no se hacen exactamente como nosotros queremos.

Por ejemplo, cuando Mel Gibson produjo la película *La pasión de Cristo*, el hecho de que la película fuera violenta, demasiado mística, o no completamente exacta bíblicamente, ofendió a algunos cristianos. Pero aquella representación impactante, un tanto antihigiénica, conmovió profundamente a la gente, incluyendo a muchos incrédulos, y los llevó a pensar en lo que Jesús sufrió en términos de la característicamente horrible forma de tortura y ejecución de los romanos (aunque no incluía adecuadamente la «segunda muerte», la separación de su Padre, que no se podía filmar), dándoles así ocasión para salvarse del dominio de Satanás. Hablar a otros de Cristo era muy fácil después de la aparición de la película. Mantuve una conversación con el barbero que me corta el pelo, y otra con el mecánico que cambia el aceite de mi coche.

Balaam acabó su discurso pronunciando una sentencia sobre varias naciones (incluyendo los enemigos de Israel), que, a diferencia de Israel, no eran benditas. Después se volvió a su tierra (Números 24:20-25). Su intento de alcanzar la gloria y las riquezas había fracasado. El plan de Balac de salvar a Moab no solo se había venido abajo, sino que le había salido el tiro por la culata: Israel fue bendecido y Moab fue maldecido. Ahora Balac necesitaría encontrar una forma de supervivencia para su territorio con una estratagema no profética.

Parecía que habíamos llegado al fin de su historia cuando Balac y Balaam se fueron, cada cual por su camino. Sin embargo, por desgracia para Israel y para ellos, no había terminado (véase Números 25:31).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Bajo la sombra de la Shekinah

Roy Gane

Capítulo Once

Armas de distracción masiva (Números 25)

Comida y sexo

Cuando uno está programado para un día D —que señala una invasión—, es señal de prudencia estar centrado y preparado para lo que hay que hacer. Los israelitas descansaban junto a la ribera oriental del río Jordán, listos para cruzarlo e invadir la tierra prometida. Sin embargo, en lugar de ejercitarse, se desorientaron y casi fracasó la misión porque fueron demasiado amigables con los aparentemente inofensivos vecinos, quienes, en realidad, eran enemigos mortales.

Los israelitas estaban acampados en Sitim («árboles de acacia») cuando algunas muchachas moabitas se presentaron para invitarlos a sus fiestas. ¡Qué bondadosas y qué hospitalarias eran con los viajeros! La comida no vegetariana fue muy bienvenida (¡en la variedad está el gusto!) para sustituir el conocido maná, y las fiestas con aquellas atractivas visitantes resultaron muy entretenidas.

¡Ah!, un par de detalles: La comida era parte de los sacrificios a los dioses moabitas. Para ser corteses, los israelitas no solamente disfrutaron la comida; también se inclinaron ante las imágenes de varios dioses. Era, obviamente, lo que había que hacer. Seguramente esto no podría ofender a nadie. Pero lo que realmente hacía deseable el culto idolátrico era el hecho de que la liturgia de adoración incluía mantener relaciones sexuales con aquellas seductoras muchachas. ¡Comida y sexo: los caminos de siempre que van directamente al corazón del hombre! Dios creó legítimos deseos por ambas cosas, pero el pecado los secuestra para llevarlos lejos de Dios.

Números 25:1 dice que los israelitas comenzaron a prostituirse con las moabitas. Obviamente se refiere a que se dejaron llevar por su lujuria. Pero, de paso, también adulteraron espiritualmente. Se vincularon con el dios local, Baal-peor, y por lo tanto, violaron su pacto de relación exclusiva, íntima, con el Señor (versículo 3), al quebrantar el primero de los Diez Mandamientos: «No tendrás dioses ajenos delante de mí».

Los israelitas estaban a punto de dejar el desierto y entrar en contacto con los pueblos idólatras, que fácilmente podrían corromperlos. Su contacto con los habitantes locales supondría un reto constante para su fidelidad a Dios. Su primera prueba había llegado, y ya habían fracasado miserablemente. Inmediatamente después de la apostasía con el becerro de oro, el Señor advirtió a los israelitas de este mismo peligro: «Por tanto, no harás alianza con los habitantes de aquella tierra, no sea que cuando se prostituyan siguiendo a sus dioses y les ofrezcan sacrificios, te inviten y comas de sus sacrificios» (Éxodo 34:15). Más tarde el Señor aseguró a los israelitas que tendrían más problemas con la idolatría en el futuro, después de muerto Moisés: «He aquí que vas a dormir con tus padres, y este pueblo se levantará para prostituirse tras los dioses ajenos de la tierra adonde va para vivir en medio de ella. Me dejará e invalidará el pacto que he concertado con él» (Deuteronomio 31:16).

La rebelión dirigida por los espías infieles había hecho que Dios indicara a los israelitas que se pusieran flecos, incluyendo unos cordones azules (o color violeta), en sus vestimentas o túnicas (Números 15:37-40). Explicó que los ayudaría a mantener su relación santa con él al acordarse y obedecer todos sus mandamientos en lugar de seguir las tentaciones de sus ojos y su corazón (versículo 39). Tenían una fuerte tendencia a poner su propio corazón y sus propios ojos, así como las representaciones de sus mentes, emociones, y sentimientos, en lugar de Dios. Las cosas que eran atractivas para ellos eran mortalmente peligrosas, como el fruto de cierto árbol fue para Eva. El pueblo de Dios solamente podría estar seguro si seguía su conducción divina por fe.

¡Nada ha cambiado! Con todo el desarrollo de nuestra educación y nuestro conocimiento, y con la explosión de tentaciones de los sentidos que nos vienen a través de los medios de comunicación, no estamos en menor peligro de seguir nuestros pensamientos y nuestro corazón en lugar del Señor y su voluntad revelada. Es fácil tomar nuestra decisión primero y luego racionalizar cualquier indicación de la Palabra de Dios que sea contraria. Después de todo, nosotros somos mucho más ilustrados que aquellos antiguos profetas hablando a su cultura primitiva. Nadie que haya vivido en otro siglo, ni siquiera el que acaba de terminar, podría entender nues-

tra situación, ni hablar adecuadamente de ella. Los antiguos proyectos simplemente están obsoletos.

¡No! El hombre sabio dijo correctamente: «¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará, pues nada hay nuevo debajo del sol» (Eclesiastés 1:9). Esto no es abogar por una visión global de la historia, sino reconocer que las personas son personas. Así que los adelantos en el conocimiento y la tecnología no alteran la naturaleza básica del ser humano. Los detalles pueden cambiar, pero tenemos el mismo tipo de tentaciones y respuestas. Por eso Cristo pudo ser «tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Hebreos 4:15), pese a que vivió hace dos milenios, durante la época del Imperio romano, antes de los cigarrillos, de los automóviles, y de la Internet. El hecho de que todavía poseamos los mismos rasgos explica cómo la Biblia puede ser una revelación intemporal de los principios divinos, que son tan aplicables a nosotros como lo fueron para las personas de los siglos pasados. Ignorarlos, pasarlos por alto, darles menos énfasis, es miopía, arrogancia y, sencillamente, estupidez.

Ni que decir tiene que, cuando Israel «se acostó» con Baal-peor, despertó la justa indignación del esposo divino (Números 25:3). Cualquiera que pregunta por qué Dios se enojó debería hacerse la pregunta: ¿Cómo me sentiría si llegara a casa y encontrara a mi esposa en la cama con otro? «Porque el hombre enfurecido por los celos no perdonará en el día de la venganza; no aceptará compensación alguna, ni querrá perdonar aunque le aumentes el pago» (Proverbios 6:34, 35). Tales «celos» no son simple envidia. Están justificados. La protección celosa de la intimidad exclusiva en la que ambas partes han consentido es un pacto de amor solemne y permanente. «Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo; porque fuerte como la muerte es el amor y duros como el Seol los celos. Sus brasas son brasas de fuego, potente llama. Las muchas aguas no podrán apagar el amor ni lo ahogarán los ríos. Y si un hombre ofreciera todos los bienes de su casa a cambio del amor, de cierto sería despreciado» (Cantares 8:6, 7).

Hacer responsables a los dirigentes

Cualquiera que escucha las noticias o lee un libro de historia se da cuenta de que las personas política o económicamente poderosas con frecuencia se imaginan que están por encima de la ley y creen que pueden asesinar impunemente. Es como en la antigua Mesopotamia durante el tiempo de los patriarcas. El Código de Hammurabi permitía que los ciudadanos de las clases

sociales altas solo pagaran una penalidad monetaria si mataban a una persona de estatus inferior; pero si un miembro de una clase inferior asesinaba a uno de alto rango, el asesino debía morir. La ley israelita nivelaba el campo de ejecución con el término que podríamos llamar, en el campo de la jurisprudencia criminal, «igualdad de oportunidad de castigo» (Levítico 24:17, 19-22; Números 35:31). Bajo la ley religiosa, un dirigente tenía una responsabilidad adicional ante Dios cuando pecaba, como se muestra en el hecho de que debían traer una ofrenda diferente por el pecado (Levítico 4:22-26, un macho cabrío). La responsabilidad más grande por el pecado recaía en el sumo sacerdote, quien ejercía la mayor influencia religiosa. Su ofrenda por el pecado era equivalente a lo requerido a toda la comunidad (versículos 3-12, 13-21).

Cuando los líderes israelitas cometían equivocaciones dañaban la reputación de Dios o hacían extraviar al pueblo, Dios los hacía responsables por su influencia. Así que Nadab y Abiú, siendo sacerdotes, fueron «quemados» (Levítico 10), María fue castigada con una enfermedad de la piel (Números 12), Coré y sus asociados fueron enterrados vivos o quemados (Números 16), y a Moisés y Aarón se les impidió entrar a la tierra prometida (Números 20). Así que la respuesta del Señor a la apostasía en Sitim junto al río Jordán no sorprende. Dios dijo a Moisés: «"Toma a todos los príncipes del pueblo y ahórcalos ante Jehová a plena luz del día, para que el ardor de la ira de Jehová se aparte de Israel"». Moisés dijo á los jueces de Israel: "Matad cada uno a aquellos de los vuestros que se han juntado con Baal-peor"» (Números 25:4, 5).

La respuesta de Moisés al mandato de Dios deja aclarado que los israelitas fueron los ejecutores de sus líderes tribales (literalmente «cabezas de familias») porque los habían conducido en el camino de la apostasía. Compárese con lo que pasó cuando el pueblo adoró al becerro de oro: Los hombres de la tribu de Leví, quienes eligieron estar del lado del Señor, ejecutaron a sus hermanos israelitas (Éxodo 32:26-28).

El pueblo del pacto de Dios siempre debía desarraigar cualquier idolatría que apareciera entre ellos, sin moderación o compasión con sus parientes (Deuteronomio 13). A primera vista esto puede parecer duro, pero la idolatría quebranta el pacto con Dios que hace posible la supervivencia de la nación. Cualquier israelita que se volvía a otros dioses, o que no decía nada si sabía que otros lo habían hecho, siendo participante silencioso del pecado, ponía en peligro al pueblo entero. Por lo tanto, los demás israelitas tenían que detener a tales individuos en sus caminos, como si fueran un Osama bin Laden blandiendo un arma de destrucción masiva en la ciudad de Nue-

va York. Cualquier israelita que practicaba la idolatría sabía muy bien que solo podría ser enemigo de Dios. Así que cuando él o ella eran detectados, era el momento de una ejecución, no de un estudio bíblico.

Hoy, el pueblo de Dios pertenece a una iglesia, no a un Estado. Así que, obviamente, jamás deberíamos pensar en ejecutar, o tratar de hacerlo, a los miembros de nuestra comunidad espiritual que se extravían e intentan llevarse a otros con ellos. Sin embargo, la reputación del Señor y la integridad de su pueblo y su misión todavía importan. A nadie se le debería permitir descarriarnos del camino de Dios, o inducirnos a asimilarnos, por conveniencia, a otras «comunidades de fe», que marchan al son de tambores diferentes.

Debiéramos seguir el debido proceso (Mateo 18:15-20) para ser responsables, al punto de cortar lazos, si es necesario, con cualquiera que trate de apartarnos de nuestra lealtad al Señor y su misión evangélica para nuestro tiempo (ver especialmente Mateo 28:19, 20; Apocalipsis 14:6-12). Los pastores, maestros, y administradores, en la medida de su influencia, son más responsables. Ellos no son los dueños de la iglesia: solamente trabajan en ella. La iglesia pertenece a Dios y él la gestiona a su manera.

El Señor dijo a Moisés, «Toma a todos los príncipes del pueblo y ahórca-los ante Jehová a plena luz del día, para que el ardor de la ira de Jehová se aparte de Israel» (Números 25:4). La palabra «ahorcar» no significa «estrangular» con una soga, sino «empalar». Era exponer un cuerpo muerto a la vista de todos («a plena luz del día»), como hicieron los italianos con el dictador Mussolini y su amante cerca del fin de la Segunda Guerra Mundial; no es una visión muy agradable y su objetivo era causar una mayor impresión. Compárese con la forma en que los filisteos expusieron el cuerpo decapitado de su enemigo, el rey Saúl, al colgarlo en el muro de Bet-sán, junto con los cuerpos de sus hijos (1 Samuel 31:10, 12).

También encontramos otra historia en la que cuerpos colgados delante del Señor sirvieron para apartar su ira de Israel. Durante el reinado de David hubo una terrible hambre durante tres años consecutivos. Una consulta al Señor reveló que el hambre era resultado de que el rey Saúl había tratado injustamente de exterminar a los gabaonitas, quienes estaban protegidos por un pacto a pesar de ser cananeos (2 Samuel 21:1, 2; Josué 9). Para hacer expiación en el sentido de quitar la culpa a favor de la tierra y su pueblo, Saúl fue castigado después de muerto con la pérdida de algunos de sus hijos y nietos (compárese con el castigo de David: murió su hijo recién nacido de Betsabé en 2 Samuel 12:15-18). Era el castigo de Saúl, pero su fami-

lia continuó llevando la culpa, porque su familia era la continuación corporal de él (*cf.* 1 Reyes 2:31-33). Una vez que fueron colgados y expuestos a la vista de todos, el Señor escuchó el ruego por la tierra, insinuándose con ello que la hambruna había llegado a su fin (2 Samuel 21:3-14).

Las trágicas historias de Sitim y de Saúl tienen en común varios elementos importantes:

1. Los dirigentes recibieron el castigo por los pecados de la comunidad.
2. El castigo consistía en exponer los cuerpos en lugar de sepultarlos inmediatamente.
3. El castigo de los ofensores servía como una clase de «expiación» para aplacar la ira divina.

Esto no era sustitución expiatoria en el sentido de Cristo, quien era completamente inocente y descendía de una «familia» inocente. Él murió en nuestro lugar. Sin embargo, podríamos tomar la ejecución de los descendientes de Saúl en lugar de él como un indicio de sustitución. Durante la década de 1980, yo estaba estudiando el libro de Números en un seminario de hebreo avanzado, en el campus de Berkeley de la Universidad de California. El profesor era Jacob Milgrom, que era rabino. Cuando llegamos a Números 25:4, se sorprendió de poder comprender por qué los seguidores de Jesús podían interpretar el hecho que él fue colgado (sobre una cruz), como un medio de expiación.

Cuando la sentencia del Señor acerca de los dirigentes de Israel estaba a punto de ejecutarse, Moisés y el pueblo lloraron a la puerta del tabernáculo. Lamentaban la caída de aquellos hombres; no la festejaban. Siempre es una tragedia terrible cuando un dirigente elegido, o dirigentes elegidos, son engañados y caen (*cf.* Mateo 24:24).

Expiación a través de la ejecución

Pero había alguien que, lejos de llorar, tenía una actitud muy diferente. A la vista de todos los que lloraban a la puerta del tabernáculo, llegó al campamento un israelita de la mano de una madianita, al campamento (Números 25:6). Obviamente, tenía el propósito de tener relaciones sexuales con ella. El hombre era Zimri, hijo de un jefe de la tribu de Simeón, y ella era Cozbi, hija de un príncipe madianita (versículos 14, 15). Recordemos que los madianitas se habían aliado con los moabitas (Números 22:4-7).

La flagrante e irrefrenable lujuria de Zimri llevó la crisis de la apostasía a una culminación trágica. En el momento en que Zimri llevó a Cozbi al interior de una tienda y comenzaron a estimularse sexualmente entre sí, Finees se levantó y tomó una lanza en su mano. Como hijo de Eleazar, el nuevo sumo sacerdote (ahora que Aarón había muerto), Finees estaba al mando de los levitas guardianes del santuario (*cf.* Números 3:32). Así que sabía qué hacer con un arma. Siguió a la pareja hasta el interior de la tienda y atravesó el cuerpo de ambos con la lanza (Números 25:7, 8). En este punto el texto bíblico da cuenta de las terribles noticias de que, entretanto, el Señor había desatado una plaga, y veinticuatro mil hombres ya habían muerto. Este fue el mayor número de muertos en una sola ocasión en todo el viaje de los israelitas desde Egipto hasta Canaán. Las cosas que estaban en juego eran más elevadas cuando la segunda generación estaba a punto de entrar a la tierra prometida. Tan pronto como Finees ejecutó a Zimri y a Cozbi, la plaga cesó (versículos 8, 9). Como había sucedido años antes, cuando Aarón corrió entre el pueblo con el incensario, la acción rápida de un sacerdote hizo expiación para detener una plaga y salvó a la comunidad (Números 16:46-50).

El Señor anunció, a través de Moisés, una recompensa especial para Finees, quien había salvado a su pueblo mediante una acción pronta y señalada.

«Finees hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, ha hecho apartar mi furor de los hijos de Israel, porque ha mostrado entre ellos un celo como el mío; por eso yo no he consumido en mi celo a los hijos de Israel. Diles, por tanto: "Yo establezco mi pacto de paz con él. Será para él, y para su descendencia después de él, el pacto del sacerdocio perpetuo, por cuanto tuvo*celo por su Dios e hizo expiación por los hijos de Israel"» (Números 25:11-13).

Aunque ya era sacerdote, el Señor le hizo una promesa de que heredaría el sumo sacerdocio, y que pertenecería a sus descendientes para siempre (compárese con Jueces 20:28, donde es sumo sacerdote durante la primera etapa de los jueces). Él había hecho expiación por la comunidad israelita, no ofreciendo un sacrificio que representara la muerte vicaria de Cristo, sino en un sentido, más básico, no sustitutivo, eliminando a los ofensores de la comunidad. Zimri y Cozbi no se beneficiaron de este tipo de expiación.

Como Cristo, Finees fue consumido con el celo del Señor (*cf.* Juan 2:14-17). Ser celoso no es necesariamente algo bueno. Uno puede estar sincera y ardientemente equivocado, como ha pasado con muchos fascistas, comunistas y fanáticos religiosos. Algunas personas son tan celosas que casi echan es-

puma por la boca, y uno se pregunta si han descuidado ponerse la vacuna contra la rabia. Pero está bien permitir al Señor que inspire y controle el celo que esté de acuerdo con sus principios y el adelanto de su misión en el mundo, y necesitamos mucho más de eso. Ahora nuestro celo no involucra empalar a las personas con lanzas; por la gracia de Dios, podemos ayudarlas a comprender las cosas de otras maneras.

El Señor tenía buenas noticias para Finees, pero malas noticias para los madianitas: «Atacad a los madianitas y heridlos, por cuanto ellos os afligieron a vosotros engañándoos con sus ardides en lo tocante a Baal-peor, y en lo tocante a Cozbi, hija del príncipe de Madián, hermana de ellos, la cual fue muerta el día de la mortandad que vino por lo de Baal-peor» (Números 25:17, 18). ¡Pero un momento! ¿Qué es esto de los «ardides», refiriéndose a los engaños o supercherías? Hay que tener en cuenta que el verbo hebreo *ksb*, «mentira/engaño», suena parecido a «Cozbi». Los moabitas y los madianitas deben de haber cooperado en una conspiración para poner en peligro a los israelitas seduciéndolos a la inmoralidad y la idolatría. ¡Qué brillante idea: abrir una brecha entre los israelitas y su Dios! ¡Así él los destruiría!

¿Quién podría ser la mente maestra que concibió tal complot astuto y diabólico? ¿Quién conocía tan bien esa relación entre el Señor y su pueblo? Más tarde encontraremos toda la información. Cuando los israelitas atacaron a los madianitas, ¿quién cree el lector que andaba entre ellos? «También mataron a espada a Balaam hijo de Beor» (Números 31:8). ¿Qué hacía él allí? Lo último que escuchamos de él, es que se había ido a su casa (Números 24:25).

Después de que fracasó al no poder maldecir a Israel, Balaam debe de haber reflexionado mucho sobre la forma de conseguir su recompensa de otra manera: sin la interferencia de Dios. Para Balac, maldecir a Israel solo era un medio potencial para un fin. Lo que realmente le preocupaba era cómo debilitar a Israel para ponerlo a un nivel militarmente asequible. Así que Balaam les ofreció a él y a sus aliados los madianitas otra clase de arma de destrucción masiva: la ira de Dios sobre los israelitas que violaran su pacto (Números 31:16). Todo esto sedujo a veinticuatro mil israelitas a precipitarse hacia sus tumbas a causa de la distracción provocada por algunas mujeres de ojos entornados y comida deliciosa. Y ahora conocemos el resto de la historia.

El éxito final del profeta los condujo a su destrucción. Es como cuando un gran alce macho ataca a un tren en marcha: temporalmente tiene éxito descarrilando las ruedas delanteras. Sin embargo, ese es el final del alce.

Balaam murió hace mucho tiempo, pero el legado de sus peligrosas tácticas todavía pervive. El apóstol Pedro nos previene de personas que «han dejado el camino recto y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó el premio de la maldad» (2 Pedro 2:15). Juan registra un mensaje de Cristo a la iglesia de Pérgamo, que incluye la advertencia: «Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos y a cometer fornicación» (Apocalipsis 2:14).

Nosotros somos tan vulnerables como lo fueron los israelitas. Los peligros no disminuyen a medida que nos acercamos a nuestra tierra prometida. Más bien, a medida que disminuye el tiempo del enemigo, este presenta grandes incentivos para destruirnos por cualquier medio a su disposición (Apocalipsis 12:12). Está librando una «batalla decisiva» y disparando «Ave Marías» por todos lados. Nuestra única seguridad está en permanecer con el Señor. Si él está con nosotros, «¿quién contra nosotros?» (Romanos 8:31). Nada ni nadie puede separarnos de su amor (versículos 35-39).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Bajo la sombra de la Shekinah

Roy Gane

Capítulo Doce

Una nueva generación (Números 26-30)

Reagruparse y avanzar

Un ejército que sufre muchas bajas debe reagruparse y avanzar. Después de la terrible plaga en Sitim, los israelitas necesitaron más organización e instrucciones antes de apoderarse de la tierra prometida. El primer paso fue la repetición de lo que había ocurrido cuarenta años antes, al principio del libro de Números. En ese tiempo el Señor había ordenado la confección de un censo militar de todos los varones israelitas de veinte años o más (Números 1). El total fue 603,550, sin contar a los levitas (versículo 46). Un ejército de ese calibre, por muy esclavos que hubieran sido, debería haber conquistado Canaán.

Dios demostró su poder a favor de la generación que había salido de Egipto con una concentración de milagros más grande de lo que podemos hallar en cualquier otra parte del Antiguo Testamento. Por desgracia, el pueblo nunca desarrolló confianza personal en Dios. Cuando el informe de los diez espías los aterrizó, se negaron a creer que Dios era capaz de darles por herencia la tierra. Por lo tanto, les dio el desierto que eligieron: «En este desierto caerán vuestros cuerpos, todo el número de los que fueron contados de entre vosotros, de veinte años para arriba, los cuales han murmurado contra mí. A excepción de Caleb hijo de Jefone y Josué hijo de Nun, ninguno de vosotros entrará en la tierra por la cual alcé mi mano y juré que os haría habitar en ella» (Números 14:29, 30).

Al final de los cuarenta años en el desierto debía efectuarse otra vez el censo con el propósito de organizar un nuevo ejército con una generación más joven. No incluiría a ninguno de la generación anterior, excepto Josué y Caleb.

Y, ciertamente, cuando los dirigentes de Israel tabularon los 601,730 hombres de veinte años para arriba, no se contó ninguno del censo anterior, excepto Josué y Caleb, los dos espías fieles (Números 26:64, 65). Todos los demás estaban en sus tumbas en el desierto.

En Egipto, la población israelita había experimentado una verdadera explosión, para consternación del faraón (Éxodo 1). Pero en el desierto el número de adultos disminuyó durante los cuarenta años de peregrinación a causa de factores como las plagas por la rebelión contra Dios. A algunas tribus les fue mejor que a otras. La tribu de Simeón, a la cual pertenecía el rebelde Zimri (Números 25:14), menguó muchísimo: de cincuenta y nueve mil trescientos (Números 1:23) a veintidós mil doscientos (Números 26:14). Esto significaba que Simeón recibiría un territorio más pequeño en Canaán, mientras que otras tribus, que habían sido más fieles a Dios y conservaron su número de miembros en el desierto, recibirían una herencia mayor (vers. 52-66).

El informe del censo de la tribu de Rubén nos recuerda que Datan y Abiram, dos representantes rubenitas, se rebelaron contra Moisés como parte del grupo de Coré (que era levita). Murieron como señal de advertencia y ejemplo cuando la tierra se los tragó, y el fuego consumió a los doscientos cincuenta aspirantes al sacerdocio (versículos 9, 10). Ya sabíamos todo eso (ver Números 16). Pero ahora aprendemos algo nuevo e inesperado: «Pero los hijos de Coré no murieron» (Números 26:11). Las familias enteras de Datan y Abiram perecieron con ellos (Números 16:27, 32), así que sus líneas de descendencia fueron instantáneamente interrumpidas como castigo divino. Los hijos de Coré, por otra parte, continuaron viviendo. La Biblia no nos dice la razón. Quizá se debió a que ya habían mostrado su fidelidad a Dios. Esta posibilidad recibe apoyo del libro de los Salmos, en el cual más tarde aparecen descendientes de Coré como autores de algunos de los grandes himnos de fe y alabanza en la Biblia.

Una de sus composiciones es el Salmo 46, que comienza: «Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida y se traspasen los montes al corazón del mar» (Salmo 46:1, 2). El pasaje sirvió como inspiración a Martín Lutero para componer el famoso himno «Castillo fuerte es nuestro Dios». Vemos esperanza para el futuro cuando los hijos de un viejo rebelde eligen seguir exactamente la dirección opuesta y siguen lealmente al Señor. Con su gracia y su sabiduría asombrosas, Dios sabía lo que hacía cuando conservó la vida a los hijos de Coré. Durante miles de años el pueblo de Dios ha sido más fuerte a causa de sus elocuentes palabras de ánimo.

Mantener cerrado el círculo

Las personas que han legado su nombre a un lugar son recordadas mucho tiempo después de su muerte. Alejandría, Colombia y Washington, D.C., mantienen vivos los nombres de personas específicas. El nombre de alguien a quien no se erija un monumento que preserve su memoria, o cuya conexión con un lugar se acabe borrando, puede perderse en el olvido. Por eso, muchos eruditos no creían que un rey Sargón hubiera gobernado el Imperio neosirio, como dice Isaías (20:1). Eso se subsanó cuando los arqueólogos desenterraron la ciudad llamada «La fortaleza de Sargón», que tenía su nombre escrito por todos lados.

Un israelita de nombre Zelofehad tenía un problema que lo persiguió incluso después de muerto. Lo normal habría sido que sus hijos perpetuaran su nombre, que quedaría ligado a una parcela de tierra que ellos heredarían en la tierra prometida. Zelofehad fue bendecido con abundante descendencia, pero el problema es que todas eran hijas. La costumbre israelita no permitía que las mujeres heredaran la tierra. Esa práctica mantenía la propiedad intacta dentro de un clan familiar. De no ser así, una mujer que se casara fuera de su clan llevaría la propiedad a la familia de su esposo, disminuyendo con ello la propiedad de su clan de origen. La tierra era crucial para cada clan, porque les proporcionaba los recursos para vivir en un medio agrícola.

Zelofehad no tendría herencia en la tierra prometida para mantener la memoria de su nombre (Números 27:1-4). Los antiguos israelitas consideraban a sus hijos como una prolongación de su vida, en el sentido de que eran portadores de su identidad. La sociedad consideraba tan importante la descendencia que si un hombre moría sin hijos, su hermano debía tener un hijo con la esposa de su difunto hermano, y todos considerarían al hijo como si fuera del hombre muerto (véase Génesis 38; Rut 4). De hecho, una ley del Señor sostenía y regulaba la costumbre del matrimonio del cuñado (Deuteronomio 25:5-10).

En la moderna cultura occidental aplicamos correctamente los principios de Dios de respeto a los muertos y el cuidado de las viudas en otras formas. Cuando estudiamos las leyes bíblicas, nos metemos en problemas si solo leemos y obedecemos. Debemos leer y pensar antes de hacer algo, como aconsejó Pablo al joven Timoteo cuando le pidió que usara correctamente la palabra de verdad (2 Timoteo 2:15).

Naturalmente, el destino que le esperaba a Zelofehad fue causa de preocupación para sus hijas, quienes consideraron que aquello era una injusticia.

Era verdad que el padre de ellas había pertenecido a la generación que Dios había condenado a morir en el desierto, pero los descendientes de los demás que habían perecido tendrían su propiedad. No deberíamos confundir a las jóvenes hijas de Zelofehad con las modernas feministas de la actualidad: las primeras luchaban, fundamentalmente, por los derechos de su padre.

Las hijas se sintieron suficientemente confiadas como para presentar su caso ante Moisés y los otros líderes de Israel, quienes las escucharon respetuosamente. Los dirigentes no decretaron una decisión contra ellas simplemente siguiendo las costumbres antiguas. Lo que hicieron fue buscar el consejo del Señor. Y Dios coincidió de inmediato con la solución propuesta por las hijas de Zelofehad, es decir, que la herencia de su padre debía adjudicárseles a ellas, como si fueran varones. De hecho, Dios convirtió el caso de ellas en un precedente de lo que debería hacerse en el futuro si un hombre moría sin un hijo varón (Números 27:4-11). En Números 36 Dios añadió que las hijas de un hombre que muriera sin hijo varón deberían casarse dentro de su propio clan con el propósito de preservar la propiedad dentro de ese grupo.

Es fácil para una lectora moderna desestimar la importancia de este pasaje bíblico, a no ser que sea africana. Según la ley consuetudinaria africana, una mujer no puede heredar, ni siquiera de su esposo. De modo que si una mujer enviuda, los parientes de su esposo toman la propiedad que ella compartía con su esposo, la cual es, con frecuencia, su única fuente de ingresos para vivir. Ella puede regresar a vivir con sus propios parientes de sangre, si ellos están dispuestos a sostenerla. En muchos casos, sin embargo, no tiene ningún lugar adonde ir y se ve obligada a hacer frente a dos terribles opciones: o morir de hambre o entregarse a la prostitución, con el riesgo de morir de sida mientras contribuye a la difusión de la terrible enfermedad. Un cambio en las leyes de la herencia, en armonía con los principios legales internacionales de no discriminación reconocidos por los tratados a los cuales los gobiernos africanos se han adherido, salvaría muchos miles o, quizá, millones de vidas. Pero los tribunales rutinariamente fallan contra las mujeres siguiendo las leyes consuetudinarias.

Una tranquila sucesión del liderazgo

El legado de Zelofehad estaba asegurado, pero, ¿qué decir en cuanto al de Moisés? En este caso, no se trataba de la herencia de una propiedad, sino de la continuación del liderazgo después de su muerte, que se produciría muy pronto. Fiel a su naturaleza, Moisés estaba más preocupado por su pueblo

que por él mismo. Por tanto, pidió al Señor que señalara un líder, «que salga delante de ellos y que entre delante de ellos, que los saque y los introduzca, para que la congregación de Jehová no sea como rebaño sin pastor» (Números 24:17).

Habiendo sido pastor durante muchos años (Éxodo 2, 3), Moisés sabía que las criaturas necesitan alguien responsable que las guíe, alguien que no fuera él, quien, por accidente, había llevado un rebaño de ovejas fuera de su redil y trató en vano de volverlas a meter. Moisés también había pastoreado a Israel en el desierto durante varias décadas. Sin él, habrían perecido varias veces.

Como hombre sabio colocado en una posición de autoridad, podría simplemente haber seleccionado a alguien cercano a él. Pero no confió en su propia sabiduría para tomar una decisión tan importante. No debería haber nepotismo ni política barata. Más bien, Dios mismo nombró al hombre que había elegido, como lo había hecho con Moisés.

Josué, el ayudante de Moisés, fue el hombre que Dios eligió (Éxodo 24, 32, 33; Números 11). Su hoja de servicio era impresionante, pero Dios lo nombró por una cualidad mucho más importante: «Toma a Josué, hijo de Nun, hombre en el cual hay espíritu, y pon tu mano sobre él» (Números 27:18). Aquello indicaba que ya había estado permitiendo que el Señor lo guiara y lo dotara de poder a través de su Santo Espíritu mientras llevaba las cargas y hacía frente a los desafíos de sus responsabilidades. No estaba recibiendo el Espíritu ahora para calificarlo para el trabajo (cf. Números 11). Su hoja de servicios con el Espíritu mostraba que conduciría a los israelitas al lugar donde Dios quena, no en otra dirección. Josué sería un fiel pastor, como lo había sido Moisés.

Una ceremonia elegantemente sencilla, pero poderosa, confirmó el liderazgo a Josué. Moisés puso sus manos sobre Josué, transfiriéndole simbólicamente la autoridad para que comenzara inmediatamente a compartir el poder con el viejo líder (Números 27:18-23), sistema que aseguraría una suave transición después de la muerte de Moisés, sin dar ocasión a que nadie intentara usurpar el poder, como habían intentado Coré y sus asociados.

Si Moisés hubiera sido rey, Josué habría sido corregente con él. Pero los dos recibían sus órdenes del Rey divino. Josué no hablaría cara a cara con Dios como lo había hecho Moisés (cf. Números 12:8; Deuteronomio 34:10), pero recibiría indicaciones a través del oráculo divino de Urim y Tumim administrado por el sumo sacerdote (Números 27:21; cf. Éxodo 28:30). Dicho procedimiento implicaría una estrecha colaboración entre las autoridades ci-

viles y religiosas como modelo para el futuro liderazgo después de la muerte de Josué.

Moisés quería evitar una situación en la cual los israelitas quedarían como ovejas sin pastor. Más de un milenio más tarde, Jesús encontró a su pueblo en esa condición: «Al ver las multitudes tuvo compasión de ellas, porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor» (Mateo 9:36). Jesús, el Buen Pastor, que ha dado su vida por sus «ovejas», invita a todos a acudir a él y a entrar en su «redil» (Juan 10), y rescata a los que están perdidos (Lucas 15:4-7). También comisiona dirigentes que cuiden de sus «ovejas» (Juan 21:16, 17). Quiera Dios que, al participar en el ministerio pastoral, tengamos el corazón fiel, la conducción del Espíritu, la fortaleza protectora y la ternura nutricia para el rebaño como la tuvieron Moisés, Josué y Jesús.

Cumplimiento de nuestra cita con Dios

Cuando yo era estudiante en la universidad (teología, con especialidad en música) en el Pacific Union College, de Angwin, California, estaba previsto que hablase una noche en el servicio de consagración en la capilla anexa a uno de los internados de señoritas. Como no tenía una agenda formal para anotar mis compromisos, escribí la información en algún lugar, pero, de alguna manera, le perdí la pista y olvidé mi compromiso. Pocos meses más tarde yo estaba practicando el piano en mi casa y recibí una inquietante llamada telefónica: el culto ya había comenzado, pero ¿dónde estaba el orador? Les pedí que cantaran unos pocos himnos más mientras llegaba.

Me cambié rápidamente de ropa, y, de un salto, me metí en mi Saab de 1967. Pero el viejo coche no quiso ponerse en marcha. Lleno de pánico, corrí a toda velocidad por el sendero que conducía al lugar de reunión, ascendí jadeante la colina sobre la cual se encontraba la capilla y llegué enojado, resoplando ruidosamente y sudando a chorros, justo a tiempo para ver a un centenar de estudiantes abandonando la capilla. Entre ellas estaba la hermana de una señorita a quien yo estaba cortejando. Completamente mortificado, evité encontrarme con ella y con cualquier otra persona, me dirigí a mi casa, e inmediatamente puse el Saab en venta.

Cuando uno concierta una cita, especialmente con el Señor, es preciso que sea organizado. Es muy útil tener una agenda en forma de libro con un calendario de citas. Eso es precisamente Números 28, 29. Levítico 23 ya había dado instrucciones para la observancia de los sábados semanales y, especialmente, para las fiestas anuales. Números 28, 29 proporciona una lista

completa de sacrificios que la comunidad israelita debía ofrecer al Señor cada día, cada sábado, el día primero de cada mes, y en los festivales anuales.

La adoración sacrificial regular en tiempos sagrados fijos recordaría a los israelitas su relación de pacto con Dios. El hecho de poner esa lista en el libro de Números refuerza la idea de que la generación más joven, que estaba a punto de entrar a poseer la tierra prometida, debía mantener a su justo y misericordioso Señor en un lugar supremo en su mente y su corazón.

Algo fundamental para todo el sistema sacrificial eran las ofrendas encendidas de un cordero macho cada mañana y otro, como el último sacrificio del día, por la tarde (Números 28:1-8; como un eco de Éxodo 29:38-42). Ofrendas de cereales y libaciones acompañaban a cada uno de esos sacrificios para preparar una comida completa para el Señor (*cf.* Números 15). Cualquier otro sacrificio que se ofreciera era algo adicional a la ofrenda encendida regular. Servía como el «alimento» diario del Señor (Números 28:2), del mismo modo que los antiguos pueblos del Oriente Próximo servían a sus dioses dos comidas cada día, el mismo número de veces que los seres humanos comían en aquellos días. Sin embargo, los no israelitas pensaban que sus dioses necesitaban en realidad el alimento humano:

«En el mito ugarítico de Baal, cuando el dios Ilu (El) ve a la diosa Atiratú viniendo hacia él, le dice: "¿Tienes hambre de verdad?, pues has estado caminando". En la épica babilónica Atrahasis, los dioses sufrieron de hambre y sed durante el gran diluvio porque no había seres humanos que les ofrecieran los sacrificios. Así que cuando, con posterioridad, Atrahasis (el símbolo de Noé) ofrece su sacrificio, los dioses huelen la ofrenda (compárese Génesis 8:20-21) y se amontonan como moscas. A diferencia de Yahveh, disfrutaban el olor porque les promete el fin de su hambre. En una oración, el rey hitita Mursil usaba la necesidad que los dioses tenían de comida como argumento para pedir que quitaran una plaga de su tierra, pues de otra manera sufrirían porque no habría seres humanos que los sirvieran. En cambio, el Dios de Israel no necesita que los seres humanos ofrezcan sacrificios para alimentarse (Salmo 50:12, 13)».¹

A diferencia de las ofrendas paganas, las que los israelitas presentaban eran solamente una prueba simbólica de fe en él y de comunión con él. Él es la fuente y el sustentador de toda vida física, mental y espiritual. Por ello, las

¹ Roy Gane, «Leviticus», en *Zondervan Illustrated Bible Backgrounds Commentary on the Old Testament* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, Forthcoming), tomo 1, sobre Levítico 1: 9.

almas de los hijos de Coré tenían hambre y sed de él (Salmo 42:2) y sus corazones y su carne cantaban de gozo (Salmo 84:2).

El sacrificio fundamental era un cordero. De modo que no sorprende que el exaltado «Poema del Siervo Sufriente» de Isaías compare al Mesías sufriente de Dios con un cordero que sufre en silencio por todos nosotros que nos hemos apartado como ovejas (Isa. 53:6, 7). También fue muy apropiado que Juan el Bautista anunciara primero públicamente a Jesús como «El Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29). Es como si hubiera dicho: «¡Aquí está el que cumple todo el sistema sacrificial israelita!»

El descanso sabático fundamental en el séptimo día de cada semana no era una observancia ceremonial dependiente del sistema ritual. Precedía al sistema ritual y celebraba el «cumpleaños» de la creación del planeta tierra (Génesis 2:2-3; Éxodo 16:22-30; 20:11; 31:17). Sin embargo, el sistema ritual honraba el sábado mediante el sacrificio de dos corderos adicionales (Números 28: 9, 10) y por la renovación de los «panes de la proposición» dentro del santuario (Levítico 24:8).

Cada luna nueva, que daba el comienzo a los meses, los sacerdotes presentaban un grupo de ofrendas quemadas adicionales y una ofrenda de purificación. Junto con sus acompañamientos de cereales y libaciones eran, al parecer, como un suplemento de la ofrenda encendida de la mañana (Números 28:11-15). Las lunas nuevas eran muy significativas porque el calendario israelita era, básicamente, lunar, construido sobre la órbita mensual de la luna alrededor de la tierra (Éxodo 12:2); no obstante, se ajustaba periódicamente al ciclo anual de la tierra alrededor del sol.

En el cuarto día de la creación el Señor había asignado a los cuerpos celestes la función de estructurar el tiempo humano sobre el planeta Tierra, sirviendo «para separar el día de la noche, que sirvan de señales para las estaciones, los días y los años» (Génesis 1:14). Por tanto, la adoración en las lunas nuevas celebraría al Señor como creador y sustentador de nuestro sistema solar y del tiempo. Si bien los sábados también honran al Creador y estructuran el tiempo (semanas), tuvieron su origen en el ejemplo y la palabra de Dios (Génesis 2:2, 3; Éxodo 20:8-11) y no en el movimiento de ningún cuerpo celeste.

Era importante para los israelitas reafirmar periódicamente el señorío creador de Dios sobre los cuerpos celestes porque otros pueblos del antiguo Oriente Próximo adoraban al sol, la luna, los planetas, y las estrellas como deida-

des. De hecho, la familia de Abraham provenía de una sociedad adoradora de la luna en Mesopotamia.

Isaías 66:22, 23 profetiza que todo el pueblo de Dios vendrá a adorarlo en las lunas nuevas y en los sábados en «los cielos nuevos y la nueva tierra». Siendo que el significado básico de las lunas nuevas y los sábados semanales era la celebración de Dios como Creador, su relevancia sobrevivirá al problema del pecado. En su visión de la tierra nueva, Juan vio otro acontecimiento natural mensual, don del Creador: «En medio de la calle de la ciudad y a uno y otro lado del río estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones» (Apocalipsis 22:2).

Números 28:16 hasta el final del capítulo 29 presenta una lista adicional de sacrificios que debían realizarse en los festivales anuales (*cf.* Levítico 23:4-43). El festival de primavera incluía la Pascua, la fiesta de los Panes sin levadura y la fiesta de las Semanas (Pentecostés). Los festivales de otoño consistían de la fiesta de las Trompetas, el Día de la Expiación y la fiesta de las Cabañas. Cada festival tenía sus ofrendas encendidas adicionales y sus acompañamientos, más una ofrenda de purificación para hacer expiación por el pueblo. Las ofrendas quemadas también proporcionaban expiación (Levítico 14; 16:24), pero las ofrendas de purificación se centraban especialmente en la eliminación del pecado (por ejemplo, Levítico 4).

Las ofrendas encendidas a favor de la toda la comunidad israelita cada día del año, más las ofrendas adicionales de purificación durante los festivales anuales (incluyendo el Día de Expiación), proporcionaban al pueblo de Dios algo así como una cubierta expiatoria. Es cierto que los individuos también debían traer sus propios sacrificios al santuario y recibir el perdón de Dios (Levítico 4; 5), pero los sacrificios públicos los cubrían antes de que pudieran llegar al santuario. Recuérdese que cuando los israelitas se distribuyeron en la tierra de Canaán, Dios requirió que todos los varones comparacieran ante él tres veces al año: La fiesta de los Panes sin levadura, la fiesta de las Semanas y de la cosecha, y la fiesta de las Cabañas (Éxodo 23:14-17; 34:22-24).

La relación entre la expiación de la comunidad, en sentido colectivo, y del individuo que enseñaba el sistema sacrificial israelita nos ayuda a comprender la conexión que existe entre la cubierta expiatoria que Cristo nos proporcionó gratuitamente a todos cuando murió en la cruz (Romanos 5:15, 16; 2 Corintios 5:19) y nuestra experiencia individual de expiación cuando recibimos el don de Cristo por la fe (Romanos 5:17; 2 Corintios 5:20; Efesios

2:8). Cuando Cristo murió, compró de nuevo nuestro mundo (Juan 12:31) para que sus habitantes pudieran sobrevivir y dar a todos la oportunidad de tener la vida eterna, bajo la condición de creer personalmente en él (Juan 3:16). Si Cristo no hubiera muerto así, no habrían existido bases para que la raza humana siguiese existiendo. Los que rechazan a Cristo y se ríen de él, por lo general no se dan cuenta de que sin su sacrificio ni siquiera estarían vivos.

Cuando pecamos, nos encontramos bajo la obligación de confesar el pecado para que podamos recibir perdón y purificación (Levítico 5:1,5, 6; 1 Juan 1:9). Sin embargo, lo que Cristo hizo en la cruz por todos nos protege antes de que tengamos la oportunidad de reconocer nuestra culpabilidad.

Esto contesta una pregunta que ha dejado perplejas a muchas personas: ¿Qué ocurre si muero inmediatamente después de pecar, sin tener la oportunidad de confesar el pecado? Suponga que usted va conduciendo su coche y alguien se le atraviesa de forma tosca y peligrosa. Dominado por una justa indignación, usted hace un gesto o dice algo que no debería decir o hacer. Luego, sobreviene un choque, y su vida termina en un trágico accidente. ¿Está usted eternamente perdido porque la última cosa que hizo fue un pecado, y no lo confesó porque usted murió en ese mismo instante? No, si usted ha continuado aceptando a Cristo como su Salvador. Su sacrificio lo cubre a usted hasta que pueda confesar. Si usted no puede confesar, no estaría perdido por eso. Dios amó tanto al mundo que dio a su Hijo unigénito (Juan 3:16). Él no está esperando que cometamos un error para dejarnos caer el hacha al instante, frotarse las manos con entusiasmo, y decir: «¡Los pillé!»

Los festivales celebraban aspectos agrícolas e históricos de las relaciones entre Dios y su pueblo. Mediante su poder creador, les proporcionaba alimento en la cosecha temprana (la fiesta de las Semanas) y la cosecha tardía (la fiesta de las Cabañas). La generosa cantidad de sacrificios ofrecidos durante la fiesta de las Cabañas era una acción de gracias especial al final de la época de la cosecha. Por su poder redentor, que incluía su control sobre la creación, Dios los había libertado de Egipto (las fiestas de la Pascua y los Panes sin levadura) y sostenido en el desierto (la fiesta de las Cabañas). Dios era aclamado como su Rey divino (Trompetas), y él juzgaba entre sus súbditos leales y los desleales cuando era vindicada la justicia de su trato con los que se equivocaban (Día de la Expiación). Los israelitas mostraban su lealtad al Señor en el Día de Expiación humillándose con abnegación (ayuno, etc.) y centrando su atención en la fase final de la expiación por ellos, absteniéndose de todo tipo de trabajo (Números 29:7; cf. Levítico 16:29-31;

23:26-32). El sábado ceremonial del Día de Expiación era como el sábado semanal en que los israelitas no debían hacer ninguna obra servil. Otros sábados ceremoniales permitían hacer algunos tipos de trabajos (como el trabajo doméstico) que no eran parte de la ocupación de la persona (Números 28:18, 25, 26; 29:1, 12, 35).

Si bien nosotros no podemos guardar los festivales bíblicos en la actualidad, porque el sistema ritual al cual pertenecían ya no existe; podemos aprender mucho de ellos. Sería bueno que apartásemos tiempo especial para celebrar la soberanía de Dios y el cuidado sostenedor y la liberación que nos proporciona. Jesús ya nos ha provisto la Pascua transformadora, la Cena del Señor, para ayudarnos a recordar la redención que él nos ha provisto a través de su sacrificio, hecho una vez para siempre. Al participar del cereal y las libaciones que acompañaban a los sacrificios, que lo representaban a él, aceptamos su sacrificio como nuestro Cordero pascual (Mateo 26:17-19, 26-29; 1 Corintios 11:23-26; 5:7; cf. Éxodo 12).

Cuando las promesas no pueden cumplirse

La joven, hija de padres misioneros, se había mudado de la India a los Estados Unidos. Ahora era novia de un buen joven y estaba segura de que se casarían en un futuro no muy lejano, cuando hubieran terminado su formación académica. Entusiasmada, la joven prometió a una amiga hindú que ella sería la dama de honor en la boda. El romance prosperó mucho más rápido de lo que habían esperado, y la pareja se casó menos de un año después. En ese momento de su vida, los contrayentes no tenían dinero más que para lo mínimo, y no pudieron traer a la amiga desde la India para que participara en la boda. Así que la novia escribió una carta pidiendo disculpas porque había pedido a otra amiga que fuera la dama de honor. La muchacha hindú no contestó y nunca más se comunicó con ella.

¿Qué ocurre si hacemos una promesa y luego descubrimos que no podremos cumplirla? Esa situación produce muchas frustraciones y hiere muchos sentimientos. Si la promesa se ha hecho a Dios, la situación es todavía más seria. Números 30 ayuda a las personas a resolver este tipo de problemas.

Para un lector moderno las instrucciones divinas que se encuentran en Números 30 podrían parecer sexistas. Si un hombre o una mujer independiente (viuda o divorciada) hacían un voto al Señor, debían cumplir indefectiblemente su promesa. Sin embargo, el voto o juramento de una mujer joven que todavía viviera en la casa de su padre, o de una esposa que viviera con su esposo estaba sujeto a la aprobación del padre o del esposo el

día que él lo escuchaba. Si no decían nada en ese momento, ellas estaban ligadas por su obligación. Pero si él presentaba objeciones y no permitía que ella cumpliera su voto o su juramento, la liberaba de su promesa y el Señor prometía perdonarla de inmediato. Es el único caso de perdón estatutario en la ley israelita.

¿Está la Biblia influida por algún prejuicio contra la mujer aquí? El hecho de que las mujeres independientes sean tratadas como hombres indica que el asunto no se trata simplemente de géneros. Es, más bien, la relación social entre una mujer y su padre o su esposo, quienes tienen jurisdicción sobre ella en lo tocante a un voto que podría afectarlos.

La sociedad israelita consideraba al hombre responsable de los asuntos legales, incluyendo las transacciones que tenían que ver con la propiedad. Por ello, si una hija o una esposa hacían un voto relacionado con una transferencia de propiedad, incluso una transferencia al Señor, necesitaba contar con la aprobación del hombre bajo cuya autoridad estaba para poder cumplir su promesa. Si ella lo presionaba para que aceptase, pero él lo hacía de mala gana, podrían producirse problemas y resentimientos en el hogar. Si él se negaba a cooperar, y ella no podía cumplir su promesa, sería culpable de un grave pecado. Dios previó ese problema liberando a las mujeres de las obligaciones si el hombre bajo cuya autoridad estaban no estaba dispuesto a cooperar con ellas.

«El esposo tiene la autoridad de confirmar o de anular cualquier voto o juramento de abstinencia que ella haya hecho» (Números 30:13, NVI). El pasaje se refiere al voto de abstinencia física, que podía incluir un voto de abstenerse de relaciones sexuales por un tiempo. Obviamente, el cumplimiento de esa promesa requeriría la disposición del esposo y él podría resentirse si se sintiera forzado a una situación que no aceptaba. De nuevo, Dios creó una forma de evitar problemas entre hombres y mujeres. Similarmente, el apóstol Pablo reconoció la necesidad de que los esposos y las esposas cooperen en el aspecto de la sexualidad:

«El marido debe cumplir con su mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con su marido. La mujer no tiene dominio sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido dominio sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente en la oración. Luego volved a juntaros en uno, para que no os tienta Satanás a causa de vuestra incontinenencia» (1 Corintios 7:3-5).

Hay dos cosas notables en Números 30. En primer lugar, el Señor podría haber insistido en su derecho, como Dios y Rey, a requerir el cumplimiento de los votos hechos a él y de los juramentos realizados en su nombre, sin importar las consecuencias para los demás miembros de la familia. Pero él estaba más preocupado por la armonía en los hogares israelitas que por sus propios derechos.

En segundo lugar, el Señor estaba trabajando con una sociedad antigua. Él no hizo la sociedad, pero la reguló con el propósito de mejorar las condiciones y resolver los problemas. Aunque él es supremamente poderoso, no se involucra en la ingeniería social, tratando de derribar la forma patriarcal de hacer las cosas. En los tiempos modernos hemos visto cuan destructiva puede ser la ingeniería social. El hecho de forzar a las sociedades rusa o china a amoldarse al comunismo destruyó la vida de muchos millones de personas. Se estima que bajo el liderazgo de Mao murieron setenta y cinco millones de ciudadanos chinos. Mientras enseñábamos cursos de extensión, mi esposa y yo pasamos hace poco varias semanas en Rumania, y vimos que este hermoso país y su sociedad todavía no se han recuperado de los estragos del comunismo, al que puso fin una revolución ocurrida en 1989.

Al tratar de alcanzar a personas de diversas culturas con el mensaje del amor de Dios, podemos aprender mucho de la sabia y generosa actitud divina. En el proceso de recibirlo a él y vivir según sus principios, los demás no necesitan llegar a ser exactamente como nosotros. La lealtad genuina a Dios puede florecer en una amplia variedad de contextos culturales.

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Bajo la sombra de la Shekinah

Roy Gane

Capítulo Trece

**Una mirada hacia el pasado
y otra hacia el futuro
(Números 31-36)**

Venganza divina

Él Señor quiso que, antes de morir, Moisés ultimase ciertos asuntos que estaban pendientes: «Ejecuta la venganza de los hijos de Israel contra los madianitas; después irás a reunirse con tu pueblo» (Números 31:2). El mandato de Dios suscita dos preguntas. Primera, ¿por qué caería la justicia retributiva sobre los madianitas con exclusión de los moabitas? Segunda, ¿por qué debía Moisés hacerse cargo de esta operación?

Con respecto a la primera pregunta, las mujeres moabitas habían participado en la seducción de los israelitas a la inmoralidad y a la adoración idolátrica en Baal-peor (Números 25:1-3). Pero las mujeres madianitas, representadas por la hija de uno de los caudillos madianitas, tuvieron un papel estelar en la culminación de la apostasía, y, al parecer, eso precisamente precipitó la plaga que mató a veinticuatro mil israelitas (vers. 6-9, 14-18). Los israelitas que murieron fueron parte de la comunidad culpable, pero, por tentar al pueblo de Dios, las madianitas compartieron la culpabilidad y la responsabilidad por la muerte de ellos. Dios había dicho a los israelitas que no les hicieran daño a los moabitas, quienes habrían de retener sus tierras como vecinos de Israel (Deuteronomio 2-9), pero no había protegido a los madianitas de la misma forma.

Al responsabilizar a los madianitas y ordenar que cayera la justicia retributiva sobre ellos, el Señor mostró lo que piensa de quienes destruyen a su pueblo tentándolo y engañándolo para que caiga en el pecado. El gran ma-

estro de todos los tentadores es el mismísimo Satanás (Apocalipsis 12:9; *cf.* Génesis 3; Mateo 4), quien perecerá finalmente en el lago de fuego (Apocalipsis 20). Nadie que «haga abominación y mentira» o «ame o practique la mentira» será salvo al final (Números 21:27; 22:15). La condenación también incluye a quienes se benefician del engaño de los placeres venenosos, incluyendo los productores y los consumidores de drogas ilegales, bebidas alcohólicas y tabaco. También elimina a aquellos que seducen a la gente a practicar la inmoralidad, como las prostitutas, los productores de pornografía y muchos que están involucrados en la industria del cine. Otro engaño destructivo es lo oculto (prácticas relacionadas con las fuerzas sobrenaturales de las tinieblas), que está alcanzando con sus tentáculos satánicos muchos hogares a través de promotores de distintos medios de comunicación y de sistemas religiosos.

La gracia de Dios puede redimir a los tentadores humanos, y lo hace (pues también ellos son engañados), si están dispuestos a aceptar el don de la vida y la purificación a través del sacrificio de Cristo. Pero si persisten en arruinar a otras personas, su destrucción es segura. La advertencia es también para nosotros, aunque no seamos tentadores de profesión, quizá también descamemos a otros de vez en cuando. Haríamos bien en preguntarnos si la gente es mejor o peor como resultado de nuestra influencia.

Ahora nos volvemos a la cuestión de por qué Moisés tenía que hacerse cargo de aquella operación de represalia. ¿Por qué tenía Moisés que dirigir la desagradable tarea de castigar a los madianitas y eliminar la amenaza que representaban para Israel? Una razón sería que los madianitas habían cometido su fechoría contra los israelitas cuando Moisés los estaba dirigiendo. Así, tenía sentido que el pueblo, bajo su dirección, los castigara, para que todos pudieran ver la conexión entre los dos acontecimientos.

Podría estar en juego un factor adicional. Los madianitas eran descendientes de Abraham a través de Cetura, la esposa que tomó Abraham después de la muerte de Sara (Génesis 25:1-2, 4). Por tanto, eran parientes de los israelitas, igual que los moabitas y los edomitas. Pero Moisés estaba más estrechamente relacionado con al menos una rama del ampliamente extendido pueblo madianita a través de su esposa Séfora, la hija de un sacerdote de Madián (Éxodo 2), que era adorador del verdadero Dios (Números 18). Al castigar a los idólatras madianitas él mismo, Moisés demostraría que cuando el Señor manda quitar un mal que amenaza a su pueblo, los seguidores leales de Dios no pasan por alto ni siquiera a sus parientes (*cf.* Éxodo 35:25-29). Antes bien, tienen la primera responsabilidad de poner coto al pe-

ligro. Moisés articuló más tarde este principio con respecto a aquellos que tratan de seducir al pueblo de Dios a la idolatría:

«Si te incita tu hermano, el hijo de tu madre, o tu hijo, tu hija, tu mujer o tu amigo íntimo, diciéndote en secreto: "Vayamos y sirvamos a dioses ajenos", que ni tú ni tus padres conocisteis, los dioses de los pueblos que están en vuestros alrededores, cerca de ti o lejos de ti, desde un extremo de la tierra hasta al otro extremo de ella, no consentirás con él ni le prestarás oído, tu ojo no lo compadecerá, no le tendrás misericordia ni lo encubrirás, sino que lo matarás; tu mano se alzará primero sobre él para matarlo, y después la mano de todo el pueblo. Lo apedrearás hasta que muera, por cuanto procuró apartarte de Jehová, tu Dios, que te sacó de tierra de Egipto, de la casa de servidumbre, para que todo Israel lo sepa y tema, y no vuelva a hacer en medio de ti cosa semejante a esta» (Deuteronomio 13:6-11).

La campaña contra los madianitas era una guerra santa para llevar la justicia retributiva al nivel internacional, no una agresión de conquista a sangre fría. Sería una advertencia para otras naciones que se sintieran tentadas a aniquilar al pueblo escogido, canal de revelación divina en el mundo. Para mostrar lo que era una guerra santa, Finees, el sacerdote, acompañó a las tropas con algunos utensilios sagrados y las trompetas de la señal sacerdotal (Números 31:6). La presencia de Finees, quien había puesto fin a la apostasía en Baal-peor, ejecutando a Zimri y a su amante madianita (Números 25), ligaba específicamente este suceso con la guerra de Madián.

Los israelitas atacaron a los madianitas y mataron a todos los varones, incluyendo a cinco reyes de la confederación tribal madianita, así como a Balaam (Números 31:7-8; pero otros madianitas deben de haber sobrevivido, véase lúe. 6-8). Debido a la protección de Dios, ni un soldado israelita murió en esta guerra, como reconocieron los oficiales con una ofrenda especial de gratitud a Dios (Números 31:48-54).

Las tropas israelitas salvaron a las mujeres y a los niños madianitas, pero Moisés ordenó que solo a las jóvenes vírgenes se les conservara la vida. Las mujeres eran peligrosas y culpables, porque ellas habían seducido a los israelitas para que entraran en una letal apostasía por consejo de Balaam (Números 31:9-18). Los jóvenes eran peligrosos porque podían preservar la identidad madianita y vengarse más tarde (compárese a Aman, al parecer descendiente de Agag, el rey amalecita, 1 Samuel 15; Ester 3-7). Por otra parte, Israel podía asimilar con seguridad a las jóvenes vírgenes en la nación a través del matrimonio (en cuanto al matrimonio con mujeres cautivas, véase Deuteronomio 25:10-14).

Todo este episodio nos parece terrible y brutal. Desde Arad, al principio, hasta Jericó y otros lugares, más tarde, la dedicación a la destrucción total no perdonó la vida ni siquiera a las jóvenes vírgenes (Números 21:1-3; Josué 6; etc.; Israel destruyó a los animales junto con sus dueños, así como otras propiedades). Algunos intérpretes modernos quieren negar esto, diciendo que Moisés y los israelitas estaban equivocados cuando pensaban que era la voluntad de Dios que destruyeran a grupos enteros de naciones. Pero si Moisés y otros profetas malinterpretaron a Dios en este caso, ¿cómo podemos creer en otras afirmaciones y enseñanzas bíblicas, como la creación, la fe de Abraham, la historia del éxodo, y otras? Pablo dijo que toda la Escritura es inspirada y provechosa (2 Timoteo 3:16). Es todo o nada. Si comenzamos a tomar esto y dejar lo otro, eligiendo lo que nos gusta, como hacemos en un restaurante autoservicio, creamos mayores problemas y al final terminaremos no creyendo nada.

El Señor tiene el derecho de poner fin a grupos corruptos de personas (Sodoma y Gomorra, Génesis 19) e incluso a civilizaciones enteras (los mundos antediluviano y del fin, Génesis 7; Apocalipsis 19; 20) por cualquier medio que elija, ya sea por agua, por fuego, o por medio de los israelitas. Sus ejecuciones colectivas han incluido mujeres y niños. Quizá incluso aquellos niños estaban manchados moralmente más allá de toda posibilidad de redención, o quizá haya otra razón. Dios sabe todo lo que se necesita para adoptar una decisión correcta teniendo en cuenta la visión de conjunto los resultados a largo plazo. Nosotros no tenemos ese conocimiento. Por lo tanto, no estamos calificados para juzgar la justicia de Dios (*cf.* Job 38-42) y humildemente deberíamos dejarle las cosas secretas (Deuteronomio 29:29) hasta que tengamos acceso a sus registros celestiales (1 Corintios 6:2, 3; Apocalipsis 20:4). Fe es aceptar que él sabe mejor lo que conviene y que podemos confiar con total seguridad en él. Job afirmó: «Aunque él me mate, en él esperaré» (Job 13:15).

El arte de resolver conflictos

Los capítulos restantes del libro de Números contienen planes para el establecimiento de los israelitas: la colonización de los territorios del lado oriental del Jordán (Números 32); la necesidad de desposeer completamente a todos los cananeos (Números 33); la distribución del territorio de Canaán entre las tribus israelitas (Números 34); el establecimiento de las ciudades de los levitas, incluyendo ciudades de refugio (Números 35); y el requerimiento de que las hijas que heredaran a sus padres debían casarse dentro de sus clanes para mantener las tierras intactas (Números 36). Los is-

raelitas destruyeron los establecimientos de los madianitas (Números 31:10), pero no ocuparon sus territorios. La nación de Israel estaba a punto de cruzar el Jordán para poseer la tierra de Canaán, que estaba al oeste del río. Sin embargo, ya habían tomado posesión de los territorios de Sehón, rey de los amorreos, de Og, rey de Basan (Números 21). Siendo que estos territorios estaban al este del Jordán, no eran parte de la tierra prometida. Una vez que los israelitas hubieran ocupado la tierra de Canaán, tenían el plan de abandonar las tierras de Sehón y de Og. Pero las tribus de Rubén y Gad estaban compuestas por ganaderos y vieron que aquellas tierras eran perfectas para criar ganado. Por tanto, le pidieron a Moisés y a los otros dirigentes que les permitieran hacer sus ciudades en aquel lugar, y no establecerse en Canaán (Números 32:1-5).

Era cierto que si algunas tribus se establecían al este del Jordán, dejarían más espacio para las otras tribus en el lado occidental. Pero Moisés los reprendió severamente porque inicialmente tomó la propuesta como cobardía y como rebelión para no ayudar a los otros israelitas a conquistar Canaán. Aquella acción desalentaría al resto del pueblo, del mismo modo que los diez espías lo habían desanimado en Cades; y otra generación tendría que perecer (versículos 6-15). Los rubenitas y los gaditas comprendieron las preocupaciones de Moisés y propusieron que ellos dejaran a sus familias y a su ganado establecidos al este del Jordán, y entonces los hombres cruzarían el río y seguirían a los otros israelitas a la guerra para ayudarlos a conquistar la tierra prometida (versículos 16-19).

A Moisés le parecieron bien las condiciones propuestas y dio las tierras del este del Jordán a las tribus de Rubén, Gad y a media tribu de Manases (versículos 20-42). Sin embargo, Moisés les advirtió severamente: «Pero si así no lo hacéis, entonces habréis pecado ante Jehová, y sabed que vuestro pecado os alcanzará» (Números 32:23). Con aquello quería decir: «Sepan que Dios los considerará responsables y que estará pendiente para ver que el pecado de violar la promesa que han hecho sea debidamente castigado». Es posible que su advertencia nos parezca severa, pero, una vez que algunas tribus hubieran recibido su herencia, el único incentivo para arriesgar su vida a fin de ayudar a las otras tribus sería la lealtad al Señor y a la nación. Sena como pagar a un obrero antes de hacer el trabajo.

Números 32 es una lección en el arte de resolver conflictos a través de los principios de la comunicación franca y directa, el respeto por las perspectivas de los demás, y la flexibilidad. Algunas personas tuvieron una idea brillante. Pero otros leyeron la motivación como egoísmo y vieron un resultado peligroso. Sin embargo, en vez de rebelarse, tratando de llevar a cabo

sus propósitos por otros medios, o enojarse y criticar, el grupo con la idea continuó comunicándose trayendo una propuesta modificada y ampliada, que tenía en cuenta los legítimos temores de la otra parte, y mostraba que la motivación, después de todo, no era egoísta. Su propuesta, que no ponía en peligro el bienestar de nadie, fue aceptada e implementada con excelentes resultados.

Necesitamos conocer las perspectivas de los demás, especialmente cuando ven cosas que nosotros no vemos. También necesitamos unidad y una moral elevada. Cuando (no *si*) tenemos diferencias, sea en el hogar, en la iglesia, en la escuela, o en otras instituciones, la forma en que las abordamos tiene un enorme impacto en nuestro éxito e, incluso, en nuestra supervivencia.

Es cierto que hay algunas circunstancias en las cuales escuchamos a las personas y consideramos sus razones, y, aun así, debemos adoptar decisiones que no les agradan. Sin embargo, no deberíamos permitir que nuestro yo o nuestros deseos de ganancia personal se interpongan en el camino y nos impidan resolver conflictos cuando es posible una resolución pacífica. ¿Se ha propuesto el lector ganar algo grande? Pues recuerde que es posible que su grandeza no se pueda comparar con los hogares de todas las tribus israelitas. ¿Es usted una persona importante con una gran autoridad? Pues, desde luego, no será usted tan importante ni tan poderoso como Moisés. Por tanto, no incline la balanza a favor de algo porque el mero hecho de que tenga el poder de hacerlo. Ser razonable y flexible no pondrá en riesgo su liderazgo.

La forma en que Dios nos ha conducido en el pasado

Al planificar el futuro, es sabio recordar nuestras experiencias pasadas, exactamente del mismo modo en que siempre echamos una mirada al espejo retrovisor mientras conducimos nuestro vehículo. Al avanzar en el camino de la vida, es fácil perder de vista la imagen de conjunto. Tenemos trabajos que terminar para una fecha fija, compromisos que cumplir, servicios y deudas que pagar, reparaciones en la casa que debemos realizar, y así sucesivamente. El estrés puede ser deprimente. Pero detengámonos a recordar cómo nos sentíamos cuando éramos estudiantes y no teníamos un solo centavo, ganando apenas lo mínimo para comer, con bajos salarios en largas horas de agotadora labor, alquilando apartamentos diminutos, y tratando continuamente de mantenernos al día con la implacable presión de los estudios. Si lo hacemos, ¡nos daremos cuenta de lo mucho que hemos avanzado!

En medio de los planes para poseer la tierra de Canaán, Números 33:1-39 resume el increíble viaje de los israelitas de Egipto a las fronteras de la tierra prometida. La larga lista de lugares, que Moisés registró en su diario, sirve como recordatorio de la dirección de Dios. Fue más largo de lo que Dios habría querido, pero su pueblo necesitó mucho tiempo extra dedicado a labores de educación y reparación antes de que pudiera considerarse adecuada su formación en la fe. A la hora de dar calificaciones, Dios no se apartó de la rectitud, ni pasó de curso a sus estudiantes simplemente porque ya hubiesen alcanzado cierta edad. Su fe debía alcanzar cierta norma mediante la recepción de sus dones, y debían aprender a cooperar con él. Sin una fe lo suficientemente fuerte, fracasarían por no confiar en él en tiempos de peligro, y todos podían perderse. Llevar a un ejército a la batalla antes de que estén listos es una receta ideal para la derrota y el desastre.

Aunque los israelitas ganaban batallas, todavía podían perder la guerra y arruinar cuanto habían logrado con su ardua peregrinación si no podían seguir las indicaciones del Señor para terminar la obra de expulsar totalmente a los cananeos y destruir todos sus lugares de adoración (Números 33:50-54). «Pero si no echáis a los habitantes del país de delante de vosotros, sucederá que los que de ellos dejéis serán como agujones en vuestros ojos y como espinas en vuestros costados, y os afligirán en la tierra sobre la que vais a habitar. Además, haré con vosotros como pensaba hacer con ellos» (Números 33:55, 56).

Cualquiera que cuestione la sabiduría de Dios necesita leer el libro de los Jueces, que registra lo que ocurrió después de que los israelitas, bajo la dirección de Josué, conquistaran la mayor parte de la tierra. Las tribus israelitas perdieron la ocasión propicia y, confiando en su propia sabiduría, a sus miembros les pareció más fácil convivir con los restos de los cananeos que terminar la tarea de expulsarlos. En consecuencia, el pueblo de Dios cayó en la apostasía y fue oprimido, exactamente como Dios había dicho que ocurriría. Aquello postergó centenares de años la posibilidad de una paz sólida.

El pueblo de Dios está en el mundo con el propósito de que sus integrantes sirvan al Señor como canales de revelación para la humanidad; pero no deben ser del mundo (Juan 15:19; 17:14-16). Deben ser distintos, o el mundo no verá la diferencia. Los israelitas tuvieron muchos problemas para acotar sus lindes. Ya era de por sí difícil vivir rodeados por naciones idólatras, pero cuando toleraron a los idólatras que vivían en su medio, e incluso se hicieron amigos de ellos, la tentación de asimilarlos y ser como todos los demás fue, sencillamente, demasiado grande.

En la actualidad muchos acusan a Dios de ser demasiado duro. Sin embargo, no toman en cuenta la situación a la que Dios tenía que hacer frente, incluyendo el nivel inmaduro de la fe de su pueblo. Quizá una analogía nos ayude algo. ¿Quiere el lector que sus hijos sean drogadictos? No. Las drogas pueden destruir su vida. ¿Desea, entonces, que sus hijos sean amigos de los traficantes de drogas, que tienen el propósito de reclutar a sus hijos para que sean adictos a las drogas? ¡Por supuesto que no! ¿Permitiría usted que un traficante de drogas viviera en su casa junto con usted y sus hijos? «¡No sea ridículo!», dirá usted. ¡Por supuesto que no lo permitiría!

Sin embargo, ¿qué ocurriría si el traficante de drogas viviera en la casa antes de que usted se mudara a ella? ¿Se tomaría usted el trabajo de echarlo de allí? Pues bien, esa persona es peligrosa y procuraría vengarse. Entonces, ¿pediría usted a la policía que lo metiera en la cárcel para que no hiciera daño a nadie? ¡Por supuesto! ¿Y qué ocurriría si usted supiera que había asesinado a otras personas y que sería condenado a muerte si lo metían en la cárcel? ¿Persistiría en su empeño de denunciarlo a la policía? ¿Quién debería ser protegido: el depredador humano o los hijos de usted? Es imposible defender a ambos. Antes el criminal tenía derecho a vivir en la casa, pero ya no lo tiene.

Tengo la esperanza de que el lector encuentre ahora un poco más de sentido a lo que Dios ordenó. Ahora, piense: ¿a qué autoridad humana más elevada podría volverse Dios para entregar a los criminales que vivían con los israelitas, que eran sus hijos? No había ninguna otra, y no había cárceles tampoco. La autoridad más elevada era Dios, de modo que era él quien tenía que juzgar y ordenar la ejecución. Sus hijos necesitaban un lugar seguro para vivir, y los cananeos habían usurpado el derecho de continuar viviendo en la tierra. Si los israelitas se volvían adictos a los vicios de los cananeos, ellos también perderían la tierra (*cf.* Levítico 18:24-30; 20:22-26).

Refugio hasta que la muerte del sumo sacerdote trajera la libertad

Dos tribus y media ya tenían su herencia al lado oriental del Jordán (Números 32). Nueve tribus y media recibirían su territorio en Canaán cuando los israelitas la conquistaran. La división de la tierra entre ellos sería equitativamente determinada por suerte y administrada por los dirigentes nacionales y tribales (Números 34; *cf.* Josué 13-19). Pero a la tribu de Leví, en vez de recibir territorio, le serían asignadas varias ciudades, rodeadas por campos de pastoreo, dentro de los territorios de otras tribus (Números 35:1-8). Los levitas obtendrían su sustento del servicio del santuario (Números

18:20-24); por lo tanto, no necesitaban grandes campos de pastoreo o de cultivo. La distribución de los dirigentes religiosos entre todas las tribus ayudaría a unificar a la nación bajo la dirección de Dios.

Dios designó seis de las ciudades levíticas en varias partes de la nación como ciudades de refugio a las cuales podrían huir los que dieran muerte a alguien por accidente. Tres de las ciudades estaban en el lado este y tres en el lado oeste del Jordán (Números 35:6. 9-15).

Los accidentes ocurren. Un día, mientras trabajaba para un contratista de construcción (para pagar mis estudios y los de mi novia) estaba yo ayudando a desmontar un atracadero provisional construido de madera. Mientras sudaba al blandir un enorme martillo de casi un kilogramo de peso, se me escapó la herramienta, que salió volando por el aire hacia la cabeza de otro trabajador. Él vio venir el proyectil y lo esquivó en el instante preciso para evitar una muerte instantánea. Nunca lo vi moverse con tanta rapidez, antes o después del incidente. ¡Uf! ¡La tragedia estuvo muy cerca!

Si un israelita mataba por accidente a alguien, podía huir a la ciudad de refugio más cercana para ser sometido a un juicio justo. Pero si no huía, un pariente cercano del muerto podía vengar la muerte, hubiera sido esta intencional o por accidente. Los que llegaban a una ciudad de refugio y eran declarados inocentes de un asesinato intencional estarían a salvo del vengador si permanecían dentro de la ciudad de refugio hasta la muerte del sumo sacerdote. Después de eso podían regresar a su hogar (versículos 22-28).

Quienes cometían un homicidio premeditado, probado por las circunstancias (uso de armas, recurso a emboscadas, enemistad previa, etc.), no recibían asilo ni podían ser rescatados. La ley requería la pena capital en tales casos (versículos 16-21, 31). «No contaminaréis la tierra donde viváis, porque esta sangre mancillará la tierra, y la tierra no puede ser purificada de la sangre derramada en ella si no es por la sangre del que la derramó» (Números 35:33).

Varios aspectos de este pasaje nos suenan extraños a nosotros. En primer lugar, ¿por qué eran necesarias las ciudades de refugio? ¿Por qué no prohibía la ley simplemente la venganza de parte de los parientes? Una vez más, vemos que Dios resolvió los problemas dentro del marco de una cultura existente en vez de realizar ingeniería social (cf. Números 30 con respecto a los votos de la mujer). El papel del vengador de la sangre —un pariente con un fuerte interés en que se hiciera justicia— estaba profundamente arraigado en la cultura y en la cosmovisión de la gente. Sería difícil desarraigar aquella costumbre, de modo que el que diera muerte a alguien por acciden-

te estuviera seguro. No había nada erróneo si el vengador ejecutaba al culpable de homicidio premeditado (Números 35:21). El problema era cómo salvar al asesino por accidente. No era seguro confiar que el vengador, movido por la pasión o el dolor, distinguiera entre la muerte accidental y la intencional. Habría conflicto de intereses si este fiscal cumplía al mismo tiempo el papel de abogado defensor.

En segundo lugar, ¿en qué sentido contaminaba la tierra un asesinato? Era contaminación moral, como la idolatría o la inmoralidad sexual (*cf.* Levítico 18; 20 con respecto a la adoración de Moloc, el adulterio, el incesto, la homosexualidad, y el bestialismo), no impureza física ritual que pudiera remediarse a través de un ritual (como la contaminación con un cadáver, Números 19). La tierra se «contaminaba», por ejemplo, en este sentido: si un grupo de personas cometía demasiadas transgresiones morales mientras vivían allí, la tierra los «vomitaría», es decir, Dios vería la manera de que fueran expulsados (Levítico 18:24-30; 20:22-26). Eso fue lo que ocurrió finalmente, por lo cual Israel fue llevado en cautiverio a Babilonia (2 Reyes 17, 25; 2 Crónicas 36; los libros de Jeremías y Ezequiel).

En tercer lugar, ¿por qué quedaba el asesino accidental confinado en la ciudad de refugio, y por qué la muerte del sumo sacerdote lo libertaba (Números 35:25-28)? Aunque el daño causado por uno que mataba a alguien fuera accidental, de todos modos había quitado la vida a un hombre hecho a la imagen de Dios. La vida humana es sagrada, lo cual explica por qué un ataque que causaba un defecto físico permanente fuera un delito tan serio en la legislación israelita, castigado con la ley del talión (Levítico 24:19, 20). La misma palabra que se traduce como «defecto permanente» en la ley en otra parte se refiere a defectos que disminuían la vida sagrada y, por lo tanto, descalificaban a un varón descendiente de Aarón para ocupar una responsabilidad sagrada como sacerdote (Números 21:16-23). Un pecado por descuido o accidente era pecado de todos modos, pero Dios proporcionaba expiación por él (*cf.* Levítico 4). Incluso en el caso de muerte accidental, la vida es tan valiosa que solo una muerte humana puede hacer expiación por ella. Pero en vez de la muerte del asesino por accidente (*cf.* Números 35:33), el Señor aceptaba la muerte natural del sumo sacerdote.

La muerte de un sumo sacerdote como un tipo de expiación que provee libertad se encuentra en el Nuevo Testamento, pero en esta ocasión no es una muerte por causas naturales: «Pero estando ya presente Cristo, Sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez

para siempre en el lugar santísimo, habiendo obtenido eterna redención» (Hebreos 9:11, 12).

CONCLUSIÓN

El libro de Números termina con el matrimonio de las hijas de Zelofehad (Números 36). Después del intenso drama de conflictos en el desierto, la victoria sobre las naciones, y la distribución de los territorios entre las tribus, parece como un anticlímax. Pero es apropiado centrar la atención aquí en la conexión entre el pasado de Zelofehad y su generación, y la nueva generación de sus hijas, quienes estaban a punto de entrar a poseer su herencia. ¡De las cenizas de los errores dejados atrás en el desierto surge un glorioso futuro para las familias del divino Redentor!

Nos encontramos en los límites de nuestra tierra prometida. Nosotros también tenemos muchos años de errores que dejar atrás. Y también tenemos el privilegio de cruzar el umbral de un hogar mejor. ¿Llevaremos nuestra familia con nosotros? ¿Seguiremos al Señor de todo corazón, como hicieron Josué y Caleb? ¿Deseamos nuestras mansiones celestiales lo suficiente como para dejar nuestras tiendas atrás? ¿Deseamos hablar con nuestro Señor de la *shekina* cara a cara por encima de cualquier otra cosa en el mundo?

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

BAJO LA SOMBRA DE LA *SHEKINA*

Una comunidad muy bien organizada de repente estalla en una peligrosa revuelta contra el liderazgo de Dios a través de sus siervos, Moisés y Aarón. Los dirigentes de un motín y sus familias son tragados vivos por la tierra, y los levitas que trataban de usurpar las funciones sacerdotales son calcinados por el fuego divino. Las plagas de Dios contra los rebeldes se vuelven progresivamente más severas, hasta que mueren 24 mil en la peor de todas, después de haber sido seducidos a caer en la inmoralidad y la adoración idolátrica. Hasta Moisés desobedeció a Dios, golpeando la roca en vez de hablarle para obtener agua, por lo cual Dios no le permitió entrar en la tierra prometida.

- ✓ ¿Moraba Dios en medio de una nación como esa?
- ✓ ¿Cómo trató Dios a ese pueblo?
- ✓ ¿Qué aprendemos nosotros de todo ello?

El libro de Números es sumamente importante para nuestra experiencia actual, mientras viajamos hacia la tierra nueva, el paraíso restaurado (Apoc. 21; 22). La lectura de **BAJO LA SOMBRA DE LA *SHEKINA*** nos enseñará cómo vivir y caminar con Dios, incluso bajo las circunstancias más difíciles.

Con esta obra comprenderemos que, en medio de todas las vicisitudes, la *Shekina* de Dios («morada», «residencia») estaba presente en la nube de gloria que cubría el Santuario y protegía a su errático pueblo proporcionándole cotidianamente expiación y sanidad, y les dio la victoria sobre sus enemigos.

Roy Gane es profesor de Antiguo Testamento y lenguas semíticas en la Universidad Andrews.